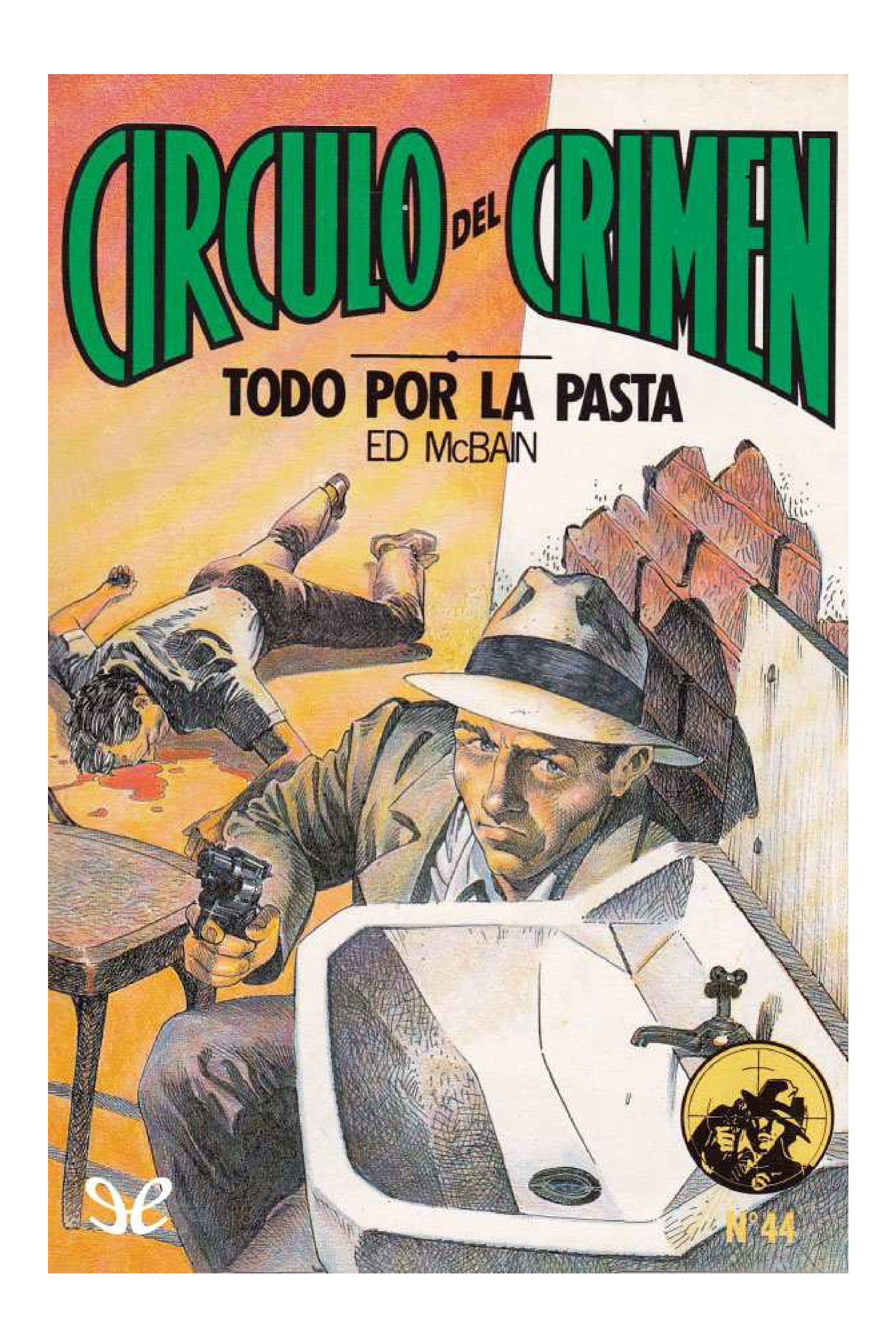

CIRCULO DEL CRIMEN
TODO POR LA PASTA
ED McBAIN
Nº 44

Siempre es el mismo problema: el dinero, la «pasta», es el causante de todos los males. Esa era al menos la impresión del detective Steve Carella, del Distrito 87, cuando tuvo que enfrentarse a un terrible caso de droga, prostitución, incendio provocado y asesinato.

El dinero desata las peores pasiones y nadie es inmune a él, ni los criminales; ¿ni quizá tampoco los encargados de defender la ley?



Ed McBain

Todo por la pasta

Círculo del Crimen - 44

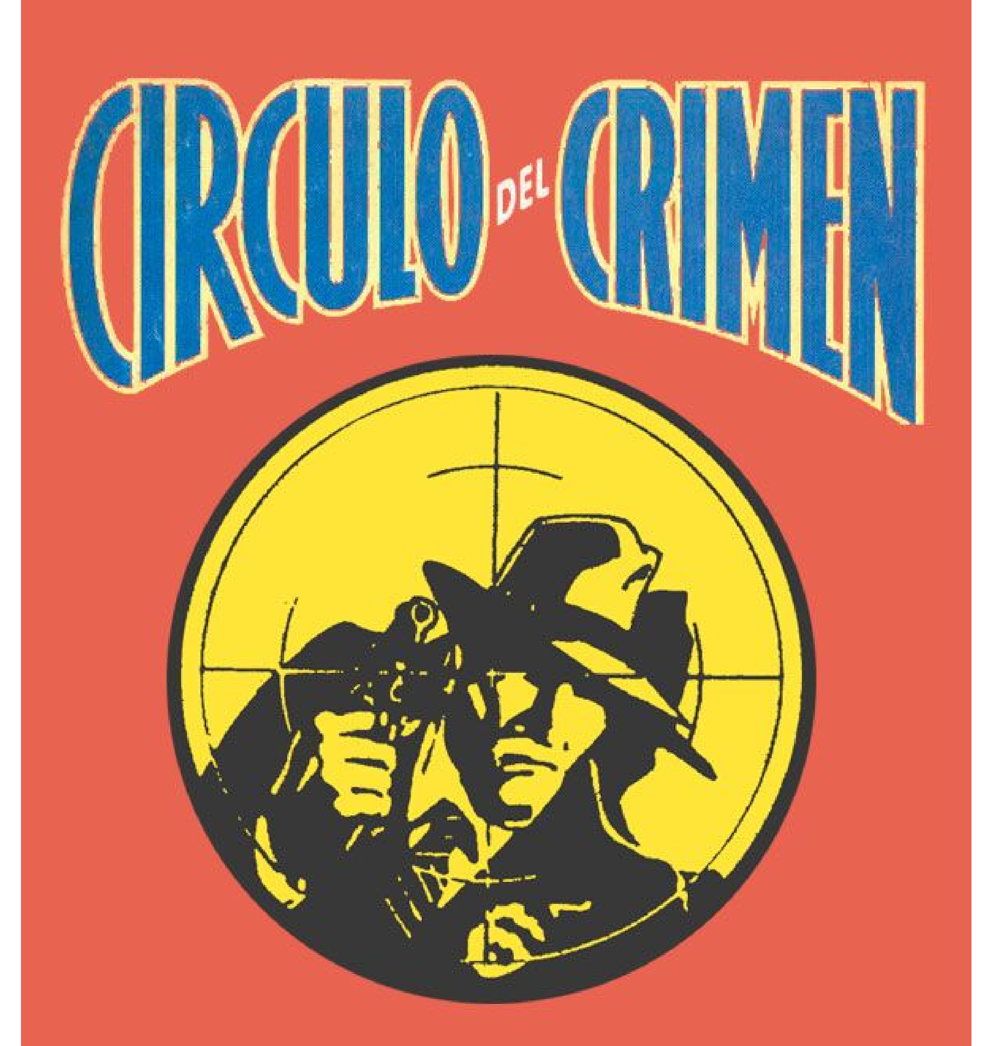
ePub r1.1

Titivillus 26.03.2017

Título original: *Bread*
Ed McBain, 1974
Traducción: Salvador Vives

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




CIRCULO DEL CRIMEN

REPARTO

STEVE CARELLA y COTTON HAWES: Detectives de la Comisaria 87, protagonistas de la obra.

OLIVER «OLLIE» WEEKS: Detective de a Comisaría 83.

ROGER GRIMM: Comerciante en figuras de madera.

FRANK REARDON: Vigilante de día del almacén de Grimm.

BARBARA LOOMIS: Portera muy «sexy».

SAMUEL ROSENSTEIN: Ladronzuelo drogadicto.

CHARLES HARROD: Fotógrafo drogadicto.

ELIZABETH BENJAMIN: Su amante.

ALFRED ALLEN CHASE, ROBINSON WORTHY y OSCAR HEMMINGS: Socios de la empresa Plan de Desarrollo de Diamondback.

ROSALIE WAGGENER: Amante de Hemmings.

AVERY EVANS y JIMMY HOLDER: miembros de la banda «Los Cráneos Antiguos».

PETER YARBOROUGH: Funcionario de la cárcel de Cartleview.

Para Yvonne y Jaime Hamilton.

La ciudad de este libro es imaginaria.
Los personajes, los lugares, son ficticios. Solamente la rutina policíaca se basa en técnicas de investigación bien establecidas.

1

ERA AGOSTO Y LA TEMPERATURA exterior marcaba treinta y cinco grados a la sombra. Naturalmente, la comisaría carecía de aire acondicionado, por cuyo motivo el detective Carella tenía calor. Los tres ventiladores eléctricos apenas hacían circular un aire viciado y húmedo, mientras que en una de las ventanas había un agujero (por culpa de algún jovenzuelo amigo de arrojar piedras como diversión) que dejaba pasar toda clase de insectos voladores. Un descuidero estaba dormido en la celda de los detenidos del rincón, los teléfonos situados encima de dos de los escritorios vacíos sonaban sin descanso, Cotton Hawes charlaba con su novia por el aparato de otra mesa, y Carella tenía la camisa pegada a la espalda, por lo que añoraba sus recién terminadas vacaciones.

Era miércoles, y había empezado a trabajar el lunes, o sea que la mitad de la brigada del Precinto 87 (o eso parecía) gozaba de su correspondiente turno de vacaciones. Por eso, Carella se hallaba sentado detrás de una máquina de escribir y un montón de papeles de aspecto oficial. Era un individuo alto, de anchos hombros, que tenía una apariencia atlética, delgado y algo achinado, con sus ojos pardos que oblicuaban hacia abajo en su cara, si bien ahora parecía desaseado, cansado, deshecho y asqueado, como le ocurre siempre al hombre cuyos calzoncillos se van arrugando, de manera inexorable, aquel desdichado y caluroso día de agosto.

El hombre que se sentaba frente a él se llamaba Roger Grimm, sin la menor relación con los hermanos Jakob y Wilhelm. Se le veía

frío, distante, ciertamente agitado. Tenía unos cuarenta y ocho años, vestía un traje que delataba al caballero conservador, una camisa azul claro, corbata también azul aunque de tono más oscuro, y zapatos blancos. Sostenía en las manos un sombrero de paja veraniego, y deseaba saber dónde se encontraba el detective Parker.

—El detective Parker está de vacaciones —le informó Carella.

—Entonces, ¿quién se ocupa de mi caso? —inquirió Grimm.

—¿Qué caso? —quiso saber Carella.

—El incendio —respondió Grimm—. La semana pasada incendiaron mi almacén.

—¿Y el detective Parker se ocupaba de su caso?

—Sí, el detective Parker se ocupaba de mi caso.

—Bien, pues el detective Parker está de vacaciones.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —gimió Grimm—. En mi almacén tenía figuras de madera por valor de quinientos mil dólares. Todo ardió en el incendio.

—Lo siento —murmuró Carella—, pero no sé nada de este asunto porque regresé el lunes, después de las vacaciones. Claro, volví el lunes, estamos a miércoles… o sea que no sé nada de su almacén.

—Creía que ustedes trabajaban en los casos por parejas —se amoscó Grimm.

—A veces sí, a veces no.

—¿Sabe, entonces, quién es el compañero del detective Parker en este caso?

—No, aunque puedo averiguarlo —contestó Carella.

Se volvió hacia la mesa a la que estaba sentado Cotton Hawes, hablando por teléfono.

—Cotton, ¿tienes un minuto?

—Está bien, Christine, te veré a las ocho —terminó Hawes.

Murmuró unas palabras más, colgó y se encaminó al escritorio de Carella. Era un tipo alto, que pesaría unos noventa kilos, con una nariz recta, una boca provista de un labio inferior muy grueso, y una barbilla cuadrada, con un hoyuelo en medio. Su cabello rojizo tenía ya unas hebras blancas en la sien izquierda. Parecía muy resuelto aquella mañana del 14 de agosto. No estaba especialmente resuelto a nada, sólo lo parecía.

—¿Sí, Steve?

—Te presento a Roger Grimm —dijo Carella—. El detective Hawes.

—¿Qué tal? —saludó éste.

Grimm se limitó a inclinar la cabeza.

—Parker se ocupaba de un caso de incendio para el señor Grimm —explicó Carella—, y le he comunicado que está de vacaciones. Bien, el señor Grimm desea saber si Parker trabajaba con algún compañero.

—Sí —asintió Hawes—. Con Kling.

—De acuerdo —exclamó Grimm—. ¿Puedo hablar con Kling?

—Está de vacaciones —repuso Hawes.

—¿Es que todo el Departamento de Policía se halla de vacaciones? —preguntó Grimm, con sarcasmo.

—No, nosotros estamos aquí.

—Podrán ayudarme, ¿verdad?

—¿Qué clase de ayuda desea? —se interesó Carella.

—Tengo problemas con los del seguro —explicó Grimm—. Han de saber que mi almacén estaba protegido por un sistema de alarma conectado a una comisaría, sin hablar de los dos vigilantes nocturnos y un sofisticado sistema de apagafuegos en cada planta del edificio.

—¿Qué clase de alarma? —le interrumpió Carella, atrayendo hacia sí un bloc de notas y un bolígrafo.

—La mejor. Muy elaborada. Combinación de circuito abierto y cerrado. El incendiario puso en contacto una serie de cables y cortó los otros.

—¿Cómo se encargó de los vigilantes? —intervino Hawes.

—Hidrato dórico. Los drogó. También destrozó la cisterna del sótano para que los apagafuegos no funcionasen una vez encendido el fuego.

—Por lo visto, conocía muy bien el almacén.

—Sí.

—¿Algún enemigo en el negocio de los objetos de madera, señor Grimm? —preguntó Carella.

—Tengo competidores.

—¿Habló de ellos con el detective Parker?

—Sí.

—¿Y…?

—Nada.

—¿Qué significa nada?

—En opinión de Parker, nadie tenía un motivo suficiente para cometer un delito que está penado con unos cuarenta años de cárcel.

—¿Y enemigos personales? ¿Tiene alguno? —volvió a intervenir Hawes.

—Todos tenemos enemigos personales —respondió Grimm.

—¿Alguno en particular, capaz de obrar de tal manera?

—El único en el que pude pensar fue un tipo con cuya esposa estuve saliendo después de haberse divorciado la pareja. Pero él ha vuelto a casarse y tiene dos hijos de la segunda esposa. Cuando Parker le interrogó, apenas recordaba mi nombre.

—Hu… hu… —asintió Carella—, ¿qué problemas tiene con la compañía de seguros?

—Compañías. Son dos. Medio millón de dólares es un gran riesgo, que comparten entre ambas. Han recurrido a uno de esos inmensos departamentos de reajustes para que se ocupen del asunto. Los de ese departamento dijeron que debían retener el dinero del seguro hasta que atrapen al pirómano o hasta que la Policía y los bomberos estén seguros de que no fui yo quien puso fuego al almacén.

—¿Lo incendió usted, señor Grimm?

—¡Claro que no! —se ofendió Grimm—. En el edificio había objetos por valor de medio millón de dólares. Debía de haberlos enviado hace dos días… era el doce, ¿verdad?

—Exacto: lunes, doce.

—Bien, tenía que enviarlos el doce. Alguien, en cambio, incendió mi almacén el miércoles, día siete. Usualmente, mando las facturas el mismo día que hago el envío, pagadero a los diez días. Si hubiese efectuado el embarque el lunes, como estaba previsto, hubiese cobrado la próxima semana, ¿lo entienden? —se quejó Grimm.

—No del todo —masculló Carella—. Usted pagó medio millón por la mercancía que destruyó el fuego, ¿no?

—No. Pagué la mitad de esa cantidad. Cuatro marcos alemanes por unidad, o sea un pavo y cuarto por pieza, incluyendo el transporte.

—O sea que pagó, aproximadamente, doscientos cincuenta mil dólares.

—Eso es. Y aseguré la mercancía por medio millón porque ésta es la cantidad que iba a cobrar de mis clientes diez días después de enviar el género: quinientos mil dólares. Es el valor del mercado, con órdenes en firme para respaldarlo. Por eso aseguré la mercancía.

—Bien, ¿cuál es el problema?

—El veintiocho de este rifes llegará otro cargamento procedente de Alemania. Como ahora no tengo nada que enviar, o sea vender, si las compañías del seguro no me compensan esa pérdida, ¿cómo podré pagar el nuevo cargamento cuando llegue?

—Un nuevo cargamento —repitió Carella, reflexionando—. ¿De la misma clase de objetos?

—Sí, pequeños animalitos de madera —asintió Grimm—. Cuatro mil animales de madera, por los que debo pagar medio millón de dólares al contado. Bien, si no tengo ese dinero, ¿cómo podré pagar esa mercancía?

—¿Por qué no cancela el pedido? —sugirió Hawes.

—¿Cancelarlo? —preguntó Grimm, palideciendo—. Acabo de descubrir una mina de oro. ¿Por qué he de cancelar ningún pedido? Oigan, permitan que se lo explique con más claridad. ¿Son ustedes entendidos en números?

—Me dieron un nueve en álgebra —gruñó Hawes.

—¿En qué?

—En el instituto. Un nueve en álgebra.

Hawes se hallaba muy orgulloso de aquella nota, aunque Grimm no se mostró impresionado. Grimm pensaba solamente en el dinero, y éste y las matemáticas, para él, eran primos lejanos.

—Esta es la historia —continuó Grimm—. El año pasado recibí algún dinero, de manera que empecé a buscar algo bueno en que invertirlo. Poco antes de Navidad estaba en Alemania, donde vi esos animalitos de madera: perros, gatos, conejos y demás, de unos seis centímetros de altura, todos tallados a mano.

Los vendían a pavo y cuarto la pieza, de modo que corrí el albur. Compré unos cien mil.

—Que le costaron ciento veinticinco mil dólares —calculó Hawes rápidamente, decidido a que Grimm comprendiese que un

nueve en álgebra no es desdeñable.

—Sí, me costaron ciento veinticinco mil pavos.

—Un gran riesgo —admitió Carella, intentando calcular por su parte cuánto tardaría en reunir dicha cantidad con su sueldo de catorce mil setecientos treinta y cinco dólares al año.

—No tanto, según se vio —sonrió Grimm muy satisfecho—. Vendí las figuras aquí por doscientos cincuenta mil…

Sí, doblé mi dinero. Y empecé a recibir pedidos a troche y moche. De manera que cogí los doscientos cincuenta mil pavos y adquirí otro cargamento de animalitos.

—Con doscientos cincuenta mil pudo adquirir…

—Doscientos mil —dijo Grimm.

—Sí, exacto, doscientos mil —repitió Hawes, que todavía no lo había calculado.

—Entonces… incendiaron el almacén —concluyó Grimm.

—El problema, según yo lo veo —resumió Hawes—, es que usted tenía esos animalitos listos para el embarque…

—Exacto.

—Por los que sus clientes debían abonarle medio millón de dólares…

—Eso mismo, sí.

—¿Qué cantidad debe pagar para ese otro cargamento que llegará el veintiocho de este mes?

—El medio millón, ya se lo dije. Para comprar cuatrocientas mil figuritas.

—Cuatrocientas mil —observó Hawes—. Es una gran cantidad de animales de madera.

—Especialmente si se piensa que pueden venderse por un millón…

—Sí, tiene ante sí un verdadero problema —reconoció Hawes.

—Por esto he venido hoy —aclaró Grimm—. Para presionar un poco a Parker. Me encuentro en una situación desesperada, mientras se está calentando el culo al sol en alguna playa.

—¿Qué quiere que hagamos nosotros, señor Grimm? —le atajó Carella.

—¡Que cojan al pirómano! O al menos, que me respalden. Que les digan a los de ese maldito departamento que soy inocente, que no tuve nada que ver con el fuego.

—Ningún oficial de policía con la mente sana haría tal cosa, señor Grimm. Hay demasiada gente que pone fuego a su negocio. Sus existencias estaban aseguradas por medio millón. Es una suma muy elevada. Estoy seguro de que el detective Parker consideró la posibilidad de que el pirómano fuese usted mismo.

—¿Por qué? ¡Tengo pedidos para todo el stock! ¡Iba a enviarlo por entero!

—Me limito a explicarle por qué el detective Parker no quiso exponerse.

—Entonces, ¿qué diablos puedo hacer? —gimió Grimm de nuevo, humedeciéndose los labios con expresión muy pensativa—. ¿Cuándo regresará Parker?

—Dentro de dos semanas.

—¿Y su compañero… como se llame?

—Kling. También dos semanas.

—¡Esto es imposible! Oigan, tienen que ayudarme.

—Le estamos ayudando, señor Grimm —le aseguró Carella.

—Le estamos ayudando —repitió Hawes como un eco.

Grimm les miró con escepticismo.

—Sé que si logro presionar un poco a las compañías del seguro, cobraré dentro de tres o cuatro semanas, un mes a lo sumo. Entonces ya será tarde. Necesito el dinero antes de catorce días, que es cuando llegará el barco procedente de Alemania occidental. De lo contrario, no dejará el género y quedaré arruinado. ¡Han de atrapar a ese canalla antes de que llegue la mercancía!

—Bueno, es el caso de Parker —rezongó Carella.

—¿Y qué? ¿No se ayudan los unos a los otros en todos los casos?

—A veces. Usualmente, todos estamos llenos de trabajo y…

—Esto es algo especial —recalcó Grimm, repitiéndolo como si ambos detectives no lo hubiesen oído la primera vez—. Algo especial. He de contar con el elemento tiempo. Necesito el dinero del seguro antes de que llegue el barco, ¿no pueden ayudarme? ¿Tan ocupados están que no pueden ayudar a un honrado ciudadano que ha sido víctima de un hecho delictivo, que trata exclusivamente de volver a ponerse de pie? ¿Es esto pedirle demasiado al Departamento de Policía?

—Usted no entiende cómo funciona esto —repuso Hawes.

—¡No me importa cómo funciona! Ustedes deben proteger al

inocente, o al menos esto se supone. Bien, en lugar de correr por las calles en busca de adolescentes drogadictos, ¿por qué no se ganan debidamente el sueldo?

—No he cogido a ningún adolescente desde hace al menos dos horas —respondió Hawes secamente.

—Está bien, está bien, lo siento —se aplacó Grimm—. Sé que ustedes trabajan duro, sé que es preciso que el Departamento esté organizado, pues de lo contrario el trabajo sería abrumador. Lo comprendo. Pero les ruego que me ayuden en este trance tan difícil para mí. Oh, pasen un poco por encima del reglamento y ocúpense del caso de Parker, ya que él está de vacaciones. Ayúdenme a encontrar al monstruo que incendió mi almacén. Iría a un detective privado si tuviese dinero. ¿Querrán ayudarme, por favor?

—Veremos qué podemos hacer —mascullό Carella—. Buscaremos en los archivos para saber hasta dónde llegó Parker. Si existe alguna pista a seguir, la seguiremos.

—¡Oh, muchas gracias! —se alegró Grimm—. ¡Muchas, muchas gracias! —sacó su cartera—. Aquí tienen mi tarjeta. El número del despacho y el particular. Llámenme si necesitan más información. Y, naturalmente, si encuentran algo…

—Se lo comunicaremos —prometióle Carella.

—Gracias —repitió Grimm.

Se puso el sombrero de paja y cruzó el portillo de la divisoria de madera que separaba la sala general del corredor exterior.

LOS DOS DETECTIVES AGUARDARON a que aquél estuviese fuera.

—¿De veras piensas ocuparte de ese caso, siendo de Parker? —preguntó entonces Hawes.

—Bueno, echaré un vistazo al expediente.

—Por lo que a mí respecta —arguyó Hawes—, Parker es capaz de llevar sus propios casos.

—Sí, claro —asintió Carella, encogiéndose de hombros.

Hawes consultó el reloj de pared.

—¿Te importa que me largue un poco antes? Esta noche tengo una cita.

—No, puedes irte —sonrió Carella. También él miró el reloj—. De todos modos, Meyer y Brown no tardarán en llegar para el relevo.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Hawes se enderezó la corbata, se puso la chaqueta de verano y salió. Carella echó una ojeada a sus notas, metió una cuartilla en la máquina de escribir y empezó a teclear.

Cantidad de animales de madera	**Coste unidad 1.25 $**	**Valor de reventa a 2,50 $ unidad**
1er. pedido 100.000	125.000 $	250.000 $ (que Grimm volvió a invertir)
2o. pedido 200.000 (perdidos incendio)	250.000 $	500.000$ (que Grimm necesita para pagar el cargamento del 28/8)
3er. pedido 400.000 (llegan el 28/8)	500.000 $ (Que Grimm tendrá cuando pague el seguro)	1.000.000 $

Un gráfico siempre aclaraba las cosas.

Grimm había recibido algún dinero el año anterior (ciento veinticinco mil dólares no era «algún dinero» en el presupuesto de Carella, quien se preguntó cómo lo habría obtenido aquél); después, invirtió esa suma en animalitos de madera que había revendido por doscientos cincuenta mil dólares. También había invertido esa cantidad en un segundo zoológico, por el que tenía pedidos por valor de medio millón. Planeaba utilizar ese dinero en pagar un tercer cargamento de bestias en miniatura, el veintiocho de agosto, volver a venderlos acto seguido y convertirse en millonario. ¡Bonito negocio si todo salía bien! Pero en todas partes hay envidiosos y, al parecer, alguien estaba decidido a impedir que Grimm amasase aquella fortuna.

Un millón de dólares, se repitió Carella. Por comprar y vender animalitos de madera. Cuando llegara a casa por la noche, le diría a Mark, su hijo de nueve años, que el crimen no da dividendos, ni en el lado del delincuente ni en el del policía. Para conseguir ganancias, añadiría, lo mejor era dedicarse al negocio de los animales de madera. Sí, hijo, en esto reside el futuro. En los

pequeños animales de madera. Y Abril, la hermana gemela de Mark, lo escucharía con los ojos muy abiertos, sin saber si su padre bromeaba, preguntándose por qué a ella no le aconsejaba que eligiese aquella profesión. ¿Era posible que su padre fuese un cerdo chauvinista o, después de oírlo en la televisión, la niña pronunciaría «cerdo del espectáculo»? Teddy, la madre de los niños, también escucharía sin oír, aunque jamás dejaba de seguir el movimiento de los labios, con su expresión secreta, silenciosa en su rostro. Luego, tal vez contestaría con las manos, usando el lenguaje de los sordomudos que toda la familia entendía, les diría a los niños que su padre bromeaba, que el futuro no residía en los animalitos de madera, sino en la basura prensada, que ella había leído que podía tornarse virtualmente indestructible tras un tratamiento con isótopos radiactivos, para después ser aserrada, laminada, moldeada, golpeada y utilizada en una serie de cosas. El único problema estribaba en cómo deshacerse de las cosas indestructibles fabricadas con aquel material tratado especialmente. La basura, repetiría. Y Carella insistiría en los animales de madera. Sonriendo, se dirigió a los archivos.

COTTON HAWES ERA SOLTERO, no tenía hijos (que él supiese, menos), a quienes aconsejarles respecto a las posibilidades de una profesión. Su padre, que orgullosamente lo había bautizado Cotton en recuerdo del sacerdote puritano Cotton Mather, le había explicado a su hijo que el único dios al que se debía servir era Dios. Hawes meditó estas palabras durante largo tiempo. Las meditó durante su adolescencia, cuando el único dios al que valía la pena servir parecía estar escondido debajo de las faldas de las chicas del instituto que andaban tentadoramente dentro de su campo visual. Las meditó estando en la Armada, cuando el único dios al que valía la pena servir era la supervivencia, no siempre segura a bordo de una cañonera. Y las meditó cuando ingresó en el Cuerpo de Policía, donde el dios era la justicia (esto pensaba al principio), y donde el dios se convirtió más tarde en la retribución (hasta que se dio cuenta de lo contrario), y donde el dios, después de su traslado a la

87, pareció personificarse en Steve Carella (a quien más adelante llegó a considerar un simple mortal como él mismo). Ya no era el muchachito que escuchaba a su padre, un hombre bueno y honrado (si bien un poco fanático en lo tocante a la religión), que le aconsejaba cómo debía vivir la vida. En realidad, sólo había necesitado los consejos y los ejemplos de su padre para ser lo que era. Intentaba al menos ser un hombre bueno y honrado. Ignoraba si lo era o no, mas esto es lo que deseaba saber.

No regresó a casa aquella noche, pasada al lado de Christine Maxwell, a la que conociera unos años antes durante la investigación de un asesinato múltiple en una librería, hasta las tres de la madrugada. Llamó a su servicio de llamadas, enterándose de que Steve Carella había telefoneado mientras él estaba fuera, dejando el recado de que a su regreso le llamara, fuese la hora que fuese. Inmediatamente, marcó el número de su amigo, en Riverhead.

—¿Sí? —la voz de Carella estaba llena de sueño.

—Steve, soy Cotton. Siento despertarte, pero tu recado decía…

—Sí, de acuerdo —Carella empezaba a despertarse. Calló un instante y continuó—: Roger Grimm llamó a la comisaría después de medianoche. Meyer recibió la llamada.

—¿Qué ha sucedido? —se interesó Hawes.

—Mientras él estaba fuera, alguien incendió su domicilio. Mañana iré a echarle un vistazo. ¿Te importaría mucho ir a Logan y ver qué le han hecho a la casa? Yo —explicó— antes quiero ir al almacén para atar algunos cabos.

—Claro, Steve. ¿A qué hora debo estar allí?

—¿Te parece pronto a las diez?

—No, no, al contrario —respondió Hawes.

Colgó, miró el reloj y suspiró.

Para Yvonne y Jaime Hamilton.

La ciudad de este libro es imaginaria.
Los personajes, los lugares, son ficticios. Solamente la rutina policíaca se basa en técnicas de investigación bien establecidas.

2

MIENTRAS COTTON HAWES se dirigía a la mañana siguiente al suburbio de Logan, se le ocurrió que Roger Grimm podía haber pegado fuego al almacén y después a su domicilio con el fin de cobrar el dinero del seguro sobre ambos edificios, con el fin de obtener dicho dinero en moneda contante y sonante y, naturalmente, poder adquirir al menos una parte del cargamento de muñecos de madera que esperaba de Alemania. Llegó a Logan a las diez y cuarto, y la primera ojeada a la casa, incluso en su estado actual, le convenció de que el fraude por el seguro era una auténtica posibilidad. Edificada sobre medio acre de terreno, en una zona de fincas lujosas, la casa solamente ya debía valer por lo menos un cuarto de millón de dólares antes del incendio.

En su estado actual no valía un pimiento. Fuese quien fuese el incendiario, había realizado un buen trabajo. Aunque la Brigada de Bomberos respondió al cabo de veinte minutos, cuando llegaron allí la casa estaba ya completamente destruida por las llamas, de manera que los bomberos tuvieron que preocuparse más por salvar al resto de la vecindad que por conservar lo poco que quedaba de la morada de Grimm. En un día tan especialmente caluroso como aquél, no podían atender a un incendio totalmente incontrolable, limitándose, por tanto, a empapar de agua los tejados y los jardines para contener el fuego, de modo que lo único que quedó reducido a cenizas fue la casa de Roger Grimm.

Hawes estacionó su Pontiac convertible, y después recorrió a pie

la avenida ovalada de las ruinas todavía humeantes. Grimm se hallaba en el porche de entrada, de recias piedras, delante de los soportes y el dintel, achicharrados, que habían formado la puerta principal.

Vestía pantalón blanco y una camisa deportiva azul, de mangas cortas. Tenía las manos metidas en los bolsillos traseros del pantalón, contemplando las ruinas a través del marco chamuscado de la puerta, como si esperase descubrir todavía algún resto de su vivienda más allá. Al oír los pasos de Hawes dio media vuelta. En su semblante se veía una expresión distante y apenada.

—Ah, hola —murmuró.

—¿Estaba asegurada? —inquirió Hawes.

—¿Cómo…? ¡Oh, sí, sí, lo estaba!

—¿Por cuánto?

—Por trescientos mil —Grimm volvió a contemplar las ruinas—. Efectué muchas reformas en la casa —explicó—. No es como el almacén, que sólo significaba dinero, particularmente a causa de las figuritas de madera. La casa es diferente. Aquí es donde yo vivía.

—¿Cuándo ocurrió?

—La Brigada de Bomberos recibió la llamada a las once y veinte.

—¿Quién les telefoneó?

—El vecino. Se iba a la cama, se asomó por la ventana de su cuarto y vio las llamas. Inmediatamente llamó a los bomberos.

—¿Cuál es su nombre?

—George Aronowitz.

—Bueno, vamos a echar un vistazo por ahí —propuso Hawes.

—No —negó Grimm, sacudiendo la cabeza—. No quiero ver nada. Le aguardaré aquí.

Un apartamento asaltado es una violación en sí, y no hay nada tan patético como la expresión de la víctima de un robo. Está en medio de una invasión de su intimidad, con las ropas esparcidas, los objetos personales tratados con indignidad y prisa, en tanto él se ve reducido a reprimir su furor con cierta supeditación infantil. Una sensación de vulnerabilidad, de fragilidad, incluso, sí, de mortalidad se desprende de los muros de su invadido castillo, y siente en ese momento que él, su persona, no está ya a salvo de la violación criminal de unos seres desconocidos. El asesinato, claro está, es el último robo. Le quita a un hombre no sólo sus bienes, sino su

misma existencia. Después, a continuación en el grado de criminalidad, vienen los incendios.

Existe una excitación indudable en la contemplación de una llameante hoguera, quizás un retroceso a aquellos días en que el hombre de Neanderthal hacía chocar el pedernal contra el eslabón, y seguramente saltaba de admiración ante el fuego conseguido. O quizá se trate de algo más profundo, algo malvado y oscuro, que obliga al hombre a responder ante un fuego incontrolable, al que despierta su deseo interior de gozar de una libertad violenta, irresistible… de ser capaz de desafiar y retar, de clamar por la rebelión, el mando absoluto, la atención más espantosa, de aterrorizar espectacularmente, de gobernar con un poder indiscutible, y finalmente… ¡de triunfar!

No es, por tanto, sorprendente que algunos pirómanos contemplen sus obras maestras en medio de un éxtasis total, con erecciones abultando sus pantalones, con eyaculaciones humedeciendo sus exaltadas pasiones cuando los bomberos no consiguen apagar las asoladoras llamas. Hay excitación en el fuego, y el mono desnudo responde siempre a él, genéricamente. No hay ninguna excitación en las consecuencias de un incendio. Un bombero no lucha contra el fuego, lucha por lo que hay en el fuego. Lo apaga con agua, lo riega con bióxido de carbono, lo destruye con un hacha, hace cuanto puede para destrozar aquella cosa, porque el fuego es solamente un parásito que se alimenta con la cosa, y si él puede matar a la cosa, puede matar al fuego. Había muchas cosas muertas en las ruinas que habían sido el hogar de Roger Grimm. Estaban esparcidas en un caos humeante como cadáveres desmembrados en un campo de batalla, recuerdos parciales de lo que eran cuando aún poseían vida propia.

Como el arqueólogo que reconstruye mentalmente un jarro de loza partiendo del asa o del reborde superior, Hawes pasó por entre aquellas ruinas, para buscar restos chamuscados o semifundidos de lo que fuera un sofá, un tocadiscos, un cepillo de dientes, una coctelera… Durante el incendio no hubo ningún ser vivo en la casa, solamente cosas que habían tenido cierta vida y que ahora estaban muertas. Hawes comprendió por qué Grimm no se atrevía a pasearse entre aquella inanimada destrucción. Buscó diligentemente alguna pista del artilugio que fue el causante del incendio, pero no

lo encontró. Alertada ante la posibilidad de tratarse de un fuego provocado, la Policía de Logan habría registrado indudablemente todo el lugar, siendo probable que hubiesen encontrado algo interesante. Sin embargo, Hawes lo dudaba. Salió, habló brevemente con Grimm, le aseguró que estarían en contacto, y se dirigió a la casa contigua para conversar con Aronowitz.

La doncella le manifestó que el señor Aronowitz se había marchado a trabajar a las nueve de la mañana, por lo que le encontraría en su despacho del centro de la ciudad. Le dio a Hawes el número, sugiriendo que llamase antes. No le reveló el nombre ni las señas de la empresa donde trabajaba. Hawes subió al coche, condujo hasta una cabina telefónica, y marcó el número que la criada le había dado.

—Blake, Fields y Henderson, buenos días —contestó una voz.

—Buenos días —respondió Hawes—. El señor George Aronowitz.

—Un momento —dijo la voz.

Hawes aguardó. Se oyó otra voz por la línea.

—Departamento de arte.

—El señor Aronowitz, por favor.

—Está ocupado… ¿Puede esperar, o quiere volver a llamar? Hawes esperó.

—Le llamo ahora —dijo de pronto la voz.

Inmediatamente se oyó un clic y otra voz.

—Despacho del señor Aronowitz.

—¿Puedo hablar con él?

—¿De parte de quién?

—Del detective Hawes, de la Comisaría 87.

—Sí, señor, un momento.

Hawes aguardó un momento.

George Aronowitz estaba hablando con alguien cuando finalmente cogió el teléfono.

—… quiero que esos cromados estén listos a mediodía, o tendrá que llevar el trasero en cabestrillo. Dígaselo así, exactamente. ¿Diga? —agregó, cambiando de tono.

—¿El señor Aronowitz?

—¿Sí…?

—Soy el detective Hawes. Estoy investigando el incendio que hubo en casa del señor Grimm. Tal vez usted podría concederme

unos minutos…

—¿Sí…?

—¿Puedo pasar hoy a saludarle?

—¿No puede decirme por teléfono lo que sea?

—Preferiría hacerlo personalmente.

—¿Quién dijo que era usted?

—El detective Hawes.

—¿Pertenece a la Policía de Logan?

—No, a la brigada de la Comisaría 87. En la ciudad.

—¡Una verdadera desgracia, sí, señor! —exclamó Aronowitz—. Lo arrasó todo. Bien, consultaré mi agenda… ¿Cómo dijo que era su nombre?

—Detective Hawes.

—¿Detective Horse?

—Hawes. H-a-w-e-s.

—¿A qué hora puede venir? Lo antes posible, porque tengo una cita a las doce y media. Un almuerzo…

—¿Dónde está su oficina?

—En la Wilson, nueve tres tres. Piso catorce.

—Yo estoy en Logan… Concédame cuarenta minutos.

—Hasta ahora —contestó Aronowitz. Colgó.

EL DETECTIVE ANDY PARKER estaba sentado, en calzoncillos tomando un botellín de cerveza en la cocina de su apartamento. Estaba de vacaciones, por lo que no le hizo mucha gracia la visita de Steve Carella. Este, que nunca le hacía gracia ver a Parker, ni aun en las mejores ocasiones, tampoco se la hizo ahora, viéndolo además en calzoncillos. Parker parecía una babosa, incluso cuando estaba vestido. En calzoncillos, sentado a la mesa esmaltada de la cocina, rascándose los testículos con una mano mientras con la otra se llevaba el botellín de cerveza a los labios, no era ciertamente un candidato para una revista de modas masculinas. Tenía el cabello alborotado, sin afeitar desde el sábado, cuando inició sus vacaciones, y era ya jueves, y por el color que se desprendía de su cuerpo, tampoco se había molestado en ducharse.

A Carella no le gustaba Parker.

A Parker no le gustaba Carella.

Carella opinaba que Parker era un policía perezoso, un mal policía, la clase de policía que da mala fama al Departamento. Parker opinaba que Carella era un policía afanoso de gloria, un policía excesivamente atildado, la clase de policía que da mala fama al Cuerpo. Únicamente una vez, en toda su vida, Parker admitió que quizá Carella era la clase de policía que a él le hubiera gustado ser, la clase de policía en que él podría convertirse. Esto fue cuando hallaron un cadáver con la documentación de Carella, y todos supusieron que era éste el muerto. Borracho aquella noche, en cama con una puta, Parker hundió la cabeza en la almohada y murmuró:

—¡Era un buen policía!

Ah, de esto hacía mucho tiempo, Carella seguía con vida, y ahora estaba aquí, molestando a Parker respecto a un maldito incendio, cuando él se hallaba gozando de sus vacaciones.

—¡No entiendo por qué no podéis esperar a que yo vuelva a la Comisaría! —gruñó—. ¿A qué tantas prisas? ¿Está ese fulano casado con la hija del alcalde, acaso?

—No, es un ciudadano corriente.

—Sí, pero los ciudadanos corrientes reciben golpes en la cabeza todos los días de la semana, nosotros nos ocupamos de su$ casos constantemente y a veces encontramos al autor y otras veces no. Ese tipo ha perdido solamente un puñado de objetos de madera en el incendio y se ha puesto histérico.

Parker eructó e inmediatamente se tomó otro trago de cerveza. No le ofreció ningún botellín a Carella, si bien éste ya estaba dispuesto a rechazar la invitación aunque Parker decidiese extender, al menos, una mínima medida de hospitalidad a su colega.

—Grimm cree que alguien desea perjudicarle —explicó Carella.

—En esta ciudad, todo el mundo se ve perjudicado, de una manera o de otra, todos los días de la semana. ¿Qué convierte a Grimm en algo tan especial? Se supone que estoy de vacaciones. ¿No se toma vacaciones ese Grimm?

—Andy —trató de razonar Carella—, he venido a verte porque no logré hablar contigo por teléfono…

—Claro, está descolgado. ¿Sabes que estoy de vacaciones?

—No logré encontrar nada archivado sobre este caso. Si me haces el favor de decirme…

—Bueno, no hay nada archivado —replicó Parker—. Me ocupé de ese caso solamente durante dos días, ya sabes. Me lo dieron el miércoles por la noche, trabajé todo el jueves y el viernes, y después empecé las vacaciones. ¿Qué podía archivar?

—No tuve tiempo de escribir nada. Estuve demasiado ocupado en aquel almacén. Oye, Steve, perdí el culo en este caso, y no me digas que no fue así. Prácticamente, peiné todo el almacén. No hallé nada —prosiguió Parker, casi jadeando—. Ni un detonador, ni una espoleta o una mecha, ningún mecanismo, ni frasco alguno que hubiese contenido un producto químico… nada. Hablé con…

—¿Es posible que el fuego fuese casual?

—¡Imposible! Los dos vigilantes estaban drogados, lo que significa que alguien quiso quitarlos de en medio. ¿Y por qué?

Pues para poder pegar fuego al almacén.

—¿Crees que pudo hacerlo el mismo Grimm?

—Nada de eso. Todas las figuras estaban embaladas, listas para su embarque el lunes por la mañana. En el almacén no había ni libros ni archivos, ya que Grimm lo guarda todo en una oficina de la Bailey Street. Entonces, ¿por qué quemar el almacén? No, Grimm es inocente.

—¿Por qué, pues, no les dijiste esto mismo a las compañías aseguradoras?

—Porque no estaba completamente seguro. Sólo trabajé en el caso dos días, y lo único que tenía al final de ellos era un montón de cenizas. ¿Piensas que iba a perder más tiempo por ese individuo?

¡Ni hablar, amigo!

—¿Declararon algo los vigilantes nocturnos? —quiso saber Carella.

—Son dos imbéciles —rezongó Parker—, que apenas saben cómo se llaman. Ambos entraron a trabajar a las ocho, recordaban haberse sentido indispuestos hacia las diez y después, el vacío. Uno de ellos cayó en el patio. El otro se hallaba dentro del almacén, haciendo su ronda, cuando cayó también como muerto. Al principio, los bomberos creyeron que se debía a asfixia por el humo, pero esto no explicaba el colapso del vigilante en el patio. Además, éste tenía la cabeza hundida en un charco de sus propios vómitos,

de manera que alguien tuvo la brillante idea de que pudo estar drogado. Lo llevaron al hospital y, efectivamente, había tomado una dosis elevada de hidrato dórico. De acuerdo, ¿dónde estamos con eso? Por algo llaman al hidrato de doral, o dórico, las «gotas del olvido». Hace el efecto en cuestión de minutos.

Los dos vigilantes llegaron al almacén a las ocho, y no se durmieron hasta dos horas más tarde. Declararon que nadie se acercó por allí en todo ese tiempo, nadie en absoluto. Entonces, ¿quién les hizo tomar las gotas? Bien, si quieres solucionar el caso, encuentra al que les dio las gotas a los vigilantes y con toda certeza verás que fue el mismo incendiario.

—¿Te importa que vuelva a interrogar a esos dos vigilantes? —preguntó Carella.

—Como gustes. Yo estoy de vacaciones. Hice todo lo que pude y no intento hacer nada más hasta que vuelva al trabajo. —Se levantó, anduvo hacia la pared donde se hallaba el teléfono, arrancó una hoja del cuaderno de direcciones, y escribió unas palabras.

—Aquí tienes sus nombres —gruñó—. Que te diviertas.

—Gracias —repuso Carella, poniéndose de pie y yendo hacia la puerta.

—Ya que has venido —murmuró Parker, casi a regañadientes—, si quieres un poco de cerveza.

—No puedo beber estando de servicio —masculló Carella.

EL DEPARTAMENTO DE ARTE de Blake, Fields y Henderson ocupaba toda la planta decimocuarta del 933 de la Wilson Avenue. George Aronowitz era un individuo bajo y regordete, de unos cuarenta años, completamente calvo, con un bigote muy poblado que compensaba la falta de cabello en su cráneo. Su despacho estaba decorado en color blanco, paredes blancas, muebles blancos, lámparas del mismo color, a propósito para la exhibición de diversos carteles, anuncios de revistas y objetos de arte que él había fabricado, o tenía en comisión. Todo ello estaba clavado a las paredes con tachuelas, de modo que Aronowitz semejaba una gruesa deidad sentada en un escaparate de cristales manchados o en un nicho de

mosaico. Estrechó brevemente la mano de Hawes, cruzó sus gordezuelos dedos sobre el pecho y se inclinó hacia atrás en su sillón.

—¡Dispare!

—Quiero saber todo lo referente al incendio de anoche.

—Vi las llamas un poco después de las once. Llamé a los bomberos, que llegaron rápidamente —Aronowitz se encogió de hombros—. Esto es todo.

—¿Oyó algo antes?

—¿Algo? ¿Qué?

—¿Algún ruido musitado fuera, por ejemplo? Los ladridos de un perro, el motor de un auto, el vuelco de un cubo de basura, rotura de cristales… Algo fuera de lo ordinario.

—Deje que piense —pidió Aronowitz—. En el distrito siempre hay perros que ladran, de modo que eso no se hubiera salido de lo normal. Además, allí todo el mundo tiene perros. Odio a los perros. Son unos animales sucios, podridos, que te muerden el trasero sin razón alguna.

—Supongo que usted no tiene ningún perro.

—No tendría un perro ni aun cuando hablara seis idiomas y escribiese el sánscrito. Odio a los perros. Grimm tampoco tiene ningún perro.

—Bien, ¿ladraron algunos perros anoche?

—Siempre hay perros que ladran. Esos malditos no callan nunca. Uno de ellos le ladra a una alevilla, por ejemplo, y al momento le contesta otro, al que responde un tercero y así sucesivamente, ladrando a la luna o a nada. Es un milagro que la gente pueda dormir. ¡Y se supone que es un distrito residencial! Si pudiera, envenenaría a todos los perros de los Estados Unidos. Después, los disecaría, les pondría ruedas, y así, los amantes de los perros podrían comprar uno y hacerlo rodar por toda la casa. De este modo, ningún perro ladraría de noche. ¡Dios mío, odio a esos chuchos!

—¿Oyó usted… algo más que ladridos anoche?

—¿Quién puede oír nada con ese alboroto? —replicó Aronowitz.

Se mostraba bastante agitado.

Hawes creyó preferible cambiar de tema antes de que Aronowitz echara espuma por la boca.

—Vamos a intentar establecer un horario, ¿de acuerdo? Esto tal vez nos ayude.

—¿A qué se refiere?

—Por ejemplo, ¿a qué hora llegó usted ayer a casa?

—A las seis y media.

—¿Pasó por delante de la casa de Grimm?

—Claro. Es la casa de al lado. Siempre paso por delante.

—¿Le pareció todo en orden?

—Todo me pareció en orden, sí.

—¿No vio a nadie merodeando por allí?

—A nadie. Eh, aguarde un momento. El jardinero regaba el jardín de los Franklin, al otro lado de la calle. Pero es un jardinero que trabaja allí tres o cuatro veces por semana. Eso no puede considerarse extraño, ¿verdad? Debería ver el perrazo que tienen… Un danés enorme que siempre salta por el jardín como un león; podría destrozar la garganta de cualquiera de un solo zarpazo. ¡Dios mío, vaya monstruo!

—¿Qué hizo usted al llegar a casa?

—Me cambié de ropa y tomé un par de martinis antes de cenar.

—¿Está usted casado, señor Aronowitz?

—Desde hace catorce años con la misma mujer. Ella también odia a los perros.

—¿Oyó su esposa algo raro anoche?

—No. Al menos, nada dijo.

—De acuerdo. ¿A qué hora cenaron?

—A las siete y media o las ocho.

—¿Y qué más?

—Nos sentamos en la terraza, tomamos un poco de coñac y escuchamos música.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las diez.

—¿Ningún ruido extraño fuera?

—Ninguno.

—¿Y qué más hicieron?

—Bueno… —Aronowitz se encogió de hombros.

—¿Sí…?

—Esto… esto es personal —vaciló, contempló sus manos cruzadas y respondió tímidamente—. Hicimos el amor.

—Está bien —aprobó Hawes.

—No oímos nada mientras lo hacíamos —declaró Aronowitz.

—Claro.

—Luego, subimos, y me estaba desnudando para acostarme cuando al mirar por la ventana vi que en la casa de Grimm estaban las luces encendidas, y el edificio envuelto en llamas.

—En otras palabras, que hasta que ustedes subieron a acostarse no ocurrió nada anormal.

—Bueno… —vaciló Aronowitz.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ávidamente Hawes.

—Que hicimos el amor en la terraza, lo cual es raro. Usualmente, lo hacemos en el dormitorio.

—Sí, pero aparte de esto…

—Nada.

—Señor Aronowitz, ¿no miró hacia la casa de Grimm en ningún momento antes de ver el fuego?

—Creo que sí. Estábamos en la terraza, que da a la casa del vecino, por lo que supongo que miré hacia allí ocasionalmente. ¿Por qué?

—Esto sería después de cenar, ¿verdad? Estuvieron en la terraza hasta las diez…

—Oh, hasta un poco más tarde —le corrigió Aronowitz—. Escuchamos música hasta las diez, pero después…

—Ya entiendo. Lo que trato de averiguar es si había luces en casa de Grimm.

—¿Luces?

—En cualquier momento de la velada… ¿no vio luces en aquella casa?

—Pues… no, creo que no. La casa estaba a oscuras.

—Pero cuando vio el fuego, las luces se hallaban encendidas ¿cierto?

—Sí —asintió Aronowitz, frunciendo el ceño.

—Gracias —murmuró Hawes.

—No lo entiendo —reflexionó Aronowitz—. ¿Por qué querría alguien encender las luces si iba a pegarle fuego a la casa entera?

3

EXCEPTO EN LOS CASOS de piromanía, donde el incendiario actúa sin un motivo consciente, existen muchas razones para quemar una casa, razones que todos los policías conocen de memoria.

Parker había investigado todo lo relativo a los competidores de Grimm en el comercio de los objetos de madera, expresando la opinión de que ninguno de ellos tenía motivos suficientes para cometer un delito tan grave como un incendio. Y aunque Carella hubiese respetado el criterio de Parker (cosa que no era así), se habría mostrado reacio a aceptar una absolución tan temprana. La competencia era posiblemente el motivo más poderoso, y Carella no estaba dispuesto a prescindir de los rivales de Grimm en su negocio como sospechosos, hasta haber apurado completamente la investigación. Tampoco pensaba abandonar la idea de un posible fraude a las compañías del seguro (Primera viñeta: «¡Hola, Sam, oí decir que hubo un gran incendio anoche en tu tienda!» Segunda viñeta: «Chist… esto fue mañana por la noche.») o la destrucción de libros y archivos como motivos alternos, aunque Parker estuviese convencido de que Grimm era inocente. En cuanto a extorsión, intimidación o venganza, esas posibilidades dependían de lo que llegara a descubrir sobre el señor Roger Grimm. Por lo que Carella sabía, Grimm podía tener conexiones con toda clase de tipos criminales, quienes finalmente habían decidido ayudarle en un fraude. También podía Grimm haber estafado en otros tiempos a una docena de personas, todas las cuales podían ser capaces de

convertir su casa en una antorcha, así como su almacén y hasta el ala de su panamá. Carella decidió esperar hasta obtener cualquier resultado por este lado.

El último motivo posible era que alguien hubiese incendiado el almacén para ocultar un crimen. (¿Has dejado señales en las ventanas y huellas dactilares en la caja de caudales? ¿Y qué? ¡Quema el almacén antes de largarte!) Era un razonamiento muy estúpido, puesto que un robo se castiga con un máximo de treinta años y un mínimo de diez, mientras que los incendios, según su grado, se castigan con cuarenta, veinticinco y quince años respectivamente. Claro que, ¿quién puede desentrañar los intrincados recovecos de una mente criminal? Además, aunque hubiesen incendiado el almacén para borrar las huellas de un robo, era altamente improbable que alguien robara una indeterminada cantidad de figuras de madera e incendiara el resto para disimular tal robo. Por otra parte, si alguien cometió un delito en el almacén, y lo quemó para ocultar tal delito, era ridículo pensar que después prendería fuego a la casa de Grimm para disimular el verdadero objetivo del primer incendio. Un plan tan elaborado era digno de una historieta ilustrada.

Lo que dejaba como único motivo la piromanía.

Cuando Carella se enteró del incendio del almacén, pensó que podía deberse a la actuación de un pirómano, a pesar de haber sido drogados los dos vigilantes, puesto que los pirómanos casi nunca recurren a esos extremos. Mas, tan pronto como se enteró del segundo incendio, Carella comprendió que no trataba con ningún esquizofrénico. En todos sus años de experiencia con los pirómanos, no había hallado ni uno solo con un motivo real para crear un incendio. La mayoría obraban por diversión, no siempre aunque, a menudo, sexualmente impulsados. Les gustaba contemplar las llamas, oír las bombas contra incendios, la excitación de la multitud, el tumulto y el frenesí. Su edad abarcaba de los diez a los ciento diez años, usualmente eran tipos solitarios, hombres y mujeres, intelectuales o idiotas, oficinistas o pinches de cocina. Había detenido a dos pirómanos que eran alcohólicos. Otra era una mujer embarazada, presa del mayor de los histerismos. Otra aún, declaró haber provocado el fuego porque sufría de calambres menstruales. Todos elegían sus blancos al azar, casi siempre por

estar el edificio abandonado o en un sitio solitario, libre de las patrullas regulares.

La mayor parte de esos Individuos eran personas tristes. En todos sus años de policía, Carella solamente conoció a uno de tales pirómanos gracioso, al que no vaciló en reconocer como un caso insólito en los anales de la piromanía. En realidad, era un hombre al que Carella encerró por robo a mano armada. Cuando el ladrón salió de Castleview, llamó a Carella al Precinto y le conminó a ir a su casa inmediatamente, sin su revólver, pues de lo contrario envolvería en llamas a su hermano menor. Resultó que el hermano menor tenía treinta y seis años de edad, quien había estado entrando y saliendo de la cárcel desde los quince. Su inmolación, de haberse producido, no habría causado ningún dolor de cabeza al Departamento. Por eso, Carella le contestó a su amigo de Castleview que le pegara fuego a su hermano y colgó. Naturalmente, el tipo no hizo nada. De todos modos, en la ciudad abundaban los locos, los retrasados mentales, y no todos estaban registrados en los archivos policiacos, por lo que Carella estaba convencido de que ninguno de ellos había pegado fuego al almacén y a la casa de Grimm.

El almacén se hallaba en Clinton Street y Avenue L, contiguo a los depósitos del muelle del río Harb. Era un caserón de ladrillos rojos, de cuatro pisos de altura, con una valla de madera, cuya puerta se cerraba con candado, que lo rodeaba por completo. Un individuo de unos sesenta años, con uniforme de vigilante, una pistola con funda al costado, permanecía al otro lado de la valla cuando Carella detuvo su Chevrolet. Carella le enseñó su placa, el vigilante eligió una llave del llavero que colgaba del cinturón y abrió el portón.

—¿Pertenece al Distrito 87? —preguntó.

—Sí.

—Porque ya estuvieron aquí.

—Lo sé —asintió Carella—. Soy el detective Carella. ¿Quién es usted?

—Frank Reardon.

—¿Sabe quiénes estaban de vigilancia aquí la noche del incendio, señor Reardon?

—Sí. Jim Lockhart y Lenny Barnes. Los conozco, claro.

—¿Los ha visto desde entonces?

—Todas las noches. Me relevan cada noche a las ocho en punto.

—¿Han dicho algo sobre lo sucedido?

—Únicamente que alguien los drogó. ¿Qué desea registrar primero, señor Carella?

—El sótano.

Reardon abrió una puerta y condujo al detective a través de un patio enlosado hasta una puerta de escape metálica situada a un lado del edificio. Abrió con otra llave del mismo llavero y entraron. Tras la brillante luz del sol, el estrecho pasillo pareció mucho más oscuro de lo que era en realidad. Carella siguió a Reardon por un tramo de escaleras que terminaba bruscamente en un sótano, todavía iluminado por el agua de la conducción rota. Cerca del horno flotaban más de una docena de ratas ahogadas. La cañería rota era una de esos tubos de hierro forjado, al parecer indestructibles. A Carella le pareció evidente que el pirómano había utilizado una carga explosiva. También era evidente que el fuego no se había iniciado en aquel sótano, puesto que es muy difícil encender nada bajo el agua.

—¿Quiere nadar un poco? —preguntó Reardon, cloqueando inesperadamente.

—Echaremos un vistazo arriba.

—Allí no hay nada que ver. El fuego dio buena cuenta de todo.

Era cierto, el fuego había dado buena cuenta de todo. Era fácil comprender cómo medio millón de dólares de conejos, perros y gatos de madera en miniatura habían sido un excelente combustible para un incendio de proporciones monumentales. El piso era una combinación de cenizas mojadas y carbón, con alguna que otra cabeza, rabo o pata apenas reconocibles. Probablemente, habían amontonado los cajones sobre las mesas de metal, y los bomberos debieron apartar a un lado los restos chamuscados en su esfuerzo por apagar las llamas. En el techo, convenientemente espaciadas, quedaban unas lámparas metálicas, con las bombillas rotas y ennegrecidas. Una de ellas captó la atención de Carella porque del sujetalámparas colgaba un fragmento repelado por el fuego de cordón eléctrico. Aproximó una mesa y se subió a la misma. El cordón era una extensión equipada para ser insertada en el lugar que ordinariamente ocupaba la bombilla. Aunque el extremo colgante estaba chamuscado, era razonable suponer que antes fue lo

bastante largo como para llegar desde la lámpara a una de las mesas.

Carella arrugó el entrecejo.

Lo arrugó porque se suponía que Andy Parker era un policía, y los policías deben saber que la mayoría de fuegos no se inician con cerillas; como la idea del pirómano, por lo común, es hallarse lejos de todo peligro cuando prende el fuego, una ignición instantánea es poco práctica y arriesgada en grado sumo. Parker había buscado, según él, todo rastro de mecha, espoleta, detonador o cualquier otro artilugio, así como algún producto químico; es decir, algo capaz de provocar un incendio demorado. Sin embargo, no se había fijado en aquel cordón que colgaba, de manera que Carella supuso que Parker se hallaba demasiado entusiasmado con la idea de sus próximas vacaciones para descubrir lo que podía haber sido un primitivo pero eficaz ingenio incendiario. Carella había investigado demasiados incendios (y estaba seguro de que lo mismo le ocurría a Parker), los cuales habían sido provocados envolviendo una bombilla eléctrica en lana, rayón o franela, y después suspendiéndola sobre un montón de material inflamable, tal como película de cine, algodón, excelsior o simplemente virutas de madera.

Con Reardon al lado, sin dejar de arrugar el entrecejo, Carella se dirigió hacia el interruptor situado junto a la puerta. La manilla estaba en la posición de encendido. Esto significaba que el incendiario, trabajando con una linterna en la oscuridad, pudo insertar el cordón, hacer colgar la bombilla encima del combustible, debidamente preparado, ir hacia la puerta, darle vuelta al interruptor y marcharse del almacén… seguro de que no tardaría en iniciarse una inmensa hoguera.

—¿Alguien quitó el polvo de este interruptor? —inquirió el detective.

—¿Cómo? —se admiró Reardon.

—¿Acaso los técnicos del laboratorio no buscaron en él huellas dactilares?

—No lo sé —replicó Reardon—. ¿Por qué?

Carella metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un puñado de etiquetas para la evidencia. Del bolsillo lateral, pensando al mismo tiempo que un policía es realmente una papelería ambulante, extrajo un rollo de cinta adhesiva. Quitó una

etiqueta de la goma que las mantenía a todas juntas, y la pegó, por arriba y por abajo, al interruptor.

—Vendrán a examinar esto —le dijo a Reardon—. Por favor, déjelo tal como está.

—De acuerdo.

Reardon pareció extrañado.

—¿Puedo usar el teléfono?

—Está fuera, en la pared, cerca del reloj.

Carella salió al pasillo. Garabateados con lápiz, en la pared, junto al aparato telefónico, estaban los nombres y los números de los compañeros de Reardon, Lockhart y Barnes. Carella marcó el número del Laboratorio de Policía de la High Street, hablando con un ayudante llamado Jeff Warren, para decirle lo que pensaba y pedirle que enviaran a alguien al almacén a fin de levantar las huellas dactilares del interruptor. Warren contestó que por el momento se hallaban terriblemente atareados con un montón de ropas sucias procedentes del apartamento del sospechoso de un asesinato, investigando las marcas de la lavandería y la tintorería, por lo que dudaba que alguien fuese al almacén antes de la mañana siguiente. Carella solicitó que hicieran lo que pudieran, lo antes posible, colgó y hurgó en el bolsillo en busca de otra moneda. Halló tan sólo una de tres cuartos, y le preguntó a Reardon si tenía cambio. El vigilante le entregó dos centavos y un níquel. Carella marcó el número de Lockhart, que fue leyendo en la pared.

Lockhart sonó adormilado cuando respondió a la llamada. Carella recordó que se trataba de un vigilante nocturno, por lo que se disculpó por molestarle a aquella hora. Lockhart contestó que no dormía, preguntando acto seguido qué deseaba el detective. Respondió que estaba investigando el incendio del almacén de Grimm, de manera que le agradecería poder hablar con él y con Barnes, si los tres podían reunirse aquella misma tarde. Concertaron la cita para las tres, después de asegurar Lockhart que llamaría rápidamente a su compañero. Carella le dio las gracias y colgó. Reardon continuaba a su lado.

—¿Sí…? —le instó Carella.

—No podrán decirle nada —observó Reardon—. El otro policía ya habló con ellos.

—¿Sabe qué declararon?

—¿Yo? ¿Cómo puedo saberlo?

—Pensé que eran amigos suyos.

—Oh, me relevan cada noche, nada más.

—¿Cuántos turnos tienen aquí? ¿Tres?

—Dos —rezongó Reardon—. De las ocho de la mañana a las ocho de la tarde y viceversa.

—Unos turnos muy largos —comentó Carella.

—El trabajo no es pesado —repuso Reardon, encogiéndose de hombros—. Además, casi nunca ocurre nada.

CARELLA SE REGALÓ CON UN almuerzo tranquilo y prolongado en un restaurante francés de la Meredith Street, deseando que su mujer lo compartiese con él. No existe nada más solitario que comer unos platos franceses estando solo, a no ser que se trate de platos chinos, mas ya se sabe que los chinos son maestros en la tortura. Carella raras veces echaba de menos a Teddy mientras trabajaba en algún caso, pero en aquella ocasión ansiaba poder hablar con ella.

Contrariamente a la opinión de algún cerdo chauvinista que opine que estar casado con una sordomuda supone una vida llena de sumiso silencio, Teddy era la mujer más charlatana que conocía Carella. Hablaba con la cara, con las manos, con los ojos, incluso «hablaba» cuando era él quien llevaba la voz cantante, pues con los labios iba formando inconscientemente las palabras de su marido en los labios de éste. Los dos hablaban de todo y de nada. Carella sospechaba que el día que dejaran de hablar, habrían dejado de quererse. Hasta sus altercados (y era aterradora la furia silenciosa de Teddy, con sus ojos llameantes, los dedos que parecían despedir espantosos chispazos) eran una forma de hablar, que encantaba a Carella como le encantaba todo lo de su mujer. Devoró el pato a la naranja en silencio, solo, y después se dirigió con el coche a la Stiller Avenue, para llegar puntual a su cita con Lockhart y Barnes.

Clearview, en Calm's Point, era una sección de la ciudad etiquetada como «heterogénea», «fragmentada» o «alienada», según quien le colgara la etiqueta. Carella sabía qué era exactamente: un barrio ulcerado donde vivían blancos, negros y portorriqueños codo

con culo, en una abyecta miseria. Tal vez míster Agnew, que había visitado un barrio pobre y, en consecuencia, creía haberlos visto todos, no había trabajado en ninguno. Carella conocía, en cambio, muchos barrios por el estilo como parte de su rutina cotidiana, y como no era lechero, cartero ni vendedor de Biblias a domicilio, sino un oficial de policía, su labor resultaba a veces un poco difícil. Si hay algo que los residentes de los barrios pobres saben detectar inmediatamente, es el olor a policía. A esos residentes no les gustan los policías. Serlo (y, naturalmente, sentirse a la defensiva respecto al criterio formado sobre la base de si un individuo lleva o no una placa como tal), como lo era Carella, le permitía reconocer que los habitantes de los barrios bajos, tanto los delincuentes como los honrados, tenían sobrados motivos para contemplar la Ley con ojos llenos de duda y desconfianza.

Carella, como otros muchos policías, no era discriminatorio. Lo que no significaba que se careciese de prejuicios. En realidad, a veces eran excesivamente democráticos cuando tenían que decidir qué ciudadano se hallaba en posesión de una bolsita de plástica llena de heroína, escondida en un suelo cubierto con serrín. Si uno era negro o portorriqueño y habitaba en uno de esos barrios, y entraba un policía en el local donde estabas, existían seis probabilidades contra cinco de que sospechara que todos los de color usaban narcóticos, por lo que uno debía rezar para que un drogadicto (blanco o negro) no se asustara y dispusiera de la droga arrojándola a los pies de uno. Uno también comprendía que, Dios no lo quisiera, si uno tenía un rostro parecido al individuo que había atracado una tienda de licores o violado a una joven en el parque (los policías, en algunas ocasiones, encontraban difícil distinguir los negros y los portorriqueños, unos de otros), finalizaba en la comisaría, donde te advertían de tus derechos, sujeto acto seguido a un interrogatorio tan tremendo que habría derrumbado al mismo Jesucristo.

Si eras blanco, todavía estabas en un apuro mayor. En la ciudad en la que trabajaba Carella, casi todos los policías eran blancos. Naturalmente, odiaban a todos los delincuentes (y los habitantes de los barrios bajos eran automáticamente etiquetados como tales), pero especialmente odiaban a los criminales blancos, que se suponía no debían, por ser blancos, hacer espinosa la vida de los

representantes de la Ley. Lo mejor que podía hacer el residente de un barrio bajo, cuando olía a un policía, era salir a todo gas. Que fue exactamente lo que hicieron todos los parroquianos del bar cuando entró Carella. Esto no le sorprendió, pues ya le había ocurrido antes. De todos modos, le dejaba con una sensación de cansancio, de resignación, de enfado y de compasión hacia sí mismo. En resumen, le hacía sentirse humano…, como los habitantes de esos barrios que huían ante su presencia.

Un blanco y un negro se hallaban sentados juntos cerca del tocadiscos. Con la excepción del camarero y una ramera (a la que no preocupaba la entrada de Carella porque seguramente su chulo estaba aconchavado con el policía de ronda), fueron los únicos que no abandonaron inmediatamente sus bebidas para desaparecer. Carella se figuró que eran Lockhart y Barnes. Fue hacia la mesa, se presentó y pidió una ronda de bebidas para los dos vigilantes. Aparte del color, Lockhart y Barnes eran semejantes en casi todo. Aparentaban unos setenta años, eran igualmente calvos, tenían la nariz rojiza y los ojos reumáticos del bebedor habitual, sus manos estaban demacradas de la misma forma, y ambos poseían una cara surcada por profundas arrugas, con la marca indeleble del agotamiento y la derrota, el estigma permanente de una vida de pobreza y trabajo sin sentido. Carella explicó que se hallaba a cargo de la investigación del incendio del almacén, por lo que necesitaba saber todo lo que recordasen respecto a aquella noche. Lockhart, el blanco, miró a Barnes.

—¿Y bien…? —les urgió Carella.

—No hay mucho que contar —repuso Lockhart.

—En realidad, no hay nada que contar —agregó Barnes.

—Tengo entendido que los dos fueron drogados.

—Así es —asintió Lockhart.

—Así es —repitió Barnes.

—¿Pueden hablarme de ello?

—Bueno, no hay mucho que contar —dijo de nuevo Lockhart.

—En realidad, no hay nada que contar —confirmó Barnes.

—Perdimos el conocimiento, eso es todo.

—¿A qué hora ocurrió esto?

—Creo que un poco después de las diez. ¿No es verdad, Lenny?

—Es verdad.

—Y ambos entraron a trabajar a las ocho, ¿cierto?

—A las ocho en punto. Siempre tratamos de relevar a Frank puntualmente —afirmó Lockhart—. Ya es bastante larga la jornada para tener que aguardar todavía el relevo.

—¿Apareció alguien por el almacén entre las ocho y las diez?

—Ni un alma —replicó Barnes.

—¿Ni siquiera algún vendedor de bocadillos y café, alguno de esos bares ambulantes?

—Nada —puntualizó Lockhart—. Nosotros mismos nos hacemos el café. Hay una plancha eléctrica junto a la puerta de entrada. Donde se halla el teléfono.

—¿Se hicieron café la noche del miércoles?

—Sí.

—¿Quién lo hizo?

—Yo —Lockhart se señaló a sí mismo.

—¿A qué hora?

—Bueno, tomamos una taza hacia las nueve. ¿No eran las nueve, Lenny?

—Sí, hacia las nueve —corroboró el negro.

—¿Tomaron otra taza a las diez?

—No, solamente la primera.

—¿Qué más?

—Yo salí al patio —explicó Lockhart—, y Lenny se quedó dentro para la ronda del interior. Se tarda casi una hora en dar la vuelta a todo el local. Hay cuatro pisos.

—De manera que tomaron una taza de café a las nueve, se separaron y no volvieron a verse hasta después del incendio. ¿No fue así?

—Bueno…, volvimos a vernos —le corrigió Barnes, mirando a Lockhart.

—¿Cuándo?

—Cuando terminé mi ronda. Bajé y charlé un rato con Jim.

—¿Qué hora era?

—Como dijo Jim, las diez o un poco antes.

—¿Y no volvieron a tomar ninguna otra taza de café?

—No, no —negó Lockhart.

—No, no —repitió Barnes, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué tomaron? —insistió Carella.

—Nada.
—Nada.
—¿Tal vez un trago de whisky?
—¡Oh, no! —exclamó Lockhart.
—No nos permiten beber mientras trabajamos —atestiguó Barnes.
—Pero les gusta tomar un traguito de cuando en cuando, ¿no es cierto?
—Oh, seguro —sonrió Lockhart—. A todo el mundo le gusta tomar un traguito de cuando en cuando.
—Pero no trabajando.
—No, jamás trabajando.
—Pues esto es un misterio —murmuró Carella—. El hidrato dórico actúa muy deprisa.
—También es un misterio para nosotros —asintió Lockhart.
—Sí —corroboró Barnes.
—Si los dos perdieron el conocimiento hacia las diez…
—A las diez o un poco después.
—¿Están seguros de no haber tomado otra taza de café? Intenten recordar.
—Bueno, quizá la tomamos —admitió Lockhart.
—Sí, quizá —añadió Barnes.
—Es fácil olvidar una taza de café —sonrió Carella.
—Creo que tomamos otra taza de café. ¿Tú qué dices, Lenny?
—Creo que sí. Debimos tomar otra taza.
—Pero dijeron que no apareció nadie por el almacén.
—Exacto.
—Entonces, ¿quién vertió las gotas del somnífero en el café?
—Este es el misterio.
—A menos… que lo pusieran ustedes mismos, claro.
—¿Qué? —se sobresaltó Lockhart.
—¿Por qué teníamos que drogamos nosotros mismos? —se sobresaltó Barnes.
—Tal vez alguien les pagó por ello.
—¡No, no! —negó Lockhart.
—Nadie nos dio ni un penique —aseguró Barnes.
—Entonces, ¿por qué lo hicieron?
—¡Nosotros no lo hicimos! —gritó Lockhart.

—¡No lo hicimos!

—¿Pues quién lo hizo? —inquirió Carella—. ¿Quién más pudo hacerlo? Ustedes estaban solos en el almacén, de manera que no cabe otra explicación, ¿verdad?

—No, a menos que…

—¿Sí?

—Pudo ser otra cosa. Aparte del café.

—¿Qué cosa?

—No lo sé —gruñó Lockhart, encogiéndose de hombros.

—Quiere decir que pudo ser otra cosa de la que no nos dimos cuenta —aclaró Barnes.

—Algo que bebieron, ¿eh?

—Tal vez…

—Antes han asegurado que solamente tomaron café.

—No se nos permite beber mientras trabajamos —repitió Barnes.

—Nadie sugiere que se emborrachen mientras trabajan —observó Carella.

—No, nunca nos emborrachamos —afirmó Lockhart.

—Pero echan algún traguito de vez en cuando, ¿verdad?

—Bueno, las noches son tan frías…

—Para quitarnos el frío, claro.

—O sea que no tomaron una segunda taza de café…

—Pues…, no —confesó Lockhart.

—No —confesó también Barnes.

—¿Qué fue? ¿Un poco de whisky?

—Oiga, no queremos líos, ¿entiende? —se asustó Lockhart.

—¿Tomaron whisky, sí o no? —insistió Carella.

—Sí —rezongó Lockhart.

—Sí —mascculló Barnes.

—¿Dónde tienen el whisky?

—Guardamos una botella en el armarito que hay más arriba de la plancha de cocinar. Cerca del aparato telefónico.

—¿Siempre lo guardan en el mismo sitio?

—Sí.

—¿Quién más sabe lo de la botella?

Lockhart miró a Barnes.

—¿Quién más? —apremió Carella—. ¿Sabe Frank Reardon dónde guardan la botella?

—Sí —confirmó Lockhart—. Frank sabe dónde la guardamos.
—Lo sabe —concluyó Barnes.

NO HAY NADA MÁS SENCILLO que solucionar un trabajo interior, y aquel caso parecía ser uno de ellos. Frank Reardon sabía que los dos vigilantes de noche solían empinar el codo, y sabía además dónde guardaban el whisky. Lo único que tenía que hacer era verter unas cuantas gotas en el licor y dejar que las cosas siguieran su curso natural. Como uno de los vigilantes daba vueltas por el exterior, cualquier persona que estuviese al acecho sabría cuándo la droga surtía efecto.

Carella volvió hacia el puente de Calm’s Point, dispuesto a enfrentar a Reardon con los hechos, acusarle de haber drogado a los vigilantes, descubrir por qué lo había hecho y averiguar si actuaba o no a las órdenes de un tercero. Estacionó el Chevrolet fuera del almacén, acercándose rápidamente a la valla. El portón no estaba cerrado, lo mismo que la puerta del edificio.

Frank Reardon estaban tendido dentro, con dos agujeros de bala en el rostro.

4

CARELLA CERRÓ LA PUERTA a sus espaldas y empuñó la pistola. Ignoraba si el asesino de Reardon todavía permanecía en el almacén. En su profesión le habían disparado ya dos veces, ambas de manera inesperada, en una ocasión se trató de un intermediario de drogas en el Grover Park, y la otra fue un individuo al que se le conocía como el Sordo. No le gustaron las dos experiencias, puesto que en la vida real recibir un disparo no es lo mismo que en la televisión. No tenía el menor deseo de emular el estado actual de Reardon, de modo que permaneció inmóvil, muy atento el oído.

En alguna parte goteaba un grifo.

Una mosca revoloteaba en torno a los agujeros de la cara de Reardon.

En la calle, un camión cambió de marcha para ascender la cuesta que empezaba junto al río.

Carella escuchaba y aguardaba.

Transcurrieron tres minutos. Cinco.

Cautelosamente, pasó por encima del cuerpo de Reardon, se aplastó contra la pared y anduvo hasta más allá del teléfono. La puerta de la habitación contigua estaba parcialmente abierta. Divisó una plancha de cocinar sobre una especie de mostrador, y más arriba unas estanterías formando una alacena. Pegó un empujón a la puerta y dejó que su pistola le precediera al interior del cuarto. Estaba vacío. Volvió al pasillo, saltó de nuevo sobre el cadáver de Reardon, e inspeccionó la parte principal del almacén. Cenizas y

carbón, mesas metálicas chamuscadas, lámparas rotas, nada más. Siempre con la pistola en la mano, se dirigió a la puerta de entrada, y describió el pasador de la cerradura con el codo. Ignorando por el momento a Reardon, entró en el cubículo donde Lockhart y Barnes solían hacerse el café, donde también empinaban el codo. En el armarito, encontró un frasco de whisky de mala calidad. Dejó momentáneamente la pistola, envolvió con su pañuelo el gollete del frasco, aprovechando una esquina de la tela para desenroscar el tapón. El hidrato dórico tiene un olor aromático y un sabor amargo, mas lo único que pudo oler fueron vapores de alcohol, y no estaba dispuesto a tomar un trago de aquella botella. Devolvió el tapón a su sitio, se metió el pañuelo en el bolsillo, y la 38 a su pistolera. Pegó una etiqueta a la botella para su posterior envío al laboratorio y debatió consigo mismo si debía o no llamar a Andy Parker, sugiriéndole que no sólo no había visto la probable causa del fuego, sino también una respetable cantidad de $CCl_3CHO{\cdot}H_2O$. Salió otra vez al pasillo.

Reardon continuaba tumbado en el suelo. Reardon estaba evidentemente muerto.

La primera bala había penetrado por la mejilla derecha, la segunda justo por debajo de la nariz, en el labio superior. El agujero de la mejilla era pequeño y limpio, el del labio más feo porque la bala había destrozado aquella parte, saltándole unos dientes y la encía con la fuerza del impacto. Carella no conocía a ningún forense dispuesto a arriesgar su reputación calculando el calibre de la bala a juzgar por el diámetro del agujero; balas de calibres distintos dejan agujeros de tamaños muy parecidos. Asimismo, el tamaño del agujero no siempre indica a qué distancia se ha producido el disparo, ya que en realidad algunas heridas hechas a bocajarro son exactamente iguales a las causadas desde más distancia. No obstante, había granitos de pólvora en la mejilla del muerto y en torno a la boca, en tanto que el rostro no estaba chamuscado en absoluto. Carella supuso que el disparo de la mejilla, y también el segundo (o había sido al revés…) fueron efectuados desde corta distancia, aunque fuera del radio de acción de la llamarada.

Supuso también que Reardon había abierto la puerta al asesino, siendo sorprendido por una rápida y mortal andanada. De todos modos, esto no explicaba por qué el portón de la valla estaba

abierto. Cuando Carella estuvo antes en el almacén, el portón tenía puesto el candado, que Reardon había abierto con una de las llaves que colgaban de su cinturón. Volvió a cerrarlo antes de guiar al detective hacia el almacén, y al concluir la inspección, Reardon se dirigió inmediatamente al portón, lo abrió, hizo salir a Carella, y al momento lo cerró de nuevo. Entonces, ¿cómo entró el asesino? No pudo arriesgarse a trepar por la valla en pleno día. La única respuesta era que Reardon le dejó entrar. Lo que significaba una de dos cosas: o bien Reardon le conocía y se fiaba de él, o bien el asesino se presentó como alguien con buenas y válidas razones para poder entrar.

Pasada la puerta de entrada, Carella encontró dos cartuchos gastados de 9 mm., y por el momento los dejó donde estaban. Se acercó al teléfono y marcó el número del Precinto. Le explicó al teniente Byrnes que había dejado a Frank Reardon aproximadamente a la una y media de la tarde, y que al volver al almacén diez minutos antes lo halló muerto. El teniente le ordenó a Carella que esperase a los muchachos de Homicidios, al ayudante del forense, a los técnicos del laboratorio, y a los fotógrafos oficiales, cosa que Carella ya pensaba hacer. Preguntó si Hawes estaba de regreso de Logan, y el teniente le puso con el sargento de guardia. El propio Hawes habló con él.

—¿Conseguiste algo en casa de Grimm? —quiso saber Carella.

—Una cosa que puede ser o no ser importante —respondió Hawes—. No hubo ninguna luz encendida hasta justo antes del incendio.

—Esto puede encajar con lo que yo he hallado aquí.

—¿Crees que se trata del viejo truco de la bombilla?

—Pudiera ser —opinó. Carella—. También tengo una botella que puede contener o no hidrato dórico, junto con un par de cartuchos del 9.

—Oh…, oh… —exclamó Hawes.

—Exacto. Tenemos un homicidio, Cotton.

—¿Quién?

—Frank Reardon, el vigilante de día del almacén.

—¿Alguna idea del por qué?

—Probablemente para silenciarle. Sospecho que fue él quien puso el somnífero en el whisky que solían beber los dos vigilantes

nocturnos. ¿Quieres hacerme el favor de realizar una comprobación de rutina respecto a Reardon?

—De acuerdo. ¿Cuándo volverás?

—Cuando hayan llegado todos los muchachos —repuso Carella —. Como les conozco, dentro de una hora, al menos. Mientras tanto, puedes hacer otra cosa.

—¿Cuál?

—Busca también si hay algo en los archivos contra Roger Grimm. Si se trata de un trabajo interior…

—Entiendo.

—Pues hasta luego. Todavía tengo que etiquetar algunas cosas antes de que lleguen esos chicos.

—Tranquilo. Por aquí, esto está bastante sosegado.

NO ESTABA SOSEGADO cuando Carella llegó al Precinto a las cinco y cuarto. Los detectives Mayer y Brown habían ya relevado al primer equipo, y se hallaban muy atareados en un rincón de la sala general, gritándole a un jovenzuelo sentado con una mano esposada a una pata de la mesa escritorio. Hawes sesteaba sentado a su mesa, sin hacer caso del alboroto que había detrás suyo. Levantó la vista cuando Carella entró en la sala.

—Te esperaba —murmuró.

—Bien, ¿quieres un abogado, sí o no? —rugió Brown.

—No lo sé —farfulló el jovenzuelo—. Repíteme mis derechos.

—¡Jesucristo! —explotó Brown.

—Tardaron un poco más de lo que suponía —explicó Carella.

—Como de costumbre —sonrió Hawes—. ¿A quién enviaron los de Homicidios? ¿A Monoghan y a Monroe?

—Están de vacaciones. Eran dos tipos nuevos que no conocía. ¿Sacaste algo de los archivos?

Meyer Meyer, levantándose los pantalones, se acercó al escritorio de Hawes. Era un hombre corpulento, con ojos de color azul porcelana y un cráneo calvo, que al sentarse en la esquina de la mesa se secó la frente con un pañuelo.

—Le he explicado sus derechos cuatro veces —se quejó. Levantó

la mano derecha como las plumas de un indio en guerra—. ¡Cuatro malditas veces! ¿Os lo imagináis? Bien, todavía no se ha decidido.

—Azúzale —le recomendó Hawes—. No le expliques sus derechos.

—Sí, seguro —asintió Meyer.

—¿Qué hizo? —se interesó Carella.

—Afanar un poco. Una joyería de la Culver Avenue. Lo atraparon con seis relojes en el bolsillo.

—Entonces, ¿a qué explicarle sus derechos? Fue atrapado con las manos en la masa. Hay que enviarlo al tribunal.

—No. Deseamos hacerle varias preguntas —rezongó Meyer.

—¿Sobre qué?

—Llevaba también dos tomas de heroína. Nos gustaría saber de dónde las sacó.

—De donde las sacan los demás —sonrió Hawes—. Del «camello» de su distrito.

—¿Dónde has estado? —inquirió Meyer.

—De vacaciones —respondió Hawes.

—Esto lo explica todo.

—¿Qué explica?

—Que ignoras lo que ocurre.

—Odio los misterios —masculló Hawes—. ¿Quieres contarme qué pasa o volver junto a ese chico y explicarle sus derechos?

—Ya lo hace Brown —observó Meyer, mirando por encima del hombro—. Por quinta vez. Será mejor que vea si ha progresado algo.

Retrocedió al lugar donde Brown explicaba su Miranda-Escobedo al drogadicto, el cual le escuchaba con gran solemnidad.

—Bien, ¿qué hallaste en los archivos? —preguntó Carella.

—Nada sobre Reardon, tan limpio como el que más.

—¿Y Roger Grimm?

—Cayó en brazos de la justicia hace unos seis años.

—¿Por qué motivo?

—Por falsificación/tres. Trabajaba en una empresa de importación y exportación, y vendió certificados falsos de existencias por valor de cien mil dólares, antes de ser descubierto. Se recuperaron setenta y cinco, metidos en un Banco.

—¿Y el resto?

—Gastado. Se compró un Cadillac nuevo y vivía como un rajá en un hotel del distrito de Jefferson.

—¿Fue condenado?

—Oh, naturalmente. Sentenciado a tres años, con una multa de dos mil dólares. Estuvo año y medio en Castleview, siendo liberado bajo palabra… Veamos cuándo… —Hawes consultó unas notas—. Este junio hizo cuatro años.

—¿Y desde entonces?

—Nada. Tan recto como un palo.

—Salvo que de repente ha sufrido dos incendios.

—Sí, pero todo el mundo puede pasar por esa desgracia, Steve.

—También todo el mundo que vende certificados falsos.

—Entonces… ¿dónde estamos?

—Vi la dirección de Reardon en su permiso de conducir. Me gustaría ir mañana por la mañana a su apartamento y ver qué consigo allí.

—De acuerdo. ¿Iremos juntos?

—¿Qué es mañana?

—Viernes. Dieciséis.

—Ve tú solo, Cotton. Yo quiero obtener un mandamiento judicial de registro antes del fin de semana, y tal como están los juzgados, es posible que pierda el día entero.

—¿Qué piensas hacer? ¿Registrar la oficina de Grimm de arriba abajo?

—Sí, la oficina de Bailey Street, donde tiene los libros. Este es el primer paso lógico, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí.

—Bueno, vámonos a casa.

—¿Media jornada hoy? —exclamó Meyer desde donde él y Brown todavía le explicaban el Miranda-Escobedo al muchacho.

—¿Qué dices, hijito? —gruñó Brown, rechinando los dientes—. ¿Hablarás o no?

Se hallaba en pie, en mangas de camisa, cerca de la silla del drogadicto, con las mangas enrolladas en sus poderosos brazos. Era un enorme individuo negro que dominaba al jovencito sentado en la silla, con la mano atada a la pata de la mesa.

—¿Si hablo respecto al polvillo… —preguntó el muchacho— se olvidarán ustedes de los relojes?

—Mira, hijito —rugió Brown—, nos pides un trato que solamente puede hacer el fiscal.

—Pero ustedes quieren saber todo lo referente a la heroína, ¿verdad?

—Oh, estamos levemente interesados —mintió Brown—, digámoslo así. Ya te hemos explicado tus derechos respecto al atraco…

—Quiere decir al robo.

—No, al atraco —repitió Brown.

—Creía que un atraco era asaltar a alguien para robarle.

—Hijito, no tengo tiempo de darte una conferencia sobre la ley penal. Si deseas ser acusado de robo, nosotros encantados. Si también deseas hablarnos de una violación o un homicidio, tranquilo, te escucharemos con toda atención. Pero lo que has cometido es un atraco de Tercer Grado, y esto es lo que vamos a colgarte. Si estás de acuerdo, claro.

—De acuerdo —asintió el joven.

—Ahora, si quieres cooperar con nosotros —prosiguió Brown— y no te hago ninguna promesa porque el Miranda-Escobedo lo prohíbe expresamente… si quieres cooperar con nosotros y confiesas cómo conseguiste la heroína, tal vez podamos susurrarle algo al fiscal… aunque, repito, no te prometo nada.

El muchacho fijamente miró a Brown. Era un chico delgado, con una nariz larga, ojos de color azul claro y mejillas hundidas. Llevaba tejanos y una camisa polo de mangas cortas. Las señales de su drogadicción se veían con claridad a lo largo de su brazo, siguiendo las venas como un ejército de hormigas.

—¿Qué dices? —le apremió Brown—. Nos estás haciendo perder el tiempo. Si quieres hablar, hazlo ahora o calla de una vez para siempre. El sargento de guardia espera para apuntar tu nombre en el libro.

—Bueno, no veo ningún mal en hablar con ustedes… —murmuró el muchacho—. Siempre que…

—Nada de «siempre que» —le atajó Meyer—. Ya te dijo mi compañero que no podemos prometerte nada.

—Sí, lo comprendo —exclamó el chico, ofendido.

—De acuerdo —continuó Meyer—. De manera que empieza a cantar.

—He dicho que hablaría con ustedes.

—Bien, habla.

—¿Qué quieren saber?

—¿Y si empiezas por tu nombre? —apuntó Brown.

—Samuel Rosenstein.

—¿Judío? —preguntó Meyer.

—Sí —asintió el chico a la defensiva—. ¿Y qué?

—¡Estúpido hijo de perra! —tronó Meyer—. ¿Por qué diablos te inyectas ese veneno en el cuerpo?

—¿A usted qué le importa?

—¡Maldito bastardo! —gruñó Meyer, alejándose.

—Está bien, Sammy —reanudó Brown el interrogatorio—. ¿Cómo conseguiste las dos tomas que llevabas?

—Si cree que voy a decirle el nombre de mi enlace, hemos terminado ahora mismo.

—No te pregunté quién ni dónde, sino cómo.

—No entiendo —murmuró Sammy.

—Oye, chico, tú y yo sabemos que hace dos semanas llegó a esta ciudad el mayor cargamento de drogas que…

—Ah, ¿se trata de esto?

—¿De qué se trata?

—¿Por esto se han mostrado tan duros conmigo?

—¿No lees los periódicos? —preguntó Brown a su vez.

—No tengo tiempo de leerlos. Si bien he visto que la droga iba escasa.

—Va escasa porque la quinta brigada irrumpió en una factoría y confiscó doscientos kilogramos a punto de ser cortados y empaquetados.

—¿Cuánto hace eso?

—Más de cuatrocientas libras.

—¡Atiza! —se admiró Sammy—. ¡Cuatrocientas libras de heroína! Con esto tendría para más de un año.

—Tú y otros imbéciles de esta ciudad. ¿Sabes cuánto vale en su estado puro?

—¿Cuánto?

—Cuarenta y cuatro millones de dólares.

—Esto antes de cortarla, ¿verdad?

—Exacto. Antes de venderla a los idiotas como tú.

—¡Yo no quería ser drogadicto! —proclamó Sammy.

—No, claro. ¿Te obligó alguien a serlo?

—La sociedad —declaró el pequeño judío.

—¡Mierda! —rugió Brown—. Bien, dime cómo conseguiste esas dos tomas.

—¡No quiero seguir hablando de esto! —se negó Sammy.

—Está bien, ya hemos terminado. Meyer, ese chico está listo para ser empadronado.

—De acuerdo —Meyer se acercó a los dos.

—La estaba economizando —exclamó de pronto Sammy.

—¿Cómo?

—Hace tres años que me pincho. Sé que hay épocas buenas y épocas malas, de manera que siempre guardo un poco. Esto era lo último que me quedaba, las dos tomas. ¿Creen que hubiese asaltado una tienda a no estar desesperado? Los precios se están poniendo por las nubes, como todo lo demás. Oigan, ¿no pensarán que no sé que tengo para un par de semanas malas?

—Di más bien un par de meses malos —objetó Meyer.

—¿Meses? —repitió Sammy. Calló y miró a los dos detectives—. ¿Meses? —volvió a murmurar, parpadeando—. ¡Imposible! Quiero decir… ¿qué puede hacer uno si no logra…? ¿Qué me ocurrirá?

—Tendrás que quitarte ese hábito, hijito —respondió Brown—. En la cárcel. A la fuerza.

—¿Qué me saldrá por el robo? —quiso saber Sammy.

Su voz sonaba baja. Parecía haber agotado todas sus energías.

—Diez años —calculó Brown.

—¿Es tu primer delito? —intervino Meyer.

—Sí. Usualmente… usualmente les cojo algo a mis padres. Lo suficiente para sostenerme una semana. No tengo que robar… Incluso ellos me ayudan, ¿entienden? Pero los precios han subido tanto… y la droga es tan pésima… Oh, hay que pagar el doble para conseguirla de baja calidad. ¡Es terrible! Lo digo en serio. Conozco tipos que se inyectan cualquier clase de mierda en los brazos. Sí, es un panorama muy triste.

—¿Qué edad tienes, Sammy? —le preguntó Meyer.

—¿Yo? Cumpliré los veinte el seis de septiembre.

Meyer movió con pesar la cabeza y volvió a alejarse. Brown abrió las esposas, conduciendo a Sammy fuera de la sala, para que

le inscribieran en el registro por un atraco en Tercer Grado. Sammy no les había dicho nada nuevo.

—¿Y ahora qué? —Meyer se encaró con Carella—. Ahora lo juzgarán por robo o atraco, será condenado, claro está… ¿y qué habremos logrado? Enviar otro drogadicto a la cárcel. Es como enviar diabéticos a la prisión —sacudió de nuevo la cabeza y murmuró, casi para sí—: ¡Un pequeño judío!

5

FRANK REARDON VIVÍA en un edificio de ocho plantas en la J Avenue, frente a un aparcamiento de varios pisos. El viernes por la mañana, la compañía de electricidad había levantado la calle, intentando reparar unos cables subterráneos, por lo que los vehículos tenían que efectuar insospechadas maniobras por la avenida cuando Hawes llamó al timbre del apartamento del portero del inmueble. Este estaba en la planta baja, al extremo de un estrecho callejón, en la parte izquierda del edificio. Incluso allí, aislado de la calle, Hawes oía el insistente ruido de las perforadoras neumáticas, los impacientes bocinazos de los conductores y las enojadas respuestas de los obreros que abrían las zanjas. Volvió a llamar, incapaz de oír algo por encima de tanto jaleo, preguntándose si el timbre funcionaba.

La puerta se abrió de repente. La mujer que estaba en el umbral del apartamento representaba unos cuarenta y cinco años, rubia, tapada solamente con una bata rosa y unas zapatillas del mismo color. Miró a Hawes con sus ojos verdes y fríos, al tiempo que con la uña quitaba la ceniza de su cigarrillo.

—¿Sí…? —indagó.

—Detective Hawes, de la Comisaría 87. Busco al portero de este edificio.

—Soy su esposa —replicó la mujer. Aspiró el humo del cigarrillo, exhaló unas volutas azuladas, estudió de nuevo a Hawes y añadió—: ¿Puede enseñarme la placa?

Hawes sacó su cartera y la abrió por donde la placa estaba insertada al forro de piel, frente a la tarjeta de identificación.

—¿Está en casa su marido? —preguntó.

—Bajó al centro en busca de quincalla —respondió la portera—. ¿Qué desea?

—Estoy investigando un homicidio —explicó Hawes—. Me gustaría echar un vistazo al apartamento de Frank Reardon.

—¿Ha matado a alguien? —preguntó la rubia.

—Es al revés.

—¡Cáscaras! —exclamó ella—. Deje que me eche algo encima y coja la llave.

Se adentró en el apartamento sin molestarse en cerrar la puerta. Hawes aguardó en el callejón. Los del parte meteorológico habían pronosticado una temperatura de cuarenta y dos grados, un ochenta y uno por ciento de humedad, y un alto nivel de contaminación. En la calle, los conductores gritaban y atronaban el espacio con sus bocinazos, en tanto las perforadoras seguían alborotando. Por la puerta abierta, Hawes vio cómo la mujer se quitaba la bata. No llevaba nada debajo, y al moverse silenciosamente por el cuarto, su cuerpo reflejaba un color blanco al retroceder hacia las tinieblas del interior. Cuando regresó a la puerta, se había peinado, pintado los labios, y lucía un vestido muy corto, de algodón verde y sandalias blancas.

—¿Listo? —preguntó.

La siguió por el callejón hasta salir al fuerte calor del día, y luego hacia la puerta del edificio y al tercer piso. La mujer no dijo nada. Los rellanos y la escalera estaban escrupulosamente limpios, oliendo a detergente. A las diez de la mañana, la casa permanecía en silencio. La mujer se detuvo frente a un apartamento señalado como el número 34 en una placa de latón.

—¿Cómo lo mataron? —preguntó ella al abrir la puerta.

—Alguien le disparó un par de balas.

—¡Cáscaras!

—¿Vivía solo? —quiso saber Hawes.

—Completamente solo.

Era un apartamento de tres habitaciones: una cocina, una salita y un dormitorio. Excepto unos platos sucios en el fregadero y la cama hecha apresuradamente, el apartamento estaba limpio y en

orden. Hawes levantó las persianas de las ventanas de la salita, con lo que el sol penetró a raudales en la habitación.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó la rubia.

—Detective Hawes.

—Yo me llamo Barbara Loomis.

La salita estaba poco amueblada, y el mobiliario era barato: un diván, un sillón, una lámpara de pie, un televisor. Encima del sofá, en la pared, había un cuadro representando a un pastor con su perro en medio de un paisaje bucólico. En la mesita había un cenicero con varias colillas de cigarro.

Barbara se sentó en el sillón, cruzando las piernas.

—¿Cómo es que tiene esas canas blancas en el pelo? —se interesó.

—El portero de un edificio me dio de puñaladas.

—¿De veras? —rio ella inesperadamente—. No hay que fiarse de los porteros —declaró sin dejar de reír—. Ni de sus esposas —añadió, mirando fijamente a Hawes.

—¿Fumaba cigarros puros Reardon?

—No sé qué fumaba —replicó ella—. Todavía no sé por qué tiene esas hebras blancas.

—Tuvieron que afeitarme el cabello para curarme la herida. Después… me salió blanco.

Hawes salió de la sala para entrar en el dormitorio. Barbara continuó en el sillón, contemplándole por la puerta abierta. Había una cama, un tocador, una mesita con una lámpara encima y una silla de recto respaldo con una camisa deportiva a rayas cubriéndolo. En el bolsillo de la camisa vio un paquete de cigarrillos Camel y un librito de cerillas que anunciaba una academia de arte. La cama mostraba una colcha de punto blanco. Hawes la apartó y examinó las almohadas. Una de ellas presentaba unas manchas de carmín. Se dirigió a lo que supuso era el armario y abrió la puerta. Cuatro trajes, una chaqueta deportiva, dos pantalones, todo colgado de una barra de madera. En el gancho de la portezuela pendía una bata de baño, de lana azul. En el estante superior, había una especie de gorro azul y un sombrero gris. Hawes cerró la puerta y fue hacia el tocador.

—¿Hace mucho que vivía aquí Reardon? —preguntó, abriendo el primer cajón del tocador.

—Hace cosa de un año —repuso Barbara.

—¿Qué clase de inquilino era?

—Tranquilo casi siempre. Sí, traía chicas de vez en cuando, pero, ¿a quién le preocupa esto? Los hombres tienen derecho a un poco de diversión a veces, ¿no es verdad?

En el primer cajón había pañuelos, calcetines, corbatas y una lata de caramelos con un dibujo floral. Hawes la destapó. Halló seis preservativos en la lata, una fotocopia del certificado de nacimiento de Reardon, la licencia de la Armada de los Estados Unidos, y una libreta de una caja de ahorros, una de las más importantes de la ciudad. Hawes la abrió.

—En realidad —comentó Barbara desde la salita—, no me gustaba mucho la compañía que tuvo la semana pasada.

—¿Qué clase de compañía? —inquirió al momento Hawes.

—De color.

La libreta mostraba que Frank Reardon había depositado cinco mil dólares en su cuenta el 2 de agosto, cinco días antes de incendiarse el almacén. Los depósitos anteriores, del 15 de julio y el 24 de junio, fueron de cuarenta y dos mil y diecisiete mil, respectivamente. El saldo, antes del depósito de los cinco mil, era de trescientos setenta y seis mil cuarenta y cuatro dólares. Hawes introdujo la libreta en su bolsillo.

—No tengo nada contra los de color —continuó Barbara—, con tal que no bajen al centro. Reardon tuvo a esos dos negros, visitándole continuamente, y la semana pasada esa zorra del perfume nauseabundo. No logré quitar el olor del pasillo en una semana. Tenía que haberla visto. El cabello corto hasta aquí, unos pendientes hasta aquí, y una falda sólo hasta aquí —Barbara se subió la suya como ilustración—. Pasó un par de noches con él, esperándole fuera hasta que él volvía del trabajo.

—¿Cuándo fue esto? —interrogó Hawes.

—La semana pasada.

—¿No recuerda qué días?

—Lunes y martes, creo. Sí, las dos noches.

—¿Sabe cómo se llama?

—Frank no me la presentó —repuso Barbara—. Oh, le habría respondido que llevase ese culo negro a su distrito, que es donde deben estar todos.

—¿Dijo que también vinieron unos negros?

—Sí, pero no al mismo tiempo.

—¿Cuándo fue eso?

—La última semana de julio.

—¿Cuántas veces vinieron?

—Dos o tres.

—¿Cuántos vinieron?

—Dos. Negros como el carbón. Me tropecé con uno, y me asusté de veras.

—¿A qué se refiere?

—A su aspecto. Alto como una torre, y con esas ropas que llevan los negros, ya sabe, con una cicatriz, seguramente de una cuchillada, en la mejilla izquierda. Conducía un Cadillac enorme. Le hablé de él a mi marido, y me contestó que era mejor que me quedara en casa cuando esa gentuza estuviese por ahí. Ya conoce a esos colorados, negroides o como se llamen, nada les gusta más que meterle mano a una blanca. Especialmente, a una rubia —precisó Barbara—. Y no es que mi marido esté siempre a mi lado para impedirlo. Ah, siempre está en el centro, en Bridge Street, comprando quincallería y material eléctrico en aquellos tenderetes. A mí podrían violarme una docena de negros sin que él se enterase.

—¿Sabe cómo se llaman esos dos hombres? —la interrumpió Hawes.

—No. No me interesa conocer a esa clase de gente, gracias. Hace mucho calor aquí, ¿verdad?

—Estamos a más de cuarenta —repuso Hawes, abriendo el segundo cajón del tocador.

—Gracias a Dios tenemos aire acondicionado abajo —murmuró Barbara—. Solamente en el dormitorio, pero ya es algo.

Había media docena de camisas, un suéter, tres pares de mudas y dos camisas deportivas en el cajón. También un vibrador de plástico, a pilas, en forma de pene, disimulado debajo del suéter. Hawes cerró el cajón.

—Lo que haré, cuando terminemos aquí —anunció Barbara—, es bajar, tomar una cerveza y meterme en el dormitorio, donde está el aire acondicionado.

Hawes abrió el último cajón del tocador. Estaba vacío. Lo cerró y se dirigió a la mesita de noche, situada a la parte izquierda de la

cama.

—Ya no le veo —se quejó Barbara, desde la salita—, y me gusta verle trabajar —de pronto, apareció en la puerta, con los brazos cruzados sobre el diafragma, como sosteniendo sus pechos—. Esto es mejor.

Contempló cómo Hawes abría el único cajoncito de la mesita de noche. Contenía una linterna, un cartón de Camel casi vacío, un librito de cerillas de madera y una agenda.

—Ese marido mío… —musitó Barbara.

Hawes abrió la agenda y la hojeó rápidamente. Frank Reardon conocía a pocas personas. No había más de una docena de nombres, colocados por orden alfabético. Uno pertenecía a un individuo que vivía en Diamondback, en la parte alta de la ciudad. Se llamaba Charles Harrod, y la dirección era Kruger Street, 1512. Aquellas señas resultaban algo significativas solamente porque Diamondback era el más importante ghetto negro de la ciudad.

—Probablemente no volverá en todo el día —prosiguió Barbara —. Mi esposo, claro. No vendrá hasta la hora de cenar.

Hawes se metió la agenda en el bolsillo, junto con la libreta de ahorros, volvió a la salita y pasó a la cocina. Cocina, refrigerador, mesa de madera, armario sobre el fregadero. Registró rápidamente el armario.

—¡Menudo calor hace aquí! —se quejó Barbara—. Abriría las ventanas, mas no sé si me está permitido. Bueno, habiendo muerto Frank…

—Casi he terminado —anunció Hawes.

—No les envidio a ustedes en verano, teniendo que llevar chaqueta y corbata. Yo no llevo nada bajo del vestido y estoy medio asfixiada.

Hawes cerró la puerta del armario, registró el cajón de la mesa de madera, y se volvió hacia Barbara, que estaba junto al refrigerador, mirándole.

—Bueno, ya está. Muchas gracias.

—De nada —replicó ella.

Salieron en silencio del piso. Barbara le aguardó en el rellano, cerró la puerta del apartamento de Reardon, y empezó a bajar delante del detective.

—Necesito ahora mismo una estupenda cerveza helada —

exclamó la mujer. Miró hacia atrás, con una mano en la barandilla y añadió, con cierta timidez—. ¿No quiere acompañarme?

—He de ir a la parte alta —repuso Hawes—. De todos modos, muchas gracias.

—Ah, mi dormitorio está fresco ahora —observó ella—. Allí tenemos aire acondicionados. Vamos —sonrió como una tentación—, tómese un descanso. Una cerveza no le hace daño a nadie.

—Oh, me gustaría —asintió él—, pero tengo muchísimo trabajo por delante.

—Bien, de acuerdo —se conformó Barbara. Descendió rápidamente y al llegar a la acera, agregó—: Siempre que necesite algo, no dude en venir a verme.

—Repito las gracias.

Barbara estuvo a punto de añadir algo más. Sin embargo, inclinó la cabeza, recorrió el callejón hasta su puerta pensando seguramente en la botella de cerveza y el aire acondicionado de su dormitorio.

EL DEPARTAMENTO DE POLICÍA avisó a todos los habitantes de la población, que en todas las comisarías podían adquirir conexiones para un spray especial, adaptable a las bocas de riego contra incendios, y que cualquier sociedad ciudadana podría obtenerlas gratis mediante una solicitud. La idea original de tan generosa distribución era excelente. Durante el verano, la gente de los barrios bajos de la ciudad abría dichas bocas a toda presión para proporcionar duchas a los críos revoltosos. Esto era beneficioso para los chavales pero no tanto para los bomberos. Las bocas de riego abiertas, reducían inmediatamente la presión del agua que los bomberos necesitaban para combatir un incendio. Como las conexiones necesitan muy poca agua para funcionar con eficacia, parecían un compromiso justo y lógico.

La excitación, sin embargo, se inició al tratar de obtener legalmente una de tales conexiones, cuando resultaba tan sencillo desenroscar los grifos con una llave inglesa, abrir la válvula octogonal de la parte superior de la boca, y finalmente inclinar el

extremo de un cajón de naranjas contra el chorro de agua a alta presión que salía de la espita abierta, lo que proporcionaba a la ciudad una cascada acuosa de proporciones espectaculares. Si, como resultado de ello, ardía un edificio de la calle y no se apagaba con premura debido a la escasa presión del agua en las mangueras de los bomberos… bueno, éste era uno de los precios que un habitante de un barrio bajo debe pagar por sus diversiones veraniegas. Además, la mayoría de incendios se producían en invierno, provocados por las estufas baratas, de fallos múltiples, y las malas instalaciones eléctricas.

Las bocas de riego de la Kruger Street estaban todas abiertas cuando Hawes se abrió paso hasta la manzana que le interesaba. Chicos y chicas negros, con bañadores, saltaban y reían bajo las cascadas de agua fría, mientras los adultos, sentados en los gastados peldaños y en las escaleras de escape, se abanicaban, contemplando a la chiquillería con envidia. Eran solamente las diez y cuarto de la mañana, pero la temperatura ya había alcanzado los cuarenta grados y el aire era asfixiante.

El 1512 de la Kruger Street era una casa de ladrillos rojos, con una iglesia baptista a un lado y un salón de billar al otro. Tres jóvenes, con chaquetas denunciadoras de pertenecer a una banda del barrio, estaban delante del escaparate de cristal, pintado de verde, del salón de billar, mirando a los chicos que jugaban con el salto de agua de la boca de riego más cercana. Echaron una ojeada a Hawes cuando subió los tres escalones del portal del edificio. Un negro, grueso, que llevaba una camiseta blanca, sentado junto a la barandilla de hierro, y se abanicaba con un ejemplar del Ebony, sostenía una botella de coca-cola, de la que surgían dos pajas medio dobladas. Los miembros de la banda sabían que Hawes era policía. Lo mismo que el negro gordo de la camiseta blanca. Estaban en un barrio pobre.

Hawes penetró en el pasillo de entrada y observó los buzones. En la fila había doce. Ocho estaban rotos. Sólo uno ostentaba un nombre en su tarjetero, mas no era el de Charles Harrod. Hawes salió otra vez. Los miembros de la banda habían desaparecido. El gordo contemplaba el juego de los chiquillos.

—Buenos días —le saludó Hawes.

—Días —respondió brevemente el negro.

Se puso ambas pajas entre los labios, sorbió de la botella y siguió mirando a los niños.

—Busco a un hombre llamado Charles Harrod…

—No le conozco.

—Creo que vive en este edificio…

—No le conozco —se obstinó el negro. No apartó los ojos de los niños que jugaban alrededor de la boca de riego.

—Tal vez sabe usted en qué apartamento vive…

El negro se volvió para mirar fijamente a Hawes.

—Acabo de decirle que no le conozco.

—¿Sabe dónde puedo hallar al portero o encargado del edificio?

—No.

—Muchas gracias.

Hawes descendió los tres peldaños hasta la acera. Se pasó el dorso de la mano por su sudado labio superior y se dirigió al salón de billar. Dentro había dos mesas, una de ellas desocupada, la otra rodeada por los miembros de la banda callejera que unos minutos antes estaban en la calle. Hawes anduvo hacia allí.

—Busco a un tal Charles Harrod —explicó—. ¿Le conoce algunos de vosotros?

—Nunca oí ese nombre —respondió uno de los jóvenes, inclinándose sobre la mesa con un taco en la mano.

Lanzó el disparo, que envió dos bolas abajo, dejando la tercera en posición de una tacada sencilla. Era alto y delgado, con barba negra y bigote. La espalda de su chaqueta ostentaba el nombre de la banda: Los cráneos antiguos, rodeando una apropiada pintura que representaba una calavera sonriente y dos tibias cruzadas. Hawes pensó que creía haber visto el final de las bandas de barrio veinte años atrás, pero se dijo que todas las cosas nefastas, como la peste y las langostas, vuelven a intervalos regularmente espaciados.

—Se supone que vive en el edificio de al lado —insistió el detective.

—Nosotros no vivimos en esa casa —declaró otro de los muchachos.

Era más alto que el barbudo, casi tanto como Hawes, por lo que el taco que tenía en la mano parecía muy pequeño.

—¿Dónde vivís? —interrogó Hawes.

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy oficial de policía. Corta, pues, el rollo.

—Estamos aquí para jugar una partida de billar amistosamente —explicó el de la barba—, y no conocemos a ese Charles… como se llame.

—Harrod.

—No le conocemos. De modo que, ¿se marcha, oficial?

—No por ahora —gruñó el detective—. ¿Cómo te llamas?

—Avery Evans.

—¿Y tú? —le preguntó Hawes al chico más alto.

—Jaime Holder.

—¿Y ninguno de vosotros conoce a Harrod, eh?

—Ninguno de nosotros —afirmó Holder.

—Está bien.

Hawes salió del salón de billar.

El negro gordo continuaba sentado en la escalera. La botella de coca-cola estaba vacía, entre sus pies. Hawes penetró de nuevo en la casa. Abrió la puerta de cristal que separaba el primer pasillo del interior, y ascendió al primer piso. El descansillo apestaba a orín y guisos malolientes. Llamó a la primera puerta que encontró.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—Oficial de policía. ¿Quiere abrir, por favor?

La puerta se abrió unos centímetros. Una mujer con el cabello recogido en tirabuzones, atisbo al descansillo.

—¿Qué pasa? —inquirió la mujer, sobresaltada—. No le habrá ocurrido nada a Fred, ¿verdad?

—No le ha ocurrido nada a nadie. Busco a un hombre llamado Charles Harrod.

—No le conozco —dijo ella, cerrando la puerta.

HAWES SE QUEDÓ unos instantes en el descansillo, preguntándose si debía llamar de puerta en puerta por todo el edificio, mas finalmente decidió ir en busca de un policía. Encontró uno calle arriba, casi en la esquina, un patrullero negro que estaba cerrando una boca de riego con una llave inglesa. Unos niños, con bañador, bailaban a su alrededor mientras él trabajaba, sudando por el esfuerzo, con los

sobacos de la chaqueta manchados. Le gritaban, le insultaban, se mojaban los pies en los charcos vecinos, y chapoteaban con ansias de dejarle tan mojado como lo estaban ellos, pero el patrullero fue girando la válvula hasta que el agua dejó de salir. Colocó luego los tapones de seguridad en la boca de riego, y un nuevo cerrojo, que estaría roto antes del anochecer, como sus predecesores.

—Si queréis usar esa boca, id en busca de una conexión —les aconsejó a los chicos reunidos a su alrededor.

—¡Cuéntaselo a tu tía! —le gritó uno de los niños.

Hawes se acercó al patrullero.

—Un momento, por favor…

Le enseñó su placa de detective.

—¿Qué hay?

—Busco a un tal Charles Harrod, que vive en el 1512 de la Kruger. ¿Sabe en qué apartamento?

—Harrod… Harrod… —repitió el patrullero—. Un tipo alto, con un Cadillac blanco, trajes a medida, una cicatriz en la mejilla izquierda… ¿es éste?

—Lo parece.

—En una casa junto al salón de billar —prosiguió el patrullero —. ¿Es el 1512?

—Sí, el 1512.

—Vive en el último piso. No sé el número del apartamento. Sólo hay dos en cada piso, de modo que no puede equivocarse.

—Gracias, amigo.

—De nada.

El patrullero se alejó, con la llave inglesa. Los niños de la otra esquina, al verle acercarse, empezaron a canturrear. Hawes volvió sobre sus pasos. Dentro de la iglesia contigua, los fieles estaban cantando. El negro de la escalera llevaba el compás con el pie. Tiró al suelo la botella de coca-cola y se inclinó para cogerla en el momento en que Hawes, pasando por su lado, entró otra vez en la casa. El calor en los pisos superiores era insoportable. Hawes llegó al sexto y llamó a la puerta más próxima a la escalera. No hubo respuesta. Volvió a llamar.

—¿Quién es? —inquirió una voz.

Sonaba muy baja, por lo que él no pudo decidir si era de hombre o de mujer.

—¿Charlie? —preguntó Hawes.

—Charlie no está ahora —repuso la voz—. ¿Quién le busca?

—Soy oficial de policía. ¿Quiere abrir?

—¡Lárguese!

—Tengo un mandamiento para arrestar a Charles Harrod —mintió Hawes—. ¡Abra la puerta o la echo abajo!

—¡Un momento!

Hawes se aplastó contra la pared al lado de la puerta… por si la voz era la de Charlie Harrod, por si Harrod era el autor de la muerte de Frank Reardon, y por si su mentira respecto a la orden de arresto daba como resultado un tiroteo a través de la puerta. Se desabrochó la chaqueta y dispuso su pistolera de manera que le permitiese sacar el arma con rapidez. Unos pasos se aproximaron a la puerta. Esta se abrió completamente.

En el umbral se hallaba una joven negra, iluminada por detrás por la luz que penetraba por la ventana abierta de la cocina. Llevaba unos tejanos y una blusa de color rosa. Era alta y esbelta, con unos dedos largos y delicados, y un peinado afro que le coronaba la cabeza como una nube de humo. Sus ojos eran castaños, salientes, desconfiados y coléricos.

—¿Dónde está el mandamiento? —preguntó al instante con su voz de tono bajo.

—No lo tengo —confesó Hawes—. ¿Sabe si Charles Harrod…?

—¡Adiós! —le despidió la joven, empezando a cerrar la puerta.

Hawes insertó el pie en el umbral.

—No me obligues a ir en busca de uno, cariño —gruñó—. Soy muy tozudo cuando me propongo una cosa.

—Le he dicho que Charlie no está —repitió la muchacha, apretando la puerta contra el pie del detective con toda su fuerza—. No sé dónde está.

—Bien, hablemos un poco.

—No hay nada de qué hablar.

—Apártate de la puerta antes de que te zurre el trasero.

—Conozco mis derechos.

—Me los explicarás camino de la comisaría, cuando yo declare que has intentado cortarme la cara con una navaja de afeitar.

—¿Qué navaja? Amigo, esto es pura farsa, ya lo sabe.

—Llevo la navaja en el bolsillo de la chaqueta para situaciones

como ésta. De modo que o abres la puerta o pego una patada y te llevo detenida.

—Vaya, no se para en barras —murmuró ella, abriendo la puerta —. Está bien, enséñamela.

—¿La navaja?

—La placa, hombre, la placa.

Hawes sacó su cartera. La joven examinó la placa y la tarjeta de identidad, dio media vuelta, entró en el apartamento, se dirigió directamente a la cocina, se acercó al fregadero y abrió el grifo del agua. Hawes la siguió, tras cerrar la puerta. La cocina era pequeña, necesitaba una buena capa de pintura, pero parecía reluciente por el sol que penetraba por la ventana. Sobre el rellano de la escalera de incendios había un cajón de quesos con un geranio plantado. El refrigerador mostraba un color azul, en un rincón de la cocina junto a un antiguo fogón de gas. El fregadero y las alacenas se hallaban en la pared opuesta a la ventana. Había una mesa de madera y dos sillas contra la otra pared. Sobre la mesa descansaba un aparato telefónico, encima de un listín.

—¿Vive aquí Charlie Harrod? —preguntó Hawes.

—Vive aquí.

—¿Quién eres tú?

—Una amiga.

—¿Qué clase de amiga?

—Una clase de amiga femenina.

—¿Cómo te llamas?

—Elizabeth.

—¿Elizabeth qué?

—Benjamin. ¿De veras lleva una navaja en la chaqueta?

—De veras.

—Déjeme verla.

Hawes se llevó una mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una simple cuchilla de afeitar con una cartulina protectora sobre el borde más afilado. No le contó a Elizabeth que aquella cuchilla era más una herramienta de trabajo que un arma; en el curso de una investigación, tenía que abrir frecuentemente cajas, cortar cuerdas o rasgar las ropas de una víctima sangrante.

—Caramba, es usted único —reconoció Elizabeth.

—¿Dejas correr el agua por algún motivo especial? —quiso saber

Hawes.

—Sí, tengo sed; éste es el motivo —respondió ella.

Cogió un vaso de la escurridera del fregadero, lo llevó hasta el borde y empezó a beber. Sin embargo, no cerró el grifo.

—¿Por qué no pasamos a la otra habitación? —propuso Hawes.

—¿Para qué?

—Para estar más cómodos.

—Yo estoy cómoda aquí. Si esto no le gusta, es libre de largarse.

—Hablemos de Charlie Harrod.

—Ya le dije que no hay nada de qué hablar.

—¿Dónde trabaja?

—No tengo la menor idea.

—¿Trabaja?

—Supongo que sí. Tendrá que preguntárselo a él.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—No tengo la menor idea.

—¿Te molesta que cierre este grifo? Te oigo con dificultad.

—Si no dejo correr el agua no sale fría —explicó Elizabeth—. Además, no molesta. Nos oímos uno al otro perfectamente.

—¿Quién más puede oírnos, Elizabeth?

La pregunta la sobresaltó, Hawes sospechaba que el apartamento tenía alguna derivación, algún micrófono oculto, puesto que la joven no había querido cerrar el grifo del agua ni pasar a la otra habitación. Elizabeth no se había movido del lado del fregadero, lo que significaba que el micro se hallaba seguramente en el armario colgado, tal vez debajo del reborde inferior de madera, de modo que el sonido del agua superaba al sensible aparato, lo mismo que ahogaba los sonidos de la cocina. Mas si Hawes estaba en lo cierto, ¿quién había colocado el o los micrófonos? Y si ella conocía dónde estaban, ¿por qué simplemente no los arrancaba?

—Aquí estamos los dos solos —explicó ella, recobrando la serenidad—. ¿Qué otra persona podría oírnos?

—Las paredes tienen oídos hoy día —le recordó Hawes.

Fue hacia el fregadero y cerró el grifo.

Inmediatamente, Elizabeth se trasladó al otro extremo de la cocina, frente a la ventana abierta. Cuando habló, lo hizo en dirección a la escalera de incendios.

—Tengo mucho trabajo. Si ha terminado usted, me gustaría

poder vestirme.

—¿Le importa que eche una ojeada por ahí?

—Para eso necesita una orden judicial, amigo.

—Puedo conseguirla.

—¿Para qué? ¿Ha hecho Charlie algo contra la ley?

—Tal vez.

—Entonces, vaya en busca de la orden.

No deseo que un criminal escape al castigo.

—¿Conoce a un hombre llamado Frank Reardon? —preguntó Hawes de repente.

La pregunta volvió a sobresaltar a Elizabeth. De cara a la ventana, de espaldas al detective, con los brazos cruzados, Hawes se fijó en el involuntario encogimiento de hombros, como si de improviso alguien le hubiese aplicado un cubito de hielo en la nuca.

—¿Frank… qué? —inquirió ella, hablando con la escalera de incendios.

—Reardon.

—No le conozco.

—¿Siempre llevas pendientes? —preguntóle él.

—Siempre.

—¿Y perfume?

—Seguro.

—¿Sueles bajar el centro, Elizabeth? Por ejemplo, a la J Avenue y la Alien…

—Nunca.

—¿Al otro lado de la calle, donde el gran garaje?

—Nunca.

—¿Estabas allí el lunes pasado y el martes por la noche?

—Nunca he estado allí.

—¿Qué haces para vivir?

—No tengo empleo.

—¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro.

—¿Nunca has trabajado?

—Fui camarera.

—¿Cuándo?

—Hace unos años.

—¿Y no has vuelto a trabajar?

—No.

—¿Entonces, de qué vives?

—Tengo amigos.

—¿Como Charlie Harrod?

—Sí, es un amigo.

—Frank Reardon está muerto —murmuró Hawes, mirando fijamente la nuca de la muchacha.

Ahora estaba preparada.

—No conozco a ningún Frank Reardon —replicó sin alterarse—, aunque lamento saber que haya muerto.

—Díselo a Charlie cuando le veas, ¿quieres? Tal vez le interese.

—Se lo diré, aunque dudo mucho que le interese.

Hawes se volvió hacia el armario de encima del fregadero.

—Aquí el detective Hawes del Distrito 87 —casi gritó—. Investigo un incendio y un homicidio. Concluyo el interrogatorio de Elizabeth Benjamin exactamente… —consultó su reloj—, a las once y veintitrés minutos del viernes, dieciséis de agosto, por la mañana —se volvió hacia Elizabeth—. Esto les resultará más fácil.

—No sé de qué está hablando —rezongó ella.

—Dile también a Charlie que le busco —terminó Hawes.

Abrió la puerta, salió al descansillo y cerró de nuevo a sus espaldas. Inmediatamente, aplicó el oído a la madera para escuchar. Al principio no oyó nada, después el agua del grifo corriendo y otra vez nada. No oyó cómo Elizabeth marcaba un número telefónico, aunque esto era exactamente lo que había hecho, porque poco después oyó su voz:

—Charlie, soy Liz. Nos ha visitado la bofia.

Silencio. En aquel momento de silencio, Hawes intentó comprender qué ocurría. Si estaban enterados del asunto del micrófono, indudablemente sabrían que el teléfono estaba derivado. No obstante, Elizabeth confiaba suficientemente en el aparato como para comunicarle a Charlie que acababa de visitarles la Policía. ¿Habrían desenroscado el micro, desmontándolo?

—¿Cuándo quieres que salga? —preguntó Elizabeth. Aguardó un instante y añadió—: Espérame abajo. Tardaré unos diez minutos.

Hawes oyó cómo dejaba el teléfono en el soporte. Se apartó de la puerta y bajó en silencio hacia la calle.

ELIZABETH SE HABÍA CAMBIADO de ropa. Llevaba ahora una minifalda azul, un jersey corto, sin sostén debajo, unos zapatos azul marino de tacón alto, los pendientes, y un bolso colorado colgado al hombro. Caminaba muy deprisa, por lo que Hawes tuvo cierta dificultad en seguirla. Si no era una prostituta, él estaba dispuesto a comerse la placa y su revólver de reglamento.

Las calles de Diamondback hormigueaban por la gente que salía a tomar el fresco; sin embargo, por mucho calor que hiciera en las calles, era peor en los pisos. En los barrios bajos no existe alivio. En verano sudas de calor, en invierno tiemblas de frío. Verano o invierno, primavera u otoño, todo está infestado de cucarachas y plagado de ratas, recordándole a uno constantemente que las personas son solamente animales porque se ven obligadas a vivir como tales. Si Clearview, al otro lado del río, tenía un nombre eufemístico, Diambondback poseía una excelente etiqueta para una zona tan mortal como una serpiente de cascabel enroscada.

Hawes se dirigió al lado opuesto de la calle, siguiendo a Elizabeth a prudente distancia, sin perderla de vista. Pasó al lado de proxenetas, carteros y sanitarios; pasó junto a drogadictos sentados en los portales de las casas de pensión, mirando vacuamente al espacio, soñando en una América que únicamente veían en sus sueños de fantasía; pasó por delante de pastelerías donde aceptaban apuestas, vio mujeres que volvían a casa con bolsas llenas de comestibles antes de ir a fregar suelos de otros pisos; contempló de reojo a chicas que movían descaradamente el culo; a jóvenes con chaquetas que pregonaban alguna banda, y de viejos sentados sobre cajones de madera, que estudiaban sus zapatos, de muchachos que jugaban a los dados sobre una manta, y de individuos que eran limpiabotas o ayudantes de garaje, o representantes de alguna agencia de publicidad del centro (si bien les costaba encontrar un taxi para ir a la zona alta, a menos que tuviesen un hermano taxista); pasó frente a cocineros y «camellos», camareros, conductores de metro y navajeros. Pasó junto a hombres honrados y ladrones, víctimas y verdugos a la vez, que en su desesperación se llamaban unos a otros «hermanos», aunque lo único que los unía fuese el color de su piel.

Hawes no compartía la opinión de quienes creían que los barrios bajos eran excitantes porque al menos estaban llenos de vida. Tal como lo miraba Hawes, los barrios bajos se estaban al menos muriendo, si es que ya no estaban muertos. Esta idea le deprimía y encolerizaba casi tanto como un atraco o un homicidio. Se preguntaba por qué no deprimía a los individuos situados en elevadas posiciones gubernamentales, los cuales, en cambio, parecían preferir apartar la vista de lo que era, claramente, una herida abierta, sangrante, posiblemente fatal.

«Podéis hacer discursos en vuestros altos podios —pensaba Hawes—, con vuestros trajes de lanilla azul, con vuestros zapatos bien lustrados. Nos prometéis igualdad y justicia, nos enseñáis cómo el hijo de puta más pobre de nuestra nación sería considerado un potentado en otro país, en uno de esos países que acaban de salir de la Edad de Piedra. Sonreís, estrecháis las manos, exhibís a vuestra sonriente esposa, nos decís que es estupenda en vuestras campañas presidenciales, explicáis que somos una nación al borde de la grandeza. Amigos, nos decís todo eso, sí. Nos aseguráis, nos reaseguráis. Luego, dad una vuelta por Diamondback. Fijad la vista en aquella chica de enfrente, porque con toda seguridad es una trotona, vive con un hombre que puede ser culpable de homicidio, y considerad que esto también es América, que no cambiará sólo porque vosotros digáis que todo marcha bien, amigos, cuando sabemos que todo marcha lo peor posible.»

La joven se detuvo en una esquina para conversar con dos individuos, uno de los cuales la acarició la cadera, y después reanudó su camino con sus movimientos de larga práctica, el trasero muy prieto debajo de la minifalda, los zapatos de alto tacón repicando sobre las aceras. En la esquina de Mead y Landis, penetró en una casa de tres pisos, convertida en edificio de oficinas. Hawes se situó en un portal, al otro lado de la calle. En cada piso del edificio había tres ventanales que daban a la calle. En el primer piso, la ventana del centro ostentaba unos caracteres anunciando «ARTHUR KENDALL, ABOGADO», mientras las ventanas laterales mostraban unos sellos rojos, con las palabras «NOTARIA PUBLICA». Dos ventanas del segundo piso estaban pintadas, de modo que los cristales resultaban opacos; en la del centro se leía «PLAN DE DESARROLLO DE DIAMONDBACK, INC.». El tercer piso lo ocupaba

una empresa que se anunciaba, en letras de gran fantasía, como «LA MODA NEGRA».

Elizabeth salió de la casa apenas un instante después de haber entrado.

Salió corriendo a toda velocidad, con el bolso flotando a su espalda, la falda levantada de modo inverosímil, como presa de un irrefrenable pánico. Hawes no intentó detenerla. Cruzó la calzada rápidamente y penetró en el inmueble. En el vestíbulo yacía un negro bien vestido, cuya sangre estaba manchando el suelo de losetas blancas y azules. Estaba mirando, sin ver, la bombilla que pendía del techo. Una cicatriz de diez centímetros surcaba su mejilla izquierda, y en su cara había varias heridas.

Hawes pensó que por fin había encontrado a Charlie Harrod.

6

EN LA OFICINA DE ROGER Grimm, en Bailey Street, Carella aún no sabía que encontraron otro cadáver en Diamondback. Únicamente sabía de un incendio y un asesinato, y que Roger Grimm tenía una ficha policíaca. (Naturalmente, Grimm tenía pagada su deuda con la sociedad, mas algunas deudas jamás se saldan por completo, y una ficha en la Policía es como el lobezno extraviado que te llevas una noche oscura y nevada: te sigue el resto de tu vida.)

Carella pasó toda la mañana en el juzgado, y había conseguido la orden de registro, si bien prefería no utilizarla a menos que se viese obligado a ello. Su razonamiento era simple: Grimm era un sospechoso, pero no quería que lo supiera. Por eso, los dos hombres entablaron un diálogo inútil: Carella intentando ocultar el hecho de tener ya la orden en el bolsillo de su chaqueta, para que Grimm no sospechase que era un sospechoso; y Grimm tratando de impedir el escrutinio de sus archivos, maniobra sospechosa en sí.

—¿Cuándo me he convertido en un sospechoso? —preguntó, yendo directamente al grano.

—Nadie ha sugerido tal cosa —protestó Carella.

—Entonces, ¿por qué quiere inspeccionar el archivo?

—Estoy ansioso por solucionar su asunto con las compañías del seguro, lo mismo que usted, ¿verdad? —inquirió Carella—. Supongo que usted no tiene nada que ocultar…

—Exacto.

—Bien, ¿cuál es el problema?

—Soy un hombre de negocios —explicó Grimm, en tono conciliador—. Tengo competidores. Y no me gusta la idea de que alguien tenga acceso a mis archivos.

—Considéreme como un sacerdote —sonrió Carella.

Grimm no devolvió la sonrisa.

—O un psiquiatra —añadió el detective.

—No soy religioso ni estoy loco.

—Sólo trataba de decir…

—Sé lo que trataba de decir.

—… que no correré a casa de uno de sus rivales en el negocio de los animalitos de madera para revelarle las interioridades de sus operaciones. Estoy solamente investigando un incendio y un homicidio. Lo que quiero…

—¿Qué tienen que ver mis archivos con el incendio y ese homicidio?

—Espero que nada —concedió Carella—. Con franqueza, no me gusta en absoluto revisar sus archivos, pero también me encantaría poder manifestar a las compañías aseguradoras que usted es completamente inocente. ¿No es esto lo que desea, señor Grimm?

—Sí, pero…

—Oficialmente, el incendio del almacén es un caso del detective Parker. Oficialmente, el incendio de Logan pertenece a la Policía de ese distrito. Pero el homicidio de Reardon es cosa mía. De acuerdo, he venido por dos motivos, señor Grimm. Primero, tengo interés en ayudarle en lo del seguro, en lo de esa compañía…

—Compañías —le recordó Grimm.

—Sí, compañías. Por esto acudió usted a mí, ¿se acuerda, señor Grimm?

—Me acuerdo.

—Está bien. De manera que si en primer lugar puedo ayudarle a establecer su inocencia ante la gente del seguro y, segundo, consigo una pista respecto al homicidio, me marcharé a casa muy feliz. ¿Qué responde, señor Grimm? ¿Desea que me marche a casa feliz o quiere que mi esposa y mis hijos cenen esta noche junto con un tipo gruñón?

—Mis libros y mi correspondencia son asunto mío —replicó Grimm—, no del Departamento de Policía.

—Cuando Parker vuelva de vacaciones, probablemente también

querrá examinarlo todo. Y conseguirá la orden de registro, si la necesita.

—Entonces, que la consiga. O consígala usted mismo.

—Ya la tengo —murmuró Carella, enseñándosela.

Grimm la leyó en silencio.

—¿Pues —exclamó, levantando la vista hacia el detective— a qué viene tanta danza y canción?

—Intentaba ser amigo suyo, señor Grimm. Y ahora, ¿quiere, por favor, abrir los archivadores?

Si Grimm tenía algo que ocultar, Carella no lo vio a primera vista. Según el archivo, había iniciado su negocio en enero, ocho meses atrás, con una inversión de ciento cincuenta mil dólares.

—Señor Grimm —observó Carella, desde el archivador—, la última vez que hablamos, me dijo que el año pasado recibió algún dinero. ¿Fueron esos ciento cincuenta mil dólares con los que empezó este negocio?

—Sí.

—¿Cómo llegaron a sus manos?

—Al morir uno de mis tíos me dejó ese capital. Puede comprobarlo si gusta. Se llamaba Ralph Grimm, y el testamento lo firmó en septiembre del año pasado.

—Acepto su palabra, señor Grimm —sonrió Carella, volviendo a sumirse en la lectura de los papeles de una carpeta.

En realidad, no pensaba aceptar la palabra de Grimm absolutamente en nada.

LA PRIMERA TRANSACCIÓN QUE GRIMM había sentado en sus libros era la compra inicial de cien mil figuritas de madera, en enero. Luego, repasó un montón de correspondencia que empezaba en diciembre, en la que Grimm forcejeaba sobre los precios con un tal Otto Gülzow Aussenhandel Gesellschaft, de Hamburgo. También leyó el recibo de aduanas indicando que Grimm había pagado un ocho por ciento para la entrada del flete en el puerto. Había tres cheques cancelados: uno por valor de treinta y siete mil ciento veinte marcos, pagados a la orden de Gülzow Aussenhandel, totalizando aproximadamente el

diez por ciento del precio de la compra (presumiblemente para cubrirle a Gülzow el riesgo del embalaje y el embarque); otro de nueve mil doscientos ochenta dólares americanos pagados a la orden del agente de aduanas; y el último, un cheque certificado de trescientos treinta y cuatro mil ochenta marcos, pagaderos a la orden de Gülzow, fechado el 18 de enero, presumiblemente la fecha del envío o de la entrega del cargamento a Grimm. Los tres cheques sumaban casi ciento veinticinco mil dólares, o sea, el precio pagado por Grimm por su primera adquisición. Todo parecía estar en orden. Un honrado comerciante con su negocio, que compraba animalitos de madera, pagaba todo lo señalado por la ley, y después vendía lo adquirido a otros comerciantes de los Estados Unidos.

Según los archivos de Grimm, los animales de madera habían tenido un éxito de locura. El archivo afirmaba que recibió pedidos continuos por todo el primer cargamento, con pagos a su empresa (que incidentalmente se llamaba «Grimports Inc.», según vio Carella, parpadeando de admiración) por un total de doscientos cuarenta y ocho mil ochocientos setenta y tres con noventa y cuatro dólares, o sea, muy poco menos de lo manifestado por Grimm, que eran doscientos cincuenta mil, aunque suficientes para atestiguar su veracidad.

Seguía otro montón de correspondencia con Herr Gülzow, en la que Grimm discutió en favor de un precio más bajo para el segundo envío, puesto que pedía el doble número de perros, gatos, conejos, tortugas y caballos, etc. Gülzow alegaba, en un inglés teñido de teutón, que no era posible efectuar ningún descuento puesto que él adquiría aquellas tallas, a precios exorbitantes, a los aldeanos que los fabricaban en sus casuchas, repartidas por toda la madre patria alemana. Finalmente, llegaron a un compromiso para un precio algo más elevado de lo pedido por Grimm. De nuevo había un cheque cancelado por el diez por ciento del precio de compra, otro para el agente de aduanas, y un tercero certificado para Gülzow Aussenhandel. El total, esta vez, se acercaba a los doscientos cincuenta mil dólares que Grimm asegurara fue el coste del segundo envío desde Alemania. Era el cargamento que se perdió con el incendio del almacén.

Como corroboración con la primera declaración de Grimm, había pedidos de los revendedores de todo el país para la totalidad

del cargamento, con cartas firmadas por Grimm prometiendo entregas para el 12 de agosto lo más tarde. Más correspondencia con Gülzow, solicitando cuatrocientos mil animales, a un precio ligeramente más bajo, y varias cartas de Grimm dando instrucciones para que el envío fuese llevado antes a una empresa de embalajes de Bremerhaven, ya que una parte del cargamento anterior había llegado algo dañado y él deseaba estar seguro de que esto no volvería a ocurrir. (Grimm se apresuraba a asegurar en su carta que no consideraba a Gülzow Aussenhandel responsable de los daños en ruta, pero como tales medidas de precaución no costarían más que seis mil marcos…, ¿no podía Gülzow reajustar el precio del nuevo cargamento para tener en cuenta este gasto adicional?) Gülzow respondía que su empresa «embalaba muy bien a los animales», y que el gasto de otra firma de embalajes tendría que correr a cargo del comprador. Finalmente, se acordó que los animales serían enviados a Bremerhaven hacia el 15 de julio, y que Bachmann, que era la firma en cuestión, los embarcaría para los Estados Unidos. Gülzow pedía su acostumbrado diez por ciento por anticipado antes de enviar la carga a Bachmann. Había otros cheques cancelados en los archivos, indicando que Grimm cumplió con tal requisito el 9 de julio.

Había más correspondencia con Erhard Bachmann, el empaquetador de Bremerhaven, que cronológicamente se superponía con las cartas enviadas y recibidas de Gülzow. La primera del archivo Bachmann destacaba el método de embalaje que se proponían emplear: primero, empaquetarían individualmente cada figurita en papel manila, forrado de paja; después, embalarían los cajones de madera rellenados con excelsior. Una condición del contrato con Bachmann (fechado el 3 de julio) era que se hacía financieramente responsable de que el cargamento llegaría en perfecto estado. Grimm contestaba en su carta que estaba conforme con el método propuesto. La siguiente comunicación de Bachmann decía haber recibido los cuatrocientos mil animales de Hamburgo el 17 de julio, procediendo ya a embalarlos según las instrucciones. La última carta llevaba fecha del 26 del mismo mes, comunicándole a Grimm que los animales estaban empaquetados, y que serían embarcados a bordo del transporte Lottchen que zarpaba de Bremerhaven el 21 de agosto para arribar a los Estados Unidos el

28. Bachmann añadía que había recibido de parte de Gülzow la seguridad de que sería entregado a su representante en el puerto de llegada y, antes de que Grimm se hiciese cargo del envío, un cheque certificado por 1.336.320 marcos. En la carta de Bachmann, no obstante, se leía un párrafo ciertamente intrigante:

> *Hoy hemos recibido su pago por el embalaje según nuestro contrato del 3 de julio, por lo que le doy las gracias. Por favor, notifíquenos si el cargamento llega a sus manos en condiciones excelentes.*

Carella volvió a repasar los cheques cancelados. No encontró el enviado a la firma Bachmann. Miró a Grimm, que estaba sentado a su escritorio, contemplando al detective en silencio.

—El pago que menciona Bachmann —preguntó Carella—, ¿cuándo se efectuó?

—A finales del mes pasado.

—No veo el cheque cancelado.

—A veces tardan bastante en enviarlos —repuso Grimm—. El pago se hizo en marcos. Cuando se trata de moneda extranjera…

—Bueno, estamos a dieciséis de agosto —calculó Carella—. ¿No debería estar todo arreglado ya?

—Tal vez, mas no es así. Yo no estoy a cargo de la Banca internacional —objetó Grimm con irritación.

—¿Le importa enseñarme el resguardo del cheque que usted firmó? —preguntó Carella.

—El talonario está en el primer cajón del archivador de su izquierda.

Carella abrió el archivador y extrajo el talonario de la compañía.

—¿Qué día de julio?

—No recuerdo la fecha exacta.

Carella abrió el talonario, ojeando los resguardos.

—¿Es éste? —inquirió—. Seis mil marcos a Bachmann Speditionsfirma, el 24 de julio…

—El mismo.

—Usted envió el cheque el 24 de julio. Bachmann acusa su recibo en su carta del 26.

—Esto no es raro —explicó Grimm—. El correo con Europa es

muy rápido.

—¿Afirma que una carta solamente tarda dos días en llegar de aquí a Alemania?

—Dos, tres días… —respondió Grimm, encogiéndose de hombros.

—Pensé que eran al menos cinco o seis.

—Bueno, nunca me ha interesado comprobar cuánto tarda la correspondencia. A veces llega más deprisa; otras, más despacio.

—Pues esta vez fue muy deprisa —observó Carella.

—Eso parece. A menos que Bachmann se equivocase al fechar la carta. También es posible. Esos alemanes se enorgullecen de su eficiencia, pero a veces cometen estupideces increíbles.

—¿Cómo equivocar la fecha de una carta de acuse de recibo de un cheque?

—Le asombraría los errores que cometen —replicó Grimm.

Carella no dijo nada. Volvió a ocuparse del archivo y la correspondencia. A continuación encontró las copias de la correspondencia de Grimm con la Allied Insurance Company of America, y los originales enviados por ésta. Aparentemente, negociaba con ellos desde junio, cuando pidió los precios de las pólizas para asegurar doscientos mil animales de madera tallada, que valoraba en medio millón de dólares, mientras aguardaban ser enviados a otros lugares del país desde el almacén. Allied respondió pidiendo la comprobación del valor del cargamento, que Grimm les proporcionó enviándoles xero-copias de los pedidos recibidos. La compañía le informó que medio millón de dólares era un grave riesgo para una sola compañía, por lo que se hallaban dispuestos a compartirlo con la Mutual Assurance de Connecticut, si Grimm estaba de acuerdo con este arreglo. Había varias cartas en términos similares entre Grimm y la Mutual Assurance, y al final todo quedó acordado a finales de junio, recibiendo Grimm la póliza poco antes de la llegada del segundo cargamento. En los archivos no existía nada que indicase que Grimm había asegurado el primer cargamento. Casi parecía como si la segunda vez esperase el incendio.

—Veo que no aseguró el primer cargamento —observó el detective—. El de enero.

—No podía permitírmelo —se disculpó Grimm—. Tuve que

correr el albur.

—Pues fue una suerte que asegurara el segundo —respondió Carella secamente.

—Oh, sí. Si me pagan, claro. Si no, no creo que tuviese tanta suerte.

—Le pagarán más pronto o más tarde —le aseguró Carella.

Cerró la carpeta que tenía en las manos y empezó a copiar direcciones, números telefónicos, señas cablegráficas y números de télex de ambas firmas alemanas en su cuaderno de notas.

—Más tarde ya no será bastante —masculló Grimm.

—Bien… —murmuró Carella, con un encogimiento de hombros.

—¿Cuándo lo recibirán? —se interesó Grimm.

—¿Recibirán…, qué?

—Su afirmación de mi inocencia.

—No sé si mi palabra será suficiente para convencerles de su…

—Pero ayudaría, ¿verdad?

—Tal vez sí, tal vez no. Lo que realmente ayudaría sería atrapar al incendiario. Y al tipo que asesinó a Frank Reardon. Suponiendo que sea el mismo, cosa que a lo mejor no es así.

—Creo que si usted fuese a decirles que yo no tuve nada que ver con el incendio, soltarían la pasta —exclamó Grimm. Se había puesto de pie, y estaba a la izquierda de donde Carella permanecía ahora sentado, mirándole intensamente—. ¿Lo hará?

—No. No sé quién incendió su almacén, señor Grimm. Aún no lo sé.

—¿Cuánto? —inquirió de pronto Grimm.

—¿Cómo?

—He dicho cuánto.

El detective calló un instante.

—Finjo no haber oído nada —dijo al fin.

—Me refería a cuánto tiempo —rectificó Grimm rápidamente—. ¿Cuánto tiempo necesitará para…?

—Estaba seguro de que se refería a eso —murmuró Carella. Se levantó, se puso la chaqueta y fue hacia la puerta—. Si aparece ese cheque cancelado, llámeme —finalizó, saliendo del despacho.

No había mencionado la ficha policíaca de Grimm, y éste no se había referido al incidente. Sin embargo, si todo el mundo fuese honesto con todo el mundo y con todo y en todo, Diógenes no

habría necesitado el farol para buscar a un hombre.

MIENTRAS TANTO EN LA ESCENA del crimen, Hawes se hallaba en el edificio 2914 de la Landis Avenue con un detective de la Comisaría 83, perteneciente a Diamondback. El detective se llamaba Oliver Weeks, aunque todo el mundo le llamaban Big Ollie en su Precinto. (Habían dejado de llamarle Fat Ollie, por los puñetazos repartidos los primeros años.) Big Fat Ollie era ambas cosas: gordo y grande. También sudaba mucho. Y olía. Hawes le consideraba un cerdo.

—Por lo visto, le dieron una paliza hasta matarlo —comentó Ollie.

—Sí —asintió Hawes.

Estaban subiendo al primer piso del edificio, donde se hallaban los despachos de Arthur Kendall, abogado. Ollie iba delante de Hawes, resoplando de cansancio y esparciendo una poderosa peste por la escalera.

—Aunque no con los puños —añadió Ollie, jadeando.

—No —convino Hawes.

—Con un bate de béisbol —continuó Ollie—, o con un martillo.

—Ya lo dirá el forense —repuso Hawes, sacándose un pañuelo para sonarse la nariz.

—¿Estás resfriado? —se interesó Ollie, que no tardaba mucho en tutear a todos sus colegas.

—No.

—Algunos resfriados son temibles —agregó Ollie—. ¿Conoces a ese Kendall?

—No.

—Es un abogaducho. Representa a la mitad de los maleantes del barrio.

—¿Quién representa a la otra mitad? —preguntó Hawes.

—¿Eh…? —gruñó Ollie, abriendo la puerta de la oficina de Kendall.

La secretaria del abogado levantó la vista, sorprendida. Tendría unos veintitrés años, una negrita de buen aspecto, con un peinado afro, una falda azul con blusa blanca, las piernas desnudas y los

zapatos de color azul pastel fuera de sus pies, colocados junto al sillón giratorio. Su sorpresa parecía genuina, aunque Hawes se preguntó cómo era posible que no estuviese al corriente de la excitación de abajo, con un muerto en el portal, los coches de la Policía junto a la acera, el policía fotógrafo sacando instantáneas, el ayudante del forense examinando el cadáver y la ambulancia llevándoselo al depósito.

—¿Sí? —preguntó la joven, inclinándose para ponerse los zapatos.

—Detective Weeks —se presentó Ollie—, de la Comisaría 83.

—¿Sí? —repitió ella.

—¿Cómo te llamas? —indagó Ollie.

—Susan Coleridge.

—Abajo tenemos un muerto —explicó Ollie.

—Lo sé.

—¿Has oído algo raro abajo? —preguntó Ollie.

—No.

—¿Cómo es eso? Si estás en el primer piso…

—Escribiendo a máquina —se disculpó la chica—. Y con la radio en marcha.

—Pues ahora no funciona —observó Ollie.

—La cerré al oír los coches de la Policía. Salí al pasillo para saber qué ocurría. Entonces vi que habían matado a Charlie.

—Oh, ¿lo conoces?

—Sí, trabajaba arriba.

—¿Dónde?

—En el Plan de Desarrollo de Diamondback.

—¿Está tu jefe?

—Está en los juzgados.

—¿Mucho trabajo estos días?

—Sí.

—¿Entonces no has visto ni oído nada?

—Así es.

—Gracias —terminó Ollie.

Le indicó a Hawes que le siguiera fuera. Ya en el pasillo, dijo:

—Esos negros nunca oyen ni ven nada. Todo el barrio es sordo, mudo y ciego.

—Si escribía a máquina…

—Oh, siempre escriben a máquina —gruñó Ollie—. O tienen la radio en marcha. O la lavadora. O lo que sea. Siempre hay algo. Esos negros están tan unidos como la mantequilla de cacahuete y la jalea. Nada les gusta más que vernos ir de culo por ahí.

Había llegado al descansillo del segundo piso. La placa de la puerta vidriera frente a la escalera anunciaba «PLAN DE DESARROLLO DE DIAMONDBACK, INC.». Ollie miró la placa con acritud.

—Parece una operación fraudulenta —comentó, empujando la puerta.

Dos individuos negros, en mangas de camisa, estaban sentados a una larga mesa cerca de los ventanales. Uno de ellos era alto y esbelto, de piel bastante clara, con una nariz prolongada y ojos ambarinos. El otro era más oscuro, con unos ojos pardos ampliados por gafas de gruesos cristales. Mascaba la colilla de un cigarro apagado. En el muro situado a la izquierda de la mesa se veían ampliaciones fotográficas de filas y filas de edificios, junto con dibujos arquitecturales de lo que parecía una ciudad del futuro. Media docena de las casas de las ampliaciones tenían una X roja en medio. La superficie de la mesa se hallaba cubierta con fotos brillantes de ocho por diez, de edificios y solares. El negro más oscuro sostenía un montón de fotografías de estaciones de servicio, que dejó sobre la mesa, una a una, delante del de los ojos ambarinos, y después ambos consultaron una cuartilla escrita a máquina. Los dos levantaron la vista cuando Ollie se aproximó a paso vivo a la mesa.

—Detective Weeks —dijo con tono brusco y directo—. Este es el detective Hawes. ¿Quiénes son ustedes?

—Alfred Allen Chase —repuso el de los ojos de color de ámbar.

—Robinson Worthy —añadió el otro.

Terminó de dejar las fotos de las gasolineras en la mesa y traspasó la colilla de cigarro al otro lado de su boca.

—Estoy investigando la muerte de Charlie Harrod —masculló Ollie—. Creo que trabajaba aquí.

—Sí, cierto —asintió Chase.

—Pues no parecen muy angustiados por su muerte —observó Ollie—. Trabajan como siempre, ¿eh?

—Ya hemos llamado a su madre e intentado comunicarnos con

su novia —se defendió Chase—. ¿Qué más podemos hacer? Está muerto. No podemos ayudarle en nada.

—¿Cuál era su trabajo aquí?

—Tomaba fotos para nosotros —explicó Worthy, señalando las fotografías de la pared y las de la mesa.

—Iba por ahí sacando fotos de los edificios viejos, ¿eh? —comentó Ollie.

—Formamos una compañía de desarrollo —explicó ahora Chase—. Intentamos representar a toda la zona.

—Suena como un trabajo inmenso —se burló Ollie.

—Lo es —declaró Worthy.

—¿Cuánto representan hasta ahora?

—Estamos empezando.

—¿Cómo se les ocurrió representar un agujero tan apestoso como Diamondback? —siguió burlándose Ollie.

—No sé si es de nuestra incumbencia contarle a usted nuestros asuntos —objetó Worthy.

—No, no lo es en absoluto —convino Ollie—. ¿Cuánto llevan aquí, en este negocio?

—Cerca de un año.

—¿Seguro que no dirigen un negocio de apuestas ilegales?

—Seguro —afirmó Chase.

—Se trata de una operación legítima, ¿eh?

—Exacto —asintió Worthy—. Intentamos convertir a Diamondback en un lugar decente para vivir.

—Ah, sí, ¿no lo intentamos todos? —exclamó Ollie, imitando a W. C. Fields—. ¿No lo intentamos todos?

—Y tratamos de ganar con ello algún pavo —continuó Chase—. No hay nada malo en que un negro quiera ganar unos pavos, ¿verdad?

—No me llore respecto a los negros —dijo Ollie sarcásticamente—. No me interesan. Tengo a uno en el portal, y existen grandes probabilidades de que lo haya tumbado otro negro, y lo único que sé es que los negros me causan muchos problemas. Si ustedes son tan bondadosos, ¿por qué no empiezan a comportarse como tales?

—Querer adecentar una zona es legal, responsable. Es una empresa enorgullecedora —respondió Worthy con dignidad—. Charles Harrod trabajaba para nosotros por horas. No tenemos la

menor idea de por qué lo mataron ni quién lo hizo. Su asesinato no refleja en modo alguno lo que estamos haciendo aquí.

—Bien dicho, profesor —alabó Ollie.

—Si ustedes han terminado —añadió Worthy—, nosotros tenemos mucho trabajo por delante —cogió una de las fotografías de las gasolineras y se volvió hacia Chase—. Esta está en la Ainsley y la Thirty-first. ¿Quieres que…?

De repente, Ollie se le acercó, cogió a Worthy por la camisa, lo hizo saltar de la silla y lo aplastó contra la pared de las ampliaciones y los dibujos arquitecturales.

—¡No te hagas el listo conmigo! —gritó—. ¡O tendrás que tragarte esas gasolineras en seco!

—¡Basta ya, Ollie! —intervino Hawes.

—¡Tú mantente al margen de esto! —se sulfuró aquél—. ¿Me has oído, señor Robinson Worthy o no me has oído?

—Sí, le he oído.

—¿Qué hacía en realidad Harrod para vuestra empresa?

—Tomaba fotos de los edificios abandonados que nosotros…

—¡No me vengas con ese cuento de la empresa de desarrollo! Tú y tu amigote probablemente tenéis un historial tan largo como…

—¡No es verdad! —proclamó Worthy.

—¡Calla hasta que termine de hablar! —le amenazó Ollie.

—Déjale en paz —volvió a intervenir Hawes.

—¡Vete a casa! —rugió Ollie. Su mano seguía aferrada a la camisa del negro, manteniéndole aplastado contra la pared, como uno de los dibujos de arquitectura—. El fiambre de abajo es mío, de modo que esto lo manejaré a mi manera.

—Te doy treinta segundos para que lo sueltes —le desafió Hawes—. Después, voy a llamar al archivo departamental de fichas. Y te acusaré.

—¿Acusarme? —tronó Ollie—. ¿De qué? Ese tipo dirige una operación fraudulenta y está asustado por lo que yo pueda descubrir. ¿No es así, señor Robinson Worthy?

—No, no es así.

HAWES ANDUVO

LENTA y deliberadamente hacia el teléfono situado sobre una esquina de la mesa. Levantó el aparato, marcó Frederick-7-8024 y dijo:

—Dave, soy Cotton Hawes. Tengo aquí a un policía que maltrata a un testigo…, con un innecesario abuso de autoridad. Por favor, ponme con el teniente.

—¿De qué lado estás tú? —gruñó Ollie, soltando la camisa de Worthy—. Suelta el teléfono. Sólo quería divertirme un poco. El señor Worthy sabe que estaba bromeando. ¿No es verdad, señor Worthy?

—No, no es verdad.

—¡Suelta el teléfono! —repitió Ollie.

Hawes lo dejó en el soporte.

—De acuerdo —aprobó Ollie. Resopló una vez, se metió la camisa dentro del pantalón, pues con el esfuerzo se le había salido a medias, y se dirigió a la puerta—. Volveré, señor Worthy. Tan pronto como averigüe algo más sobre su compañía. Hasta la vista, ¿eh?

Le hizo una seña a Hawes y se marchó.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hawes, dirigiéndose a Worthy.

—Sí, gracias.

—¿Han declarado la verdad? ¿Sacaba Harrod fotos para ustedes?

—Esto es lo que hacía —repuso Worthy—. Estamos buscando edificios abandonados. Cuando los encontramos tratamos de localizar a los propietarios, cosa que no siempre es fácil. Si logramos verles antes de que el ayuntamiento expropie el inmueble… —Worthy hizo una pausa. Añadió, a guisa de explicación—: Si un edificio está abandonado, el propietario deja de pagar impuestos, por lo que el ayuntamiento puede quedárselo.

—Sí, lo sé —asintió Hawes.

—El ayuntamiento, entonces, ofrece el edificio a cualquier agencia de la ciudad que lo necesite. Si nadie lo quiere, lo ofrece en subasta pública. Todos los años hay siete u ocho subastas de este género, usualmente en alguno de los grandes hoteles del centro. Lo malo es que entonces hay que pujar, por cuyo motivo intentamos hallar antes al propietario.

—¿Qué hacen cuando le encuentran? —quiso saber Hawes.

—Le ofrecemos quedarnos con la casa. Pagamos los impuestos adeudados, le damos algún dinero encima y, normalmente, el tipo queda muy contento. Recuerde que él ya había abandonado el edificio.

—¿Con qué cuentan como capital? —indagó Hawes.

—Estamos financiados privadamente. En Diamondback hay negros con pasta que invertir en esa clase de proyectos. Lo que ellos esperan a cambio de la inversión es solamente algo más de lo que nosotros pagaríamos a un Banco por un préstamo.

—¿Pues por qué no acuden a un Banco?

—Hemos probado en todos los Bancos de la ciudad —afirmó Chase.

—Ninguno se entusiasmó con la posibilidad de adecentar como es debido Diamondback.

—¿Cuántos edificios han comprado hasta ahora?

—Ocho o diez —respondió Worthy. Señaló la pared—. Los marcados con la cruz roja, más algunos otros.

—¿Los descubrió Harrod para ustedes?

—¿Descubrirlos? ¿A qué se refiere?

—Creí que actuaba como una especie de explorador. Cuando veía un edificio abandonado…

—No, no —objetó Chase—. Somos nosotros quienes le decíamos qué edificios debía fotografiar. Edificios que ya estaban abandonados.

—¿Por qué necesitan, pues, las fotos?

—Oh, por varios motivos. Nuestros inversores desean a menudo ver las casas que esperamos adquirir. Resulta más sencillo enseñarles fotografías que acompañarles por las calles de Diamondback. Y, naturalmente, nuestro arquitectos necesitan fotos para sus planos. Algunos edificios se hallan en un estado cercano al colapso.

—¿Quiénes son sus arquitectos?

—Una firma que se llama Dibujos Asociados. En Diamondback.

—Son negros —añadió Chase.

—Este es un proyecto negro —puntualizó Worthy—. No, no es nada racista, si esto es lo que piensa.

—¿También tomó Harrod las fotos de las gasolineras?

—Sí —asintió Worthy—. Se trata de otro proyecto.

—Un proyecto conjunto —aclaró Chase.

—¿Cuánto tiempo llevaba Harrod trabajando para ustedes?

—Desde que empezamos.

—¿Hace un año?

—Más o menos.

—¿Saben algo de su vida privada?

—No mucho. Su madre vive sola en una casa de The Stem. Charlie vivía con una chica llamada Elizabeth Benjamin, en la Kruger Street. Vino con él un par de veces. En realidad, le llamó hoy aquí.

—¿Qué hacía él?

—Le entregamos una lista de edificios que tenía que fotografiar.

—¿A qué hora fue eso?

—Llegó hacia las once, y estuvo con nosotros una media hora.

—¿Y la chica? —preguntó Hawes—. ¿Saben si es una buscona?

Worthy vaciló visiblemente.

—No lo sé con seguridad. Bueno, viste de un modo que… Pero esto no quiere decir nada hoy día.

—¿Cuánto le pagaban a Harrod por las fotos?

—Le pasábamos por horas.

—¿Cuánto?

—Tres dólares. Más gastos.

—¿Gastos?

—Por las cintas. Por el revelado y la impresión. Y por las ampliaciones que ve en la pared. Charlie lo hacía todo. Era muy bueno en su profesión.

—Pero solamente trabajaba con ustedes por horas.

—Sí.

—¿Cuánto podía ganar en una semana?

—¿Por término medio? Unos cincuenta dólares.

—¿Cómo podía, entonces, tener un Cadillac y llevar trajes a la medida con cincuenta pavos a la semana? —se admiró Hawes.

—No tengo la menor idea —repuso Worthy.

7

TAL VEZ ELIZABETH BENJAMIN tuviera algunas ideas.

Tal vez el detective Oliver Weeks, en su deseo de fastidiar a Worthy y a Chase, hubiera corrido a la Comisaría 38, y estuviese llamando a la Sección de Identificación, en lugar de estar donde debía haber estado, que era el 1512 de la Kruger, en el apartamento 6 A, registrando todo el piso y tratando de averiguar por Elizabeth cuáles eran los verdaderos ingresos de Harrod y de dónde procedían.

Cuando Hawes llegaba al sexto piso, Elizabeth salía del apartamento. Llevaba el mismo vestido de antes, junto con los zapatos de tacón alto, pero además tenía en las manos dos maletas, una de las cuales dejó en el suelo. Cerró la puerta, y estaba cogiendo de nuevo la maleta cuando divisó a Hawes.

—¿Vas a algún sitio, Liz? —le preguntó el detective.

—Sí. Me largo de esta ciudad.

—Todavía no, preciosa. Tenemos que charlar un rato.

—¿De qué?

—De un hombre muerto llamado Charlie Harrod.

—Por esto me largo de esta ciudad —repitió Elizabeth—. No quiero que nadie tenga que hablar respecto a una chica muerta que se llama Elizabeth. Y si no le importa, ¿puede dejarme pasar?

—Abre la puerta, Liz —la conminó Hawes—. Vamos dentro.

Elizabeth suspiró, soltó ambas maletas, sostuvo el bolso en su abdomen, lo abrió y estaba sacando algo cuando percibió el

revólver en la mano de Hawes. Abrió más los ojos.

—Saca la mano lentamente —le ordenó Hawes—. Abierta y con la palma hacia arriba.

—Sólo pretendía sacar la llave, amigo —dijo Elizabeth, retirando la mano del bolso, con la palma hacia arriba, donde brilló la llave del apartamento.

—Vuelca el bolso —volvió a ordenar Hawes—. Vacíalo en el suelo.

—Dentro no hay nada peligroso.

—Vacíalo.

Elizabeth vació el bolso. Como dijera, dentro no había nada peligroso. Hawes sintióse un poco tonto, si bien no más de lo que se hubiese sentido si la muchacha hubiese exhibido más tarde una 22.

—¿De acuerdo? —se mofó Elizabeth, empezando a recoger la colección de pintalabios, máscara de belleza, kleenex, compresas, agenda, carterita, monedas sueltas, bolígrafo, sellos de correos, y la lista de comestibles para meterlo todo en el bolso—. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Un arsenal?

—Apresúrate —murmuró Hawes, un poco cohibido.

—No, dígame qué esperaba hallar aquí dentro, oficial —repitió ella con untuosidad—. ¿Una escuadrilla de B-52? —cerró el bolso, se lo colgó del hombro y volvióse para abrir la puerta—. ¿Acaso toda la Sexta Flota? —añadió, abriendo la puerta y cogiendo las maletas.

Hawes la siguió a la cocina y cerró la puerta. Elizabeth dejó las maletas, fue directamente al fregadero, se inclinó contra él y cruzó los brazos por debajo de su pecho.

—Te olvidas de abrir el grifo del agua —le recordó Hawes.

—¡Al infierno con el grifo! Ya no me importa que escuchen.

—¿Hay micrófonos por aquí?

—De arriba abajo. No puedes ir al retrete sin que alguien se entere.

—¿Y el teléfono?

—Charlie destrozó el micro que le habían colocado.

—¿Quién escuchaba, Liz?

—¡Que me registren!

—¿En qué trabajaba Charlie?

—En fotografía.

—¿Y qué más?
—En nada más.
—¿Eres una prostituta?
—No, oficial, no soy prostituta.
—Pero no tienes empleo.
—No lo tengo.
—Y Charlie ganaba cincuenta dólares a la semana, ¿verdad?
—Supongo que sí. No sé lo que ganaba.
—¿De dónde sacó el Cadillac?
—No me lo dijo.
—¿Y sus trajes de fantasía tan caros?
—Tampoco me lo dijo.
—¿Te han arrestado alguna vez, Liz?
—Nunca en mi vida.
—Puedo comprobarlo.
—Compruébelo.
—¿De quién huías, Liz?
—Huía de la persona que mató a Charlie.
—¿Tienes alguna idea de quién fue?
—No.
—¿Dónde está el dormitorio?
—¿Tiene alguna idea rara, oficial? —sonrió Elizabeth torvamente.
—Quiero registrar las pertenencias de Charlie.
—Ya las han registrado —le informó Elizabeth—. Cuatro veces. Esos cochinos entran y salen de este apartamento como de una estación del metro.
—¿Ha estado ya aquí la Policía?
—No, estando nosotros en casa.
—Entonces, ¿cómo sabes que estuvieron aquí?
—Charlie dispuso varias trampas. Ah, esos cerdos no son muy inteligentes, la verdad. Charlie encontró los micros diez minutos después de que los plantaran.
—¿Por qué no los arrancó?
—Prefirió pasar información falsa.
—¿Respecto a qué?
—A todo lo que quisieran escuchar.
—¿Qué querían escuchar, Liz?

—No tengo la menor idea —observó ella.

—¿Por qué se interesaba tanto la Policía por Charlie Harrod?

—¿Quién sabe? Era una persona interesante —se encogió de hombros Elizabeth.

—¿Era tu chulo? —inquirió Hawes.

—No soy puta, de modo que no necesito ningún chulo.

—Está bien, llévame al dormitorio.

—Es allí.

—Las damas primero.

—Gracias —se burló la muchacha, guiándole a través del apartamento.

EN EL DORMITORIO

HABÍA DOS armarios. El primero contenía una docena de trajes, dos abrigos, tres chaquetas deportivas, seis pares de zapatos, dos sombreros y una cazadora. Las etiquetas de casi todos los trajes, de los dos abrigos y de una de las chaquetas deportivas, pertenecían a tiendas especializadas en ropa de caballeros de alta calidad y más alto precio. Hawes cerró la puerta del primer armario y se acercó al segundo. Estaba bien cerrado.

—¿Qué hay ahí? —le preguntó a Elizabeth.

—A mí que me registren.

¿Tienes la llave?

—No.

—Tendré que pegarle una patada —dijo Hawes con intención.

—Necesita un mandamiento para ello, ¿verdad?

Hawes no se molestó en contestar. Retrocedió unos pasos, levantó la pierna izquierda y la soltó como un ariete contra la cerradura, acertándola con el pie. Tuvo que dar otras patadas, una con la izquierda y dos más con la derecha, para que saltase la cerradura.

—Estoy segura de que necesitaba un mandamiento para hacer eso —arguyó Elizabeth.

Hawes abrió la puerta. No era ningún armario. Era, en realidad, un cubículo equipado como cuarto oscuro, con un tanque de ampliaciones, un lavador, un secador y el ampliador. La única

ventana del cubículo estaba pintada de negro, y había una bombilla roja colgada sobre una especie de mostrador, formado por una tabla colocada encima de unos archivadores de metal muy bajos. La tabla se hallaba cubierta con bandejas de esmalte blanco, de ocho por diez, pinzas metálicas, material de revelado, y papel de ampliar. De una pared a otra se veían unos cables, de los que colgaban clips para fotografías. Hawes probó de abrir los cajones de los archivadores, pero estaban cerrados.

—Supongo que tampoco tienes la llave de esos muebles —masculló.

—Solamente tengo la llave de la puerta del apartamento —respondió Elizabeth.

Hawes asintió y cerró la puerta del cubículo. El tocador se hallaba en la pared opuesta a la cama, junto a la única ventana de la habitación. Registró metódicamente cada uno de los cajones, hurgando entre las camisas y los calzoncillos de Harrod, sus calcetines y sus pañuelos. En el joyero, escondido debajo de una serie de ropa interior de color rojo, en el último cajón, encontró ocho pares de gemelos de camisa, un reloj con el cristal roto, un anillo de su graduación en un instituto, cuatro alfileres de corbata y una llave pequeña. La cogió para enseñársela a Elizabeth.

—¿La reconoces?

—No.

—Bueno, la probaré.

Hawes regresó al cuarto oscuro. La llave no encajó en ningún cajón de los archivadores. Suspirando, volvió al tocador y dejó la llave donde la había encontrado.

Con la chica detrás, fue a la cocina e inspeccionó cuidadosamente la alacena colgada encima del fregadero. El micrófono, como suponía, estaba encajado debajo del reborde inferior de la madera. Fue siguiendo el hilo hasta la moldura del techo y a través de la estancia hasta la ventana. Salió a la escalera de incendios para estudiar la pared de atrás del edificio. El hilo subía hacia el tejado y se perdía de vista. Volvió a la cocina.

—El del retrete está detrás de la cisterna —murmuró Elizabeth —. Hay otro en el dormitorio, detrás del cuadro de Jesús, y otro más en el salón, en la lámpara de pie.

—¿Y no sabes quién los plantó?

Ella se encogió de hombres. Hawes se aproximó de nuevo a la alacena para examinar los estantes. Después, registró los cajones a cada lado del fregadero y el de la mesa de cocina.

En el refrigerador encontró la pistola.

Estaba envuelta en papel de aluminio, escondida en el fondo del último estante, detrás de un cubo de plástico que contenía las sobras de unas judías.

Era una automática Smith y Wesson, de 9 milímetros. Cogiéndola por la culata, tras aplicarle el pañuelo, Hawes extrajo el depósito. Contenía seis cartuchos, y ya sabía que quedaba uno en la recámara.

—Supongo que no es tuyo —murmuró, mirando a la joven.

—No lo había visto en mi vida.

—Sí, brotó de entre las judías y el apio, ¿verdad?

—Eso parece.

—¿Tienes licencia de armas?

—Ya he dicho que eso no es mío.

—¿Es de Charlie?

—No sé de quién es.

Hawes asintió, devolvió el depósito a su sitio, le puso una etiqueta a la pistola, la envolvió con el pañuelo y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Le entregó a Elizabeth un recibo, tras lo cual escribió su nombre y el número de teléfono del Precinto en un pedazo de papel, que también le entregó.

—Si recuerdas algo sobre esa pistola, llámame a este número.

—No he de recordar nada.

—De todas maneras, coge el papel. Volveré más tarde —añadió —, y te sugiero que no te muevas.

—Tengo otros planes —objetó ella.

—Como quieras —respondió el detective, esperando que sus palabras sonaran como una amenaza.

Abrió la puerta y abandonó el apartamento.

YA EN LA CALLE SE PREGUNTÓ si debía de haber arrestado a Elizabeth. Las leyes, a veces le intrigaban. Ahora se hallaba en posesión de ciertos hechos

y ciertas piezas de evidencia, aunque no estaba seguro de que le ayudasen a tener una base para un arresto legal:

1. Habían matado a Frank Reardon con dos balas procedentes de una pistola de 9 milímetros.

2. Hawes acababa de encontrar una Smith y Wesson del 9 en el apartamento ocupado conjuntamente por Charles Harrod y Elizabeth Benjamin.

3. La pistola tenía capacidad para ocho más una bala, pero solamente tenía siete cuando miró en la recámara. El nombre de Harrod figuraba en la agenda de Reardon.

4. Barbara Loomis, la esposa del portero, había descrito a los visitantes de Reardon de aquella mañana, o sea de antes del incendio, como un negro y una negra, al menos, lo que daba que pensar en Harrod y Elizabeth.

En otras palabras, pensando en Reardon. Lo habían visto asociado a otras dos personas. Lo encontraron muerto, mediante una pistola de 9 milímetros, y más tarde se halló una pistola del mismo calibre en el refrigerador de las dos personas con las que lo habían visto. Sí, una evidencia más bien circunstancial, claro.

Pero recibir visitas no es ningún crimen, y guardar una pistola dentro de un refrigerador no significa necesariamente que sea para matar a alguien, pese a la cantidad de balas que haya en ella. En realidad, si tienes una licencia de armas, puedes tener la pistola en el refrigerador, en el cajón del pan o en el sombrero. No es difícil conseguir una pistola en los Estados Unidos. En América, la gente tiene pistolas como los ingleses tienen gatos. La razón de que los americanos tengan pistolas estriba en que América es una nación pionera, y nunca se sabe cuándo atacarán los indios. (Hawes sabía, como algo totalmente real, que una banda de apaches fanáticos, pintados para la guerra, la semana anterior había asaltado un edificio de apartamentos en el Lakeshore Drive de Chicago.) Por esto, la Asociación Nacional del Rifle metió tanta bulla en el Congreso…, para asegurarse de que los pioneros norteamericanos seguían teniendo derecho a emplear armas contra los indios

hostiles.

Elizabeth Benjamin y Charles Harrod tenían una pistola en el refrigerador, de manera que Hawes supuso que eran tan americanos como cualquier cheroke. Mas si un norteamericano tiene una licencia de armas, bien para llevarlas encima o para tenerlas en el piso, no se le puede arrestar a menos que con una de sus armas cometa un crimen. Hasta que los de Balística dijeran si la pistola sospechosa era o no la que había dejado fiambre a Frank Reardon, Hawes no podía detener a Elizabeth. Podía arrestarla por tener un arma sin permiso en su apartamento, pero si ella afirmaba que la pistola no era suya, y que el apartamento en el que vivía era de Charlie Harrod, tampoco podría detener a Harrod porque estaba muerto.

Bien, aunque la pistola resultara ser el arma del crimen, Hawes dudaba mucho de tener derecho a arrestar a Elizabeth. Si no existía medio alguno de relacionarla con la pistola, por ejemplo, sin licencia, sin recibo de compra, sin huellas dactilares en el arma, sin otra cosa que el hecho de guardarla en el refrigerador de Charlie, ¿de qué podían acusarla? El asesinato era un crimen, el peor de todos los delitos. Un accesorio del crimen, según la Ley Penal, o bien una parte principal o participante. Si Elizabeth había cometido directamente el asesinato, o ayudado, consentido en su comisión, presente o ausente, o haberlo aconsejado directa o indirectamente, ordenado, inducido o procurado que otro lo cometiera, era principal. Si, por otro lado, hubiese amparado, ocultado o ayudado al asesino a rehuir el arresto después de cometido el crimen, con el intento de que pudiese escapar al arresto o al castigo, al proceso o solamente a la condena, existiendo fundamentos sobrados para creer que él había sido el autor del delito, entonces, Elizabeth sería un accesorio. Entonces, ¿qué diablos era? Hawes tendría que preguntárselo al teniente. Y suponiendo que fuese alguna cosa, principal o accesorio, ¿cómo podrían probarlo sobre la base de una pistola encontrada en el refrigerador de Charlie, aun suponiendo que fuese el arma que había matado a Reardon?

Las cosas, a veces, son extremadamente difíciles.

El chiste del patrullero que persigue al ladrón de un Banco, mientras simultáneamente va leyendo el reglamento para saber si le está o no permitido disparar su revólver, estaba muy cerca de la

realidad de los hechos. Hawes suspiró y salió al abrasador calor de la tarde, bizqueando los ojos contra la luz del sol.

Siempre había una rutina a la que atenerse.

Ahora, la rutina dictaba que enviara la pistola a la sección de balística del laboratorio de la Policía, con la petición de Urgente, y luego comprobase si se había extendido una licencia de armas a nombre de Harrod o Elizabeth. La rutina también dictaba que lograse que alguien de la Brigada de Custodias y Seguridad abriese los cajones de los archivadores de Harrod. ¿O también necesitaría un mandamiento para esto?

A veces, deseaba poder trabajar en un edificio de oficinas, en calidad de ascensorista.

EL DETECTIVE DE PRIMER grado Michael O. Dorfsman estaba en la sección de balística, siendo él el que recibió la apresurada llamada de Cotton Hawes. Tenía en su poder las dos vainas de los cartuchos de 9 milímetros, así como del par de balas extraídas de la cabeza de Frank Reardon. Una de dichas balas estaba ligeramente deformada a causa del impacto contra el hueso; la otra, en cambio, que estuvo enterrada en la materia cerebral de la misma cabeza, estaba en buen estado. Todavía no había empezado a ocuparse de esta evidencia porque hasta el día anterior no le habían enviado las vainas, y las balas llegaron por la mañana, traídas desde el depósito de cadáveres una vez efectuada la autopsia.

Existían varias maneras de determinar cuál era un arma de fuego desconocida mediante el examen de las vainas y las balas, y como Dorfsman era un experto, indudablemente habría descubierto muy pronto que el arma que disparó los cartuchos de 9 milímetros fue una Smith y Wesson, pistola automática del 9. Mas esto habría significado la búsqueda y comprobación de las marcas de los cartuchos, dejando de lado huellas tan insignificantes como las aportadas por las estrías y del interior del cañón de la pistola, y concentrarse solamente en las marcas más características. Después, Dorfsman podría examinar la bala que se hallaba en buen estado, hasta llegar a una clasificación respecto al calibre, a la dirección y

desviación del disparo, así como al número de surcos y resaltes que eventualmente le daría a conocer el arma asesina…, incluso sin la corroboradora prueba del cartucho.

Hawes le había ahorrado mucho tiempo.

En efecto, el detective envió una pistola automática Smith y Wesson del 9, y ahora lo único que tenía que hacer Dorfsman era comparar los cartuchos que tenía con los disparados desde el arma sospechosa, tras lo cual sabría si se trataba del arma asesina.

Así de sencillo.

Hasta la esposa de Dorfsman sabía que la palabra «automática», aplicada a una pistola, significa simplemente que la introducción de un nuevo cartucho en la cámara la efectúa el arma más que el disparador. Dicho de otro modo: una pistola automática es en realidad una pistola de «autocarga». Cuando se dispara un cartucho, inmediatamente otro ocupa su lugar, listo para el siguiente disparo, en tanto que un revólver tiene que ser amartillado por el pulgar o el índice. La esposa de Dorfsman apenas sabía, en cambio, que la acción de una pistola automática es lo que posibilita la identificación de las cápsulas disparadas con aquélla. Dorfsman, por otra parte, tenía que comprender tal acción, si quería realizar debidamente su trabajo. Y, como le había dicho a su mujer en más de una ocasión, «en esto reside precisamente la acción, cariño».

1. Tienes una pistola automática Smith y Wesson del 9.

2. Metes el depósito o cargador en la culata de la pistola. El cargador contiene ocho cartuchos. Introduces otro en la cámara, lo que da una capacidad total de nueve disparos. Ya estás dispuesto a matar a la gente, si tal es tu propósito.

3. Cuando aprietas el gatillo, la bala sale por el cañón de la pistola, hiriendo a alguien en la cabeza.

4. Al mismo tiempo, el retroceso de la pistola envía atrás la vaina ya vacía del cartucho, haciendo que el expulsor la escupa.

5. El elevador, con ayuda de un muelle, vuelve a su posición original, entrando otro cartucho en la cámara, el percutor

está dispuesto otra vez y, si se aprieta el gatillo, saldrá otra bala de la pistola.

Como toda esta acción entraña cierto número de piezas móviles, y como dichas piezas son de acero, mientras que las vainas de los cartuchos se hacen de materiales más blandos como el cobre o el latón, las piezas de una pistola dejan marcas en los cartuchos. Y como no existen dos pistolas exactamente iguales, tampoco dos pistolas marcarán un cartucho de la misma forma. Esto es lo que ha creado las secciones de balística, y por esto Michael O. Dorfsman tenía un empleo.

Las piezas de la pistola que marcan un cartucho son:

1. La recámara: es donde se halla el cartucho antes de llegar a la cámara, momento en que puede apretarse el gatillo para enviar la bala hacia su cometido. La recámara tiene unas estrías y unos resaltes dejados por los instrumentos de la factoría (¡instrumentos, instrumentos, instrumentos capitalistas!), los que a su vez dejan impresiones en el cartucho.

2. El percutor: es una pieza aguda que hiere la cabeza del cartucho al apretar el gatillo, produciendo una explosión de gases que impulsa la bala fuera de la vaina metálica del cartucho, hacia el cañón del arma y a la cabeza de la presunta víctima. El percutor, naturalmente, deja una marca al golpear la cabeza del cartucho.

3. El extractor: es el pequeño aprehensor que retrocede con la corredera tras disparar el cartucho, dejando señales en el reborde de la vaina.

4. El expulsor: es la pieza que arroja la vaina vacía fuera de la pistola, al suelo, donde la encuentran los policías listos, figurándose inmediatamente con ello que el arma usada era una automática, puesto que los revólveres no echan al suelo más que a la persona que se halla de pie delante del cañón cuando del mismo surge la bala. El expulsor deja señales en la cabeza de la vaina.

Si uno sabe las marcas que deja una pistola, y si uno sabe dónde ha de buscarlas en una vaina de cartucho, lo único que uno tiene que hacer es disparar algunos cartuchos del arma sospechosa, recuperarlos, y marcarlos para identificación. Después, se coge la vaina hallada en la escena del crimen, que también se marca para identificación, dado que todas las secciones de balística poseen un montón de vainas halladas y nadie desea perder el tiempo buscando la vaina entre las demás cuando tienen cosas más importantes que hacer, como un homicidio, por ejemplo. Luego, se lavan (sí, se lavan) todas las vainas en el detergente favorito (una mujer trabaja de sol a sol, pero la labor del hombre nunca termina), y todo está a punto para compararlas. Esto, claro está, se hace por el microscopio, y se fotografían los hallazgos bajo una luz prismática para que las señales cobren más relieve; acto seguido, se pega una ampliación de la vaina sospechosa al lado de una ampliación de la vaina en comparación, y se alistan las marcas de cada una para que se pueda hacer una ficha de los surcos, los resaltes, las curvas y los montículos, como en un huella dactilar…, y se ha concluido el asunto.

QUE ES LO QUE OCURRE cuando uno es Michael O. Dorfsman, y esta en esa eufórica tierra conocida como Identificación Positiva. Resulta estupendo cuando todas las marcas, todos los arañazos de las estrías se hallan alineados como valvas separadas de la misma cara. Ello hace que un hombre se sienta feliz, especialmente al coger el teléfono para llamar al detective que lleva a cabo la investigación, a fin de comunicarle que la pistola entregada a Balística es definitivamente la que disparó las balas que mataron a cierto individuo.

Que es, exactamente, lo que Dorfsman hizo aquel viernes por la tarde.

Cotton Hawes, a su vez, sintióse como si hubiese recogido el pase de pelota enviada por el zaguero. Lo único que le quedaba ya por hacer era correr con ella hasta la línea de gol. El servicio de Licencia de Armas ya había informado que no habían librado

ningún permiso ni a Charles Harrod ni a Elizabeth Benjamin para llevar pistola o guardar una en su piso. El último permiso concedido para aquella pistola, una automática Smith y Wesson del 9, que ostentaba el número de serie 41-911-R, fue entregado el 12 de octubre de 1962, a un tal Anthony Reed, a la sazón residente de Isola. La búsqueda en los listines telefónicos de las cinco zonas de la ciudad no aportó el nombre de Anthony Reed. Claro que 1962 estaba ya muy lejos, y sólo Dios sabía por cuántas manos había pasado la pistola desde que Reed recibió su permiso. Una charla con el teniente le aseguró a Hawes que puesto que habían hallado la pistola en el refrigerador del piso ocupado normalmente por Elizabeth Benjamin, refrigerador supuestamente suyo, por tanto, y puesto que ella no tenía permiso de armas, podían arrestarla por violación de los reglamentos vigentes al respecto. Además, si cuando Balística enviara la identificación positiva, Hawes podría detener libremente a la joven como persona ejecutora o accesoria de un asesinato. El teniente Byrnes no estaba seguro de si la acusación daría resultado, mas el arresto les daría la oportunidad de interrogar a la muchacha legalmente. Ahora, Hawes tenía ya la luz verde de Balística, de modo que estaba dispuesto a ir en busca de Elizabeth. Estaba, en efecto, poniéndose la chaqueta antes de salir del Precinto cuando sonó el teléfono. Lo cogió.

—Aquí Comisaría 87, detective Hawes —dijo.

—Hawes, soy Ollie Weeks.

—Hola, ¿qué tal? —le saludó Hawes sin gran entusiasmo.

—Oye, lamento aquella pequeña escena con los negros del Plan de Desarrollo —se excusó Ollie—. No quiero que pienses que soy un poli de esos que van por ahí metiendo gresca.

—¿Cómo podría pensar tal cosa? —mintió Hawes.

—Es que toda esa operación me parece un fraude —continuó Ollie—. He estado trabajando toda la tarde y he descubierto algunas cositas respecto a nuestros amigos Worthy y Chase. Todavía no me he movido, pero no quiero que tengas falsas opiniones sobre mí —Ollie calló, evidentemente aguardando una respuesta. Al no obtenerla añadió—: Ahora tengo ya el informe del forense sobre Harrod, y creí que te interesarían. Le golpearon hasta la muerte, tal como nos imaginamos.

—¿Con qué arma? ¿Lo dice el informe?

—Con numerosas armas —repuso Ollie, imitando a W. C. Fields —. Muy variadas. Al menos, esto se imagina el forense. Afirma que se emplearon instrumentos romos y…

—¿Instrumentos? ¿En plural?

—Ya dije que en plural. Más de uno. Además, bajo el brazo izquierdo de Harrod había una cuchillada, si bien no fue esto lo que lo mató. Murió por los golpes propinados a su cabeza, y, en opinión del forense, se usaron instrumentos de diversos pesos y tamaños.

—O sea, que a Harrod lo atacaron varias personas.

—Eso parece —asintió Ollie—. El forense también descubrió lesiones y cicatrices en los brazos y las piernas de Harrod, así como restos de heroína en su estómago, en los órganos parenquimatosos…

—¿En los qué…?

—Bueno, no sé cómo se pronuncia —se oyó reír a Ollie—. Estoy leyendo el informe. Probablemente ya lo sepas, pero el forense afirma que los alcaloides desaparecen del sistema orgánico al cabo de veinticuatro horas, por lo que cabe suponer que Harrod se inyectó aquel mismo día. Además, había pintura blanca en las uñas de su mano derecha.

—¿Pintura?

—Sí. Por lo visto, Harrod era fotógrafo, drogadicto y pintor de paredes. Bien, esto es lo que tengo. Sigo comprobando la operación Worthy y Chase, y cuando encuentre algo más te lo comunicaré. ¿Qué tal vas tú?

—Estaba en camino de arrestar a la novia de Harrod.

—¿Por qué?

—Encontré una pistola en su refrigerador, y Balística asegura que es el arma usada en el homicidio que estamos investigando.

—¿Qué homicidio? ¿No te referirás al de Harrod?

—No, no.

—Porque no lo mataron con una pistola. Ya te dije que…

—Se trata de otro homicidio. Hay ruedas dentro de ruedas, Ollie.

—Oh, sí…, ¿no las hay siempre? —exclamó aquél, imitando a W. C. Fields—. ¿No las hay siempre? ¿Quieres que te acompañe?

—Puedo ir yo solo.

—¿De qué la acusarás?

—De asesinato en primer grado. No prosperará, pero tal vez la asuste y charle por los codos.

—A menos que se atenga al Miranda-Escobedo y os mande a paseo.

—Tenemos que intentarlo.

—¿Cuándo volverás a la Comisaría?

—Dentro de una hora, aproximadamente.

—Iré a verte —prometió Ollie, aceptando una invitación que Hawes no recordaba haber hecho—. Deseo asistir al interrogatorio.

Hawes no respondió.

—Y oye… —prosiguió Ollie—, espero que no pienses que maltraté a aquellos dos tipos porque disfrutaba con ello.

—Tengo prisa —se disculpó Hawes, colgando el aparato.

Estaba ya a punto de cruzar la valla divisoria de la sala general del Precinto cuando de repente sonó de nuevo el teléfono. Carella estaba en el lavabo del pasillo, y Hal Willis había entrado a ver al teniente a su despacho. Hawes hizo un mohín de disgusto pero cogió el teléfono que estaba más cerca de la valla divisoria.

—Hawes, del Distrito 87 —murmuró.

—Cotton, soy Dave, de abajo. Tengo x una chica histérica en la línea, que pide hablar contigo.

—¿Quién es?

—Elizabeth no sé qué. Apenas habla con sentido. No entendí el apellido.

—Pásamela.

La voz de Elizabeth sonó casi al instante. Ya no era una voz de tono bajo sino chillona, estridente.

—¿Hawes…? —preguntó—. ¡Por favor, venga al momento!

—¿Dónde estás, Liz?

—En el apartamento. Me quedé, tal como usted me ordenó. Ahora vienen a por mí.

—¿Quiénes?

—Los que mataron a Charlie. Están en la escalera de incendios. Entrarán tan pronto como reúnan el valor suficiente.

—¿Quiénes son, Liz? ¿Puedes decírmelo?

Oyó el ruido de vidrios rotos. También oyó un tumulto de voces, con el penetrante alarido de Liz antes de que alguien devolviese el teléfono a su horquilla. Hawes colgó, bajó de tres en tres los

peldaños de hierro hacia el escritorio de Dave Murchison, el sargento de guardia, y le pidió que llamase, solicitando que un coche patrulla se dirigiera al 1512 de Kruger Street, apartamento 6 A, donde había un asalto en progreso. Luego, echó a correr hacia la calle, subió a su coche y se encaminó a la parte alta de la ciudad.

8

ERAN LAS SEIS CUANDO Hawes llegó a Diamondback. Había dos coches de la policía estacionados junto a la acera, delante del edificio, con sus faros del techo girando y parpadeando. Dos patrulleros, uno blanco, el otro negro, se hallaban en la escalera de entrada contemplando el grupo de hombres y mujeres que se habían reunido para disfrutar con uno de los espectáculos veraniegos al aire libre. Un policía de paisano, con la placa clavada en el bolsillo superior de su chaqueta, permanecía sentado en uno de los coches, con el micrófono de la radio en la mano, la portezuela abierta, y un pie plantado en la acera. Hawes cerró su auto y se puso la placa en su chaqueta mientras se dirigía a la casa. Subió al portal y se presentó al primer patrullero que encontró.

—Llamé al 10-34. ¿Qué ha ocurrido?

—Arriba, una chica medio muerta —explicó el patrullero—. La ambulancia está en camino.

—¿Quiénes están arriba?

—Lewis y Ruggiero del otro coche, y un tal detective Kissman, de la Brigada de Narcóticos. Fue el que llegó primero. Echó la puerta abajo, pero los tipos ya se habían largado. Debieron ser más de uno. La chica está en muy mal estado.

—¿Quién es aquél del coche?

—El detective Boyd, del 83.

—Dígale que estoy arriba.

Hawes penetró en el edificio.

Uno de los patrulleros del segundo coche lo detuvo en el quinto piso. Hawes se identificó y subió al sexto. El policía que estaba de guardia delante del apartamento 6 A miró la placa de Hawes y no dijo nada cuando aquél entró en el apartamento. Elizabeth yacía en el suelo, inconsciente, con la mandíbula abierta, desencajada, y las dos piernas torcidas hacia abajo, en un ángulo que indicaba clara fractura. Un individuo que llevaba un suéter marrón estaba sentado a la mesa de la cocina, con el teléfono junto al oído. Levantó la vista al aparecer Hawes, saludó con la cabeza y habló por el receptor:

—No tengo idea. Entré porque esto parecía un infierno —escuchó un instante y añadió—: Todo, desde la llamada telefónica. De acuerdo, hablaré contigo más tarde.

Colgó, se puso de pie y fue hacia Hawes con la mano extendida. Era alto, anguloso, con una apostura tranquila. Como los otros policías, llevaba la placa sujeta a la prenda más visible…, en su caso, el suéter marrón, justo sobre el corazón.

—Me llamo Martin Kissman —se presentó—. De Narcóticos.

—Cotton Hawes, del 87 —repuso Hawes, apretando la mano del otro.

—Oh —sorprendióse Kissman—, de manera que usted es Hawes, ¿eh?

—¿Cómo dice? —se amoscó un poco Hawes.

—Iba a llamarle más tarde, tan pronto como me relevaran. Teníamos este apartamento vigilado. Yo escuchaba casi todas las conversaciones.

—Oh… —silbó Hawes—. De modo que oyó mi mensaje.

—Fuerte y claro. También la conversación que mantuvo con ella más adelante, muerto ya Harrod. Ellos sabían que aquí había escuchas, ¿eh? Debí comprenderlo.

Ya pensamos que el micro del teléfono no funcionaba, mas esto no explicaba los aguaceros siempre que alguien hablaba en la cocina. Le dije al teniente que estábamos descubiertos, que cuando hablaban de algo que no querían que oyéramos se iban a la cocina. Todo lo demás, o eran pistas falsas o simples banalidades, cómo y dónde pensaban ir por la noche, o lo que comprarían para la cena. También obtuve varias cintas sexy del micro del dormitorio, por si a alguien le interesan.

Kissman sonrió, sacó una bolsa de tabaco y una pipa del bolsillo del suéter y procedió a llenarla.

Hawes se fijó por primera vez en los agujeros de quemaduras del suéter de Kissman. El padre de Hawes también fumaba en pipa, por lo que siempre tenía los suéteres agujereados, sin mencionar las alfombras, los muebles y, a veces, los cortinajes. Para empeorar las cosas, la familia Hawes tenía una gata siamesa cuya predilección era comer lana. No existía excusa válida para ese apetito del animal: no estaba preñada ni sufría una deficiencia vitamínica, que supiese Hawes; simplemente, le gustaba comer lana. «Siempre parece que la polilla se coma tu ropa», le riñó una vez la madre de Hawes a su marido. «¿A qué te refieres, Abby?», preguntó aquél, levantando la vista, muy sorprendido.

—¿Ocurre algo? —inquirió Kissman de repente.

Hawes comprendió que sonreía ante aquellos recuerdos.

—No, no —repuso, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué pusisteis aquí los micrófonos?

—Sabíamos que Harrod era un drogadicto, y sospechábamos que era también un «camello». Queríamos, gracias a él, llegar a los jefazos.

—¿Hubo suerte?

—No, en absoluto. Harrod nos envió sobre pistas falsas por toda la ciudad. Por eso nos figuramos que sabía lo de los micros. Sin embargo, el teniente estaba convencido de los contrario y ¿quién discute con un teniente?

Kissman rascó una cerilla y empezó a lanzar grandes nubes de humo por la cocina a través de la pipa. Ninguno de los dos policías miraba a la muchacha del suelo. Ambos sabían que la ambulancia estaba en camino, y que no podían ayudar Elizabeth en nada…, salvo tratar de descubrir quién era el culpable de su desdichada condición.

Los oficiales de policía suelen mostrar un curioso despego, tal vez indiferencia, cuando se enfrentan con los resultados de la violencia. Como los cirujanos al efectuar una intervención quirúrgica, con el agujero en la sábana de cirugía circunscribiendo la zona a operar, cubierto el resto del cuerpo, en tanto el pulmón, el hígado o el cerebro son ya una parte aislada y sin relación con el todo. Los detectives, asimismo, disocian a menudo la víctima del

crimen en sí, arrojan una sábana sobre aquélla, por decirlo de alguna manera, a fin de poder concentrarse por completo en la parte específica que requiere toda su atención. Elizabeth Benjamin yacía herida y ensangrentada en el suelo de la cocina, la ambulancia iba a llegar de un momento a otro, y los detectives discutían el quién, el porqué y el por lo tanto, con toda la indiferencia de los cirujanos ante un corazón abierto.

—Me enteré del asesinato de Harrod —explicó Kissman— cuando capté la conversación que mantuvisteis vosotros dos, la chica y tú, hoy. ¿Sabes qué pensé? Pues pensé: «Diantre, nos ha caído más trabajo encima.»

—¿Escuchabas lo que me dijo la muchacha más tarde? — inquirió Hawes, imitando a Kissman y apeándole el tratamiento.

—Por el micro de la alacena. Bueno, su parte de la conversación. Después, oí la rotura de los vidrios, las voces de los tipos al entrar aquí, el alarido de ella… y me apresuré a venir. Estaba apostado en un apartamento de la casa de al lado; pasamos los cables por el tejado, y bajaban por el lado contrario. Me costó cinco minutos llegar aquí. Hallé a la chica tal como está. El o los que entraron ya se habían largado, probablemente por el mismo sitio. Al menos, no encontré a nadie ni bajando ni subiendo por la escalera. Los coches llegaron dos minutos más tarde. ¿Fuiste tú quien los envió?

—Sí —asintió Hawes—. Pensé que…

—Allí está —dijo una voz desde la puerta.

Al volverse, Hawes vio a dos asistentes de ambulancia y, al parecer, un interno de hospital.

Este se inclinó al momento sobre Elizabeth, examinando su rostro magullado y ensangrentado, su desencajada mandíbula, el jersey desgarrado y las señales color púrpura de sus senos al descubierto, para terminar en las piernas obviamente fracturadas. Los sanitarios llevaban unas parihuelas, donde colocaron a la joven con movimientos pausados, suaves. Elizabeth se quejó.

—No es nada, querida —la tranquilizó el interno.

Aparentaba unos veinticinco años de edad, si bien sonaba como el hombre que lleva sesenta practicando la medicina. Uno de los sanitarios le hizo una seña a su compañero y ambos levantaron la camilla a la vez.

—¿Cómo está? —preguntó Kissman.

—No muy bien —replicó el interno—. Si desean saberlo más tarde, soy el doctor Méndez, del Diamondback Hospital.

—¿Cree que podrá hablar? —inquirió Hawes.

—Lo dudo, con la mandíbula rota —observó Méndez—. Llámenme dentro de una hora.

Los sanitarios ya se habían marchado del apartamento. Méndez inclinó la cabeza a guisa de saludo y les siguió.

—La muchacha dijo que vosotros estuvisteis aquí varias veces —indagó Hawes—. ¿Es verdad?

—Verdad como la vida —afirmó Kissman—. Vinimos seis en conjunto.

—Ella dijo cuatro.

—Lo cual demuestra lo cuidadosos que somos —sonrió Kissman—. Todos llevábamos un pequeño juego. Harrod sabía que el apartamento estaba vigilado y nos daba pistas falsas, y nosotros vinimos cuatro veces, haciéndoselo saber, y otras dos sin que se diese cuenta.

—¿Encontrasteis algo?

—Nada. Registramos incluso las cajas de la electricidad, la cisterna del retrete, los colchones, las lámparas…, todo. El único sitio donde podía tener droga escondida era en su trasero.

—¿Y los cajones cerrados del cuarto oscuro?

—¿Qué cajones cerrados?

—Los de los archivadores.

—Esto debe ser algo nuevo.

—¿Cuándo estuvisteis aquí por última vez?

—Hace cosa de un mes.

—Vamos a abrirlos —propuso Hawes.

—Veré si los de abajo tienen alguna palanca —repuso Kissman.

HAWES FUE HACIA la ventana.

Los cristales estaban completamente rotos y el cajón con el geranio permanecía, volcado, la tierra esparcida por el alféizar de la ventana, las flores pisoteadas por el suelo. A menos de un metro de la ventana rota, la sangre de Elizabeth manchaba el linóleo. Hawes

contempló largamente aquellas manchas, tras lo cual se acercó al teléfono y marcó el número del Precinto.

Carella lo cogió a la tercera llamada.

—¿Dónde diablos estás? —exclamó—. Voy un momento al lavabo y mientras tanto desapareces.

—¿No te lo ha contado Dave?

—A Dave le relevaron hace más de una hora. Nadie me ha contado nada —gruñó Carella.

—Alguien irrumpió en el apartamento de Elizabeth y le propinó una paliza soberana —explicó Hawes—. Estaba hablando conmigo por teléfono cuando esos tipos entraron. Vine corriendo hacia aquí. Ya sé quién plantó los micros, Steve. Un tipo llamado Kissman, de Narcóticos.

—Sí, le conozco —asintió Carella—. Alan Kissman, ¿verdad?

—Martin Kissman.

—Martin Kissman, sí.

—¿Sabes que llamó Ollie?

—No.

—Debías estar en el lavabo. El forense le comunicó que a Harrod se lo cargaron varios individuos provistos de toda clase de armas. Era un drogadicto, Steve.

—¿Por eso Kissman vigilaba el apartamento?

—Exacto. Ahora vamos a abrir los cajones del cuarto oscuro, tan pronto como Kissman vuelva con una palanca o algo parecido. ¿Qué pasa por ahí?

—No mucho. Al menos, nada relacionado con esto.

—¿Crees que debemos efectuar nuestra investigación respecto a Worthy y Chase?

—¿Nuestra investigación? ¿Quién más los investiga?

—Ollie Weeks. Creí habértelo dicho.

—Debía estar en el lavabo. ¿Cuáles son tus conclusiones, Cotton?

—Mis conclusiones son que si Harrod tenía señales de inyecciones en ambos brazos, sus jefes debieron darse cuenta, especialmente con las mangas cortas de verano. Sin embargo, todo lo que dijeron fue que Harrod tomaba fotos para ellos. Es posible que Ollie tenga razón. Esa Compañía del Plan de Desarrollo puede ser una tapadera.

—¿Para qué?
—Tal vez para drogas. Kissman piensa que Harrod era un camello.
—Aunque lo fuese, esto no significa que Worthy y Chase lo supiesen.
—Entonces, ¿por qué no me dijeron que era un drogadicto? Acababan de matarlo.
¿A quién o qué estaban protegiendo?
—No lo sé. Bah, deja que Ollie siga con sus investigaciones. Por ahora, no necesitamos más trabajo.
—No me gusta Ollie —rezongó Hawes.
—Tampoco a mí, pero…
—Ollie es un fanático.
—De acuerdo, mas también lo es Andy Parker.
—Sí; de todos modos, nosotros tenemos que trabajar con Parker, ya que está en el Precinto. No tenemos que hacerlo con Ollie.
—Pues es un policía muy competente.
—Bah… —se burló Hawes.
—Lo es. Hay cierta diferencia entre él y Parker.
—No la veo.
—La hay. Es la diferencia entre la cizaña y el diente de león. Parker es lo primero, que no sirve, además de ser feo, para nada en absoluto. Ollie es el diente de león…
—Cierta clase de diente de león —gruñó Hawes.
—Un diente de león —insistió Carella—. Tan feo como la cizaña, salvo que al florecer da unas flores preciosas. Y no olvides que el diente de león sirve para ensaladas.
—Sí, me encantaría poner a Ollie en una ensalada —rió Hawes —. Y ahogarle con aceite y vinagre.
—Deja que se mueva un poco, Cotton. ¿Dijo que estaría en contacto?
—Dijo que iría al Precinto. ¿Sabes qué deseo? Pues que Artie Brown esté presente cuando Ollie empiece a soltar sus ideas sobre el racismo. Artie lo derribará de un par de puñetazos y lo enviará empaquetado a su tío de Alabama.
—¿Por qué ha de venir aquí? —quiso saber Carella.
—Cree que yo iré con Elizabeth. Dile lo que ha ocurrido, ¿quieres? Tal vez así se irá derechito a su casa y clavará alfileres en

su muñeco de Sidney Poitier.

—¿Está muy mal la muchacha?

—Muy mal. Tiene la mandíbula y las piernas rotas.

—¿Por qué ese asalto?

—No lo sé. Ah, ya llega Kissman. Te llamaré más tarde. ¿Te marchas a casa?

—Dentro de poco.

—Será mejor que nos veamos esta noche, Steve. Esto se está complicando bastante.

—De acuerdo —consintió Carella, colgando.

POCAS COSAS HAY QUE no puedan abrirse con una palanca, excepto una lata de anchoas.

Hawes, Kissman y el detective Boyd del 83, utilizaron una especie de andanada al intentar abrir los cajones del cuarto oscuro de Harrod. En lugar de abrir uno y examinar su contenido, los abrieron todos a la vez, seis en total, y se sentaron para registrarlos a placer. Tardaron diez minutos en abrirlos, y casi una hora y diez minutos en revisar su contenido. Como la única luz del cuarto oscuro era la de la bombilla roja, que colgaba sobre la tabla de los archivadores, se llevaron los seis cajones al dormitorio, los volcaron, tras encender la lámpara del techo, se sentaron en medio de aquella especie de zoco, como chiquillos registrando un ático, un día de lluvia, en busca de muebles y vestidos viejos. Fuera, los ruidos de la calle empezaban a disminuir: en Diambondback era la hora de la cena.

Charlie Harrod había sido una persona muy atareada.

Lo mismo que Elizabeth Benjamin.

Parte de las ocupaciones de Harrod tenían que ver con las drogas. Si hubiese alguna duda sobre el informe del forense respecto a la drogadicción del difunto, todas se desvanecieron cuando los detectives registraron el contenido del primer cajón. En una caja de cigarros vacía hallaron una aguja hipodérmica, una cucharita con el fondo ennegrecido y el mango doblado, y media docena de cajas de cerillas.

Escondidas dentro de una linterna, hallaron tres bolsitas de plexiglás con una sustancia blanca que supusieron era heroína. En otra caja de cigarros vacía, del mismo cajón, seguramente como una reserva para las malas temporadas, hallaron un imperdible, un cuentagotas y un tapón de botella tiznado insertado en un pedazo retorcido de alambre de cobre. El tapón era como una cuchara de fabricación doméstica, usada para calentar y disolver la heroína en agua; el imperdible se utilizaba para pinchar la vena; el cuentagotas para inyectar la droga en la sangre; algo muy primitivo, pero eficaz si un drogadicto necesita la droga y se le ha roto la jeringa o le faltan los demás utensilios.

En el mismo cajón encontraron una colección de libros, folletos, y recortes de periódicos y revistas que trataban de las drogas y de su abuso, incluyendo uno perteneciente a la revista mensual de la Policía, revista a la que estaban suscritos la mayoría de los representantes de la ley de la ciudad. Un sobre de papel manila contenía más recortes informando sobre envíos de heroína, detenciones de intermediarios, redadas policíacas contra el tráfico de narcóticos, y lo que parecía ser una página xerocopiada de un texto sobre toxicología, destacando los síntomas del envenenamiento por alcaloides y sus antídotos. En el primer cajón, nada indicaba que Harrod fuese un traficante en drogas. La cantidad de heroína era mínima, la que un adicto tendría normalmente a mano para no verse sin ella. Si bien las leyes de la ciudad establecían que la posesión de más de dos onzas de heroína creaba una cierta presunción sobre el intento de venta, ninguno de los tres detectives pensó que en la linterna hubiese tanta cantidad como para mantener tal alegación.

Los cinco cajones restantes estaban abarrotados de sobres de papel manila, etiquetados y catalogados alfabéticamente. Por la forma en que cada uno estaba etiquetado, podían adivinarse los gustos del difunto Harrod, desde los temas literarios y teatrales, hasta los religiosos, pasando por los mitológicos, históricos, lingüísticos y pedagógicos. Una muestra de las etiquetas pegadas a las solapas de los sobres reveló, por ejemplo, títulos tan diversos como *Blancanieves y los siete enanitos, Lassie, La guerra de Troya, El cuidado de los niños, El vellocino de oro, Tarzán de los monos, Los goces del Yiddish, Historia del Zoo, Aprenda por el sistema Berlitz*

(francés), Guerra y paz, La subida y la caída del Tercer Reich e incluso *La Sagrada Biblia*. Una ojeada al interior de los sobres, no obstante, indicó lo que aquellos títulos significaban en realidad, demostrando, además, que Charlie Harrod había poseído un sentido del humor algo pervertido.

Los sobres contenían fotografías.

Algunas eran obviamente recientes, tomadas por el mismo Charlie, en el apartamento, principalmente en el dormitorio, aunque también en el salón, en la cocina y (en una serie muy notable) en la escalera de incendios. Algunas eran ampliaciones de fotografías tomadas varios años atrás, pues los vestidos identificaban la época, mientras que las marcas descoloridas, el papel y otros detalles indicaban distintas cámaras que de la de Harrod.

Todas las fotografías eran pornográficas.

Retrataban todos los actos sexuales concebibles, efectuados e imaginados tanto por los seres humanos como por animales de diferente color, edad, nacionalidad; o persuasión en dúos, tríos, cuartetos, quintetos, sextetos (naturalmente), muchedumbres, multitudes, tribus o (según parecía en una fotografía) naciones enteras…, representadas con o sin restricciones, así como con aparatos mecánicos, instrumentos, maquinarias, potros de tortura, o con disfrute de la clerecía. Como todas las fotografías tenían etiquetas con precio, era razonable suponer que Charlie fue algo más que un coleccionista casual. En realidad, cabía suponer que los costosos trajes y el automóvil de Charlie eran residuos directos de su profesión. Una parte importante de ella (negocio, si se prefiere) era la venta de tales fotografías. Elizabeth no mintió al negar que fuese una prostituta. Elizabeth Benjamin era modelo fotográfica. Al menos dos tercios de las fotos de la colección de Charlie presentaban a la joven interpretando distintos papeles. Su repertorio, al parecer, era ilimitado, sus posturas conscientes y desvergonzadas, evidenciaban su alta calidad estelar.

De esta manera, la hora de cenar pasó gustosamente, y llegó el crepúsculo sobre la ciudad mientras Kissman, Boyd y Hawes pasaban un tranquilo interludio mirando fotografías obscenas, sabiendo cada uno de ellos lo que sería llegar a ser miembro de una junta de censura que, impulsada a leer toda clase de libros

perversos en servicio de la comunidad, ha de decidir finalmente cuáles son demasiado indignos de figurar en las estanterías de las bibliotecas públicas.

Fue una experiencia purificadora.

STEVE CARELLA EMPEZABA a sentirse una especie de contable.

Eran las ocho menos veinte, y Ollie Weeks había llegado al Precinto casi dos horas antes, con un poco más de información respecto a la empresa denominada Plan de Desarrollo Diamondback, Inc., dirigida por dos caballeros llamados Robinson Worthy y Alfred Allen Chase. Aparentemente, Ollie había llevado a cabo un escrupuloso trabajo indagatorio desde que dejara a Worthy y a Chase con la promesa de estudiar las operaciones de la firma, y poder decirle a Hawes, cuando le telefoneara: «He averiguado varias cosas respecto a nuestros amigos Worthy y Chase», como un exquisito bocado de pastel, si es que existe uno. Lo cierto era que Ollie había llevado a cabo una buena labor en las pocas horas que faltaban para el cierre de las oficinas, como una prueba positiva de que los hombres gruesos tienen los pies ligeros y además son buenos bailarines.

Naturalmente, lo había hecho todo de acuerdo con sus propias reglas, reglas que afirmaban que algunas cosas pueden ser eficaces durante el curso de una investigación por supuesto fraude. Ollie se había aferrado a su código, y estaba ansioso por demostrarle a Hawes (o a Carella, en su calidad de sustituto), que no se había apresurado al juzgar a los individuos que dirigían el Plan de Desarrollo. Conocía a Carella de un caso en el que habían colaborado cinco años atrás, en cuya época Carella le había reprochado su peculiar idiosincrasia al referirse a una portorriqueña de ochenta y seis años de edad, abuela de doce niños, y madre orgullosa de un hijo que se presentaba a las elecciones para concejal, como «esa decrépita y vieja bruja». Ollie se enfadó ante el reproche de Carella, por lo que a partir de aquel momento sus relaciones se pusieron bastante tirantes. Por eso, ninguno de los dos intercambiaron cortesías ni banalidades al hablar del asunto.

Carella tenía un homicidio entre manos, Ollie tenía otro, y los dos parecían relacionados entre sí, lo cual les proporcionaba a ambos detectives algo en común.

—Esto es lo que averigüé respecto a esos dos zorros —declaró Ollie—. Lo primero que hice fue ir a Cartwright y Fields, la agencia de informes del centro, donde hablé con una tal Clara Tresore, del Departamento de Información. Quería que bajara al cuarto piso para enseñar mis credenciales, pero repliqué que eran casi las tres de la tarde y no tenía tiempo de bajar a ninguna parte. Se quejó, refunfuñó, aunque finalmente me rogó que volviese media hora más tarde, prometiendo darme la información solicitada. Bien, resulta que el Plan de Desarrollo de Diamondback se fundó en septiembre del año pasado, siendo los tres representantes de la corporación Robinson Worthy como presidente, Alfred Allan Chase como vicepresidente, y un tipo llamado Oscar Hemmings en calidad de tesorero. Por aquel tiempo, la corporación contaba con cinco mil novecientos setenta y cinco dólares como capital, repartidos entre los tres jefazos. La principal actividad de la firma era «la compra y remodelación de inmuebles en el distrito de la ciudad conocido como Diamondback». Suena muy legal.

—Sí —murmuró Carella.

Estaba pensando en Roger Grimm y su negocio de importación, así como en las empresas de Hamburgo y Bremerhaven. Inmediatamente, las desterró de su mente. Incluso había tenido dificultades en las matemáticas de la correspondencia de Grimm, por lo que suponía que no había nacido para ostentar una posición de ejecutivo en un cártel internacional. Ignoraba que Hawes no tardaría en brindarle informes respecto a otro negocio, la colección pornográfica de Charlie Harrod. De saberlo, le habría estallado el cerebro.

—¿Estás conmigo? —preguntó Ollie.

—Estoy contigo —concedió Carella, no muy seguro de que así fuera.

—Bueno, efectúe comprobaciones en el Departamento de Negocios Productivos, en el Departamento de Créditos de Isola y en el Departamento de Créditos de Diamondback. Me enteré de que esos individuos gozan de buen crédito, sin quejas de nadie, con las facturas pagadas a tiempo, etcétera. Sí, sigue pareciendo

completamente legal.

—¿Cuándo empieza a no parecerlo? —se interesó Carella.

—Aguarda un instante, ¿quieres? —pidió Ollie. Consultó sus notas, que estaban garabateadas en el dorso de varios formularios de la División de Detectives, y luego levantó la vista—. Veamos, esos tipos se dedican al negocio de comprar edificios y remodelarlos, ¿verdad? Por tanto, llamé a Archivos de Traspasos de Tierras, y averigüé que han adquirido nueve casas abandonadas en Diambondback desde que fundaron la empresa. Han obtenido dichas casas directamente de sus propietarios, pagando menos de lo que les habrían costado en una subasta. ¿Quieres saber los precios?

—Sí, ¿por qué no?

—Los precios son importantes —continuó Ollie—. Por ejemplo, pagaron seis mil trescientos pavos por una casa de tres pisos en el lado sur de la Thorp Avenue; dos mil setecientos por una fachada de dos pisos en el Kosinsky Boulevard; tres mil ochocientos por otra fachada de piedra caliza, de tres pisos, en la esquina de Hull y Twenty-fifth, y todo así. El coste total de los nueve edificios fue de cuarenta y ocho mil setecientos cincuenta dólares. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido —afirmó Carella, no muy convencido de que así fuese.

—Acto seguido llamé a Archivos de Licencias de Inmuebles, y me enteré de que esa empresa de Worthy y compañía, a pesar de poseer ya nueve edificios en propiedad y una firma de arquitectos que trazan planos para ellos, sólo han remodelado un inmueble en todo ese tiempo…, una casa de la Sebastian Avenue. Los arquitectos pertenecen a la empresa Diseños Asociados, de Ainsley. Llamé y me dijeron que el precio de los planos era de cincuenta mil machacantes.

—¿Cómo supiste quiénes son los arquitectos?

—Llamé a Worthy y Chase, y ellos me lo dijeron, ¿qué crees? Esos dos imbéciles están ansiosos por establecer su legalidad; me dieron el nombre de los arquitectos y el de su Banco…, lo cual fue su primer error.

—¿De qué Banco se trata?

—Banca Primera, en la Culver Avenue, a tres manzanas de su oficina. Llamé allí hacia las cuatro. Ya sabes que cierran a las tres,

aunque están dentro hasta las cinco, y a veces hasta las seis. Hablé con el gerente, un tal Fred Epstein, quien me dijo que el Plan de Desarrollo tenía allí una cuenta corriente y una caja de seguridad. Le pregunté si podía echar un vistazo a la caja, respondió que sin mandamiento era imposible. Ah, hoy día necesitas un mandamiento para tomar café. Bien, conseguí que un juez municipal me firmara la orden, llegué al Banco hacia las cinco y registré la caja…, ¿lo adivinas?

—¿Qué?

—En la caja había casi ochocientos mil dólares en billetes. Opino que es una bonita suma para tres pelados que empezaron con cinco mil novecientos setenta y cinco, ¿verdad?

—Sí, opino lo mismo.

—Y que, no lo olvides, gastaron ya casi cien mil en comprar edificios y en pagar a los arquitectos que les tracen los planos de remodelación. Para no hablar de lo que les debe costar la remodelación misma. ¿De dónde han sacado tanto dinero, Carella?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—¿Le has contado todo eso a Hawes?

—Lo sabía cuando le llamé, pero había otra cosa que deseaba comprobar.

—¿Qué es?

—Respecto al tercer socio del Plan de Desarrollo, Oscar Hemmings, el tesorero.

—Sí. Vive en ese edificio remodelado de la Sebastian Avenue. Mañana daré una vuelta por allí. Miré en Archivos y no tiene ficha. Ni tampoco Worthy, ésta es la verdad. Chase es otra historia. Tuvo un fallo hace cinco años, por robo en segundo grado, siendo condenado a diez temporadas en Castleview, si bien salió en libertad condicional a los tres años y medio.

—¿Cuándo fue esto?

—¿Cuándo lo soltaron? En noviembre hará dos años.

—¿Tiene el FBI algo en contra de alguno de ellos?

—Lo pregunté —indicó Ollie—, y pronto tendré la respuesta.

—Has estado muy ocupado, Ollie —alabóle Carella.

No le gustaba Ollie, sin embargo no intentó ocultar su admiración por lo que el detective del 83 había ejecutado en tan

poco tiempo. Esto era lo que intentó explicarle poco antes a Hawes. El gordo Ollie Weeks era un tipo terrible, mas en muchos aspectos era un excelente policía. Dejando aparte sus instintos investigadores y su apego a los hechos, era imposible dejar de reconocer sus méritos. Sin embargo, trabajar con él era irritante. ¿Y qué podía hacer uno? En conciencia, ¿qué podía hacer uno? Tratarle como una computadora informativa, o sea deshumanizándole y cometiendo la misma ofensa con la que él tanto ofendía. Ollie Weeks era un problema. Además, Carella sospechaba que era un problema sin solución. Ollie era lo que era. Resultaba imposible cogerle aparte y explicarle sosegadamente los factores de la vida, diciéndole: «Oh, Ollie, muchacho, no son agradables las cosas que dices. Algunas personas pueden encontrarlas ofensivas.» ¿Cómo explicarle a un cocodrilo que no es bonito comer animales? «Está en mi naturaleza», contestaría. «Por eso Dios me dio unos dientes tan agudos.» Y sólo Dios sabía por qué le había otorgado a Ollie unos dientes tan agudos, a menos de saltárselos de la boca. Carella, entonces, no habría sabido qué hacer con ellos.

—Tienes razón, he estado muy ocupado —sonrió Ollie, añadiendo la modestia a sus demás virtudes.

OYERON VOCES EN EL PASILLO y ambos se volvieron hacia la valla divisoria. Hawes se acercaba a la sala, seguido por Kissman, quien llevaba un magnetófono. Kissman estaba más viejo de lo que recordaba Carella.

De pronto pensó que él también le parecería más viejo a Kissman.

—Hola, Alan —le saludó.

—Martin —le rectificó Kissman.

—Claro, Martin —asintió Carella, sonriendo.

Estaba agotado, con el cerebro lleno de cifras y números. Dinero, dinero, dinero; en el crimen siempre se trata de dinero.

—Este es Ollie Weeks del 83. Martin Kissman, de Narcóticos.

Se estrecharon las manos brevemente, contemplándose uno al otro como agentes de publicidad al preguntarse si estarían

trabajando en la misma línea.

—¿Dónde está la chica? —inquirió Ollie, dándose cuenta de que Hawes había ido en su busca y en cambio volvía con un policía de Narcóticos.

—En el Diamondback Hospital —respondió Hawes.

—Con dos piernas rotas, algunas costillas rajadas y la mandíbula fracturada —añadió Kissman.

—¿Por qué no me llamaste? —exclamó Ollie, ofendido, mirando a Hawes.

—La cosa ocurrió demasiado deprisa —se disculpó Hawes—. Pero Kissman tiene una cinta grabada de lo que pasó en el apartamento…

—¿Una cinta? —Ollie se hallaba confuso. Parpadeó y, sacando un pañuelo, se secó la frente—. ¡No entiendo una palabra!

Y era cierto.

Hawes lo contó todo mientras Kissman preparaba el magnetófono. Después, los cuatro tomaron asiento en torno a la mesa, en tanto Kissman apretaba un botón del aparato. La cinta empezaba con una secuencia grabada anteriormente aquel mismo día:

«Ya las han registrado. Cuatro veces. Esos cochinos entran y salen de este apartamento como de una estación del metro.»

—¿Quién es? —murmuró Ollie.

—La chica —repuso Hawes.

«¿Ha estado ya aquí la Policía?»

«No, estando nosotros en casa.»

«Entonces, ¿cómo sabes que estuvieron aquí?»

—¿Quién es él? —volvió a susurrar Ollie.

—Yo —dijo Hawes.

—¿Tú?

Ollie estaba cada vez más confuso.

«Charlie dispuso varias trampas. Ah, esos cerdos no son muy inteligentes, la verdad. Charlie encontró los micros…»

—¿No puedes pasar la cinta adelante? —le preguntó Hawes a Kissman.

«… diez minutos después de que los plantaran.»

Kissman detuvo la cinta, presionó el botón ADELANTE, contemplando el contador de longitud, luego apretó el botón de

PARO, para volver a pulsar el primero. La grabación estaba ya muy cercana del punto interesante.

«¡… venga al momento!… En el apartamento. Me quedé, tal como usted me ordenó. Ahora vienen a por mí… Los que mataron a Charlie. Están en la escalera de incendios. Entrarán tan pronto como reúnan el valor suficiente.»

Hubo un ruido de vidrios rotos y al menos tres o cuatro voces gritando a la vez:

«¡Suelta el teléfono!»

«¡Sujétala…, vigílala!»

«¡Ella…!»

«¡Ya la tengo!»

Elizabeth gritó. Se oyó un chasquido en la cinta, probablemente el ruido del teléfono al ser devuelto a su soporte, los sonidos de una lucha, tal vez el vuelco de una silla, y unos pies que se movían en rápida confusión por el suelo de linóleo. Desde la valla divisoria, Meyer Meyer, que llevaba una bandeja con una cafetera y un pedazo de queso danés, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Calla! —le ordenó Hawes.

Elizabeth estaba sollozando en la cinta. Se oían unos sonidos como de algo golpeando con fuerza carne humana.

«¡Oh, no, por favor!»

«¡Calla, zorra!»

«¡Sujétala, cógele las piernas!»

«¡Por favor, por favor!»

La muchacha volvió a gritar, un grito prolongado que puso en tensión los nervios del cuello de los experimentados detectives, que en el horror de su profesión casi lo habían visto y oído todo. Se oyeron más golpes, casi como en una perfecta cadencia, como una paliza metódicamente administrada a una joven ya inconsciente.

«Vámonos, ya es bastante.»

«¡Sujétala, suéltala, vas a matarla!»

«¡Vámonos, vámonos!»

«¡Larguémonos ya de aquí, chico!»

Acto segundo, se oyó el ruido de unos pies corriendo, el tintineo de cristal, debido probablemente a nuevos pedazos de vidrio rotos al pasar ellos otra vez por la ventana. El sensible micrófono había

registrado un gemido procedente del suelo de la cocina… y después un silencio absoluto.

Kissman paró el aparato.

—¿Cuántos eran? —preguntó Hawes.

—Cuatro o cinco —calculó Ollie—. Es difícil decirlo.

—Hay algo que no entiendo —intervino Carella, frunciendo el ceño—. ¿Quieres volver a pasar la cinta, Martin?

—¿Por dónde?

—Por donde uno dice algo de matarla.

Kissman hizo retroceder la cinta y luego la puso en marcha.

«¡Oh, no, por favor!»

«¡Calla, zorra!»

«¡Sujétala, cógele las piernas!»

«¡Por favor, por favor!»

De nuevo el aterrado alarido de la chica, de nuevo los detectives sentados, sin habla, como los niños que temen a los monstruos por la noche. Escucharon otra vez la paliza y aguardaron las siguientes voces de la cinta.

«Vámonos, ya es bastante.»

«¡Sujétala, suéltala, vas a matarla!»

«¡Vámonos, vámonos!»

—Corta aquí —pidió Carella. Kissman detuvo el magnetófono—. No entiendo esas órdenes.

—¿Qué ordenes?

—Uno de ellos dice que la sujeten y al mismo tiempo que la suelten —explicó Carella—. Lo cual no tiene sentido.

—Eso lo gritan durante casi toda la grabación —asintió Kissman.

—¿A qué te refieres?

—A sujétala. Uno les dice constantemente a los otros la palabra «sujétala».

—Hay mucho alboroto en la cinta —opinó Ollie—. Quizá lo hayamos oído mal.

—Uno dice sujétala y suéltala al mismo tiempo —repitió Carella —. No, esto no tiene sentido.

—Exacto. Y creo —era Hawes quien hablaba dirigiéndose a Ollie Weeks— que todo es fuerte y claro. Sí, un tipo grita «Sujétala», esto está fuera de duda.

—¿Crees que eran jóvenes? —quiso saber Kissman.

—Algunos, al menos.

—Seguro que eran negros —observó Ollie.

Hawes arrugó el ceño al oírle, mas el otro no se dio cuenta.

—Vuelve a repetir esa parte, ¿quieres? —solicitó Carella una vez más—. Desde lo de matarla.

Kissman localizó el pedazo de cinta y la hizo pasar por el mismo sitio varias veces, escuchándola todos atentamente, buscando el significado de aquella contradicción: sujétala, suéltala, vas a matarla…, sujétala, suéltala, vas a matarla… sujétala, suéltala, vas a matarla… sujétala… sujétala… sujétala… sujétala…

—¡Es su nombre! —exclamó de repente Hawes, saltando de su silla.

—¿Qué? —gritó Ollie.

—¡Holder! ¡Jamie Holder!

TRES DE ELLOS PENETRARON juntos en el club: Ollie Weeks, porque oficialmente estaba a cargo del homicidio de Harrod; Carella y Hawes porque oficialmente investigaban el homicidio de Reardon. Además, no hace ningún daño contar con bastante fuerza humana cuando hay que enfrentarse con un número indeterminado de delincuentes…, o algo peor.

El club se hallaba en el sótano de un edificio de la North Twenty-seventh Street. No tuvieron dificultad en localizarlo porque los policías del 83 llevaban un archivo, siempre al día, referente a todas las bandas callejeras del distrito, y una llamada de Ollie a su Precinto inmediatamente le enteró de cuál era el cuartel general de «Los Cráneos Antiguos». En el corredor al que daba la puerta del club, aplicaron el oído a la misma, oyendo una música semisalvaje y varias voces, masculinas y femeninas. No llamaron ni se molestaron en otros formulismos. Tenían que tratar con sujetos que tal vez acababan de cometer un asesinato y un asalto. El gordo Ollie propinó una patada a la puerta, mientras Carella y Hawes se colocaban detrás suyo, empuñando las pistolas.

Dos jóvenes, situados junto a un tocadiscos, se volvieron hacia la puerta al oír el ruido. Un chico y una chica, que estaban besándose

en un sofá, se pusieron rápidamente de pie al entrar los detectives. Otras dos parejas bailaban, cada una en un rincón del salón. Todos miraron instantáneamente a los intrusos, dejando de bailar, aunque sin separarse. Había una puerta en la pared opuesta a la de entrada. Ollie corrió hacia ella y la abrió de un puntapié. En una cama había un muchacho y una chica desnudos.

—¡Arriba! —tronó Ollie—. ¡Y tapaos!

—¿Qué es esto? —inquirió uno de los jóvenes que estaban al lado del tocadiscos.

Hawes reconoció en él al barbudo del salón de billar, llamado Avery Evans.

—¡Una redada! —anunció Carella—. ¡A callar!

—¿Dónde está Jamie Holder? —preguntó Hawes.

—En el otro cuarto.

—¡De prisita, Romeo! —gritó Ollie—. Aquí fuera hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿Qué he hecho yo? —se amoscó Holder, en la otra habitación.

—Yo soy el presidente —exclamó Avery, apartándose del tocadiscos—. Me gustaría saber qué ocurre, si no es molestia.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Carella.

—Avery Evans.

—Encantado de conocerte —se mofó Ollie—. ¡Tú, contra la pared! Esto no es una reunión de sociedad del viernes por la noche. ¡Parad el tocadiscos!

—Supongo que traerán un mandamiento judicial —pidió Avery.

—Sí, aquí está —contestó Ollie, moviendo su pistola del 38—. ¿Quieres leerlo?

—No lo entiendo —se quejó Avery—. «Los Cráneos Antiguos» siempre hemos colaborado con la Policía. ¿Les importaría decirme…?

—Te lo diremos en la comisaría —le cortó Ollie—. ¡Vamos, chicas, vosotras también! —avanzó hacia la otra estancia, gesticulando con la pistola—. ¡Qué no te vistes para el baile del gobernador, Holder! ¡De prisa o te ayudaré!

La muchacha que había estado en la cama con Holder estaba ya vestida. Salió a la sala general abrochándose la blusa. Apenas tendría dieciséis años, una jovencita de ojos inocentes, cara bonita y tez sin mácula.

—Supongo que se dan cuenta —gruñó Avery, avanzando hacia Carella— que «Los Cráneos Antiguos» somos el único club del distrito que…

—Nos lo contarás más tarde —le atajó Carella.

—¿Quieren decirnos por qué nos llevan al Precinto? —se indignó Avery—. ¿Ha habido algún follón con algún otro club?

—No.

Jamie Holder entró en la sala. Era tan alto como recordaba Hawes, con manos y muñecas poderosas.

—¿Qué sucede, amigos? —preguntó.

—Están cometiendo un error, Holder —explicó Avery.

—Oh, seguro…

«LOS CRÁNEOS ANTIGUOS» tan viejos como proclamaba su nombre, puesto que sus miembros tenían de dieciocho a veintiséis años, lo que significaba que no eran delincuentes juveniles, por lo que podían ser interrogados en una comisaría. Naturalmente, nadie había determinado a los policías de la ciudad dónde era preciso interrogar a los delincuentes juveniles. Usualmente, los conducían a una parte del edificio lejos de los otros tipos sórdidos, criminales empedernidos, y de esta forma se apoyaba al reglamento. Los caminos de la ley son extraños. «Los Cráneos Antiguos» tenían derecho a escuchar sus derechos, pudiendo guardar silencio si querían, y tener acceso a consejo legal tanto si decidían contestar como al revés. El Miranda-Escobedo, la decisión del Tribunal Supremo que concedió todos esos derechos, no era el lastre que creían algunos policías. En realidad, una encuesta efectuada entre los representantes de la ley en todo el país demostró que se habían obtenido tantas confesiones desde la aplicación del Miranda-Escobedo como antes, sin el uso del cuartucho trasero ni las técnicas del tercer grado.

Avery Evans, el presidente de «Los Cráneos Antiguos», era el miembro de más edad, entre veintiséis y veintisiete años. También el más inteligente, y presumiblemente el más duro. Afirmó que la Policía cometía un error, aunque añadió que respondería libremente

a cuantas preguntas quisieran formularle. No tenía nada que ocultar. «Los Cráneos Antiguos» siempre colaboraban con la Policía, por lo que no dejarían de hacerlo ahora. Aconsejaría a los demás miembros de la banda, al menos a los presentes, puesto que calculó que al menos ciento doce residían en Isola y cincuenta y pico en Riverhead, que también contestasen a los interrogatorios policiales. Avery Evans era frío, listo, duro, supremamente confiado en sí mismo, y jefe de una organización noble y orgullosa. No sabía, claro está, que la Policía poseía una cinta con la grabación de lo que él y sus nobles y orgullosos seguidores le habían hecho a Elizabeth Benjamin.

—TODAVÍA NO ME HAN DICHO de qué se trata, amigos —gruñó.

Estaba sentado en la Sala de Interrogatorios de la Comisaría 83, a una mesa larga, situada frente a un espejo de un solo sentido, al que a veces llamaban de dos sentidos, puesto que los caminos de la ley eran cada vez más sorprendentes. El interrogado miraba al espejo, reflejándose en él, por lo que era llamado espejo de un solo sentido. Mas otros policías lo llamaban espejo de doble sentido porque podían divisar a su través a la persona que allí se reflejaba, sin ser ellos vistos.

No hubiera sido razonable esperar que unos policías, que jamás se ponían de acuerdo en la interpretación del Miranda-Escobedo al cabo de tantos años, lo estuvieran en si un espejo ha de llamarse de una manera o de otra. Lo importante era que todo sospechoso que miraba al espejo, colgado visiblemente en la pared de la Sala de Interrogatorios, sabía que estaba contemplando un espejo con truco y (nueve veces de cada diez), que a su través lo fotografiaban desde la habitación contigua.

Esto es exactamente lo que le sucedía ahora a Avery Evans, y éste lo sabía. Claro está, él no tenía nada que ocultar. Se hallaba convencido de que la Policía no tenía nada en su contra. Por consiguiente, no le importaba que lo retratasen a través del falso espejo; no le importaba que realizasen todos esas necedades. Dentro de media hora estaría bailando otra vez en su club.

Ollie, que llevaba a cabo el interrogatorio, puesto que aquél era su corral, si así puede decirse de una comisaría, pese a que, en vetustez, se diferenciaba muy poco de la 87, estableció inmediatamente:

—Antes de empezar, deseo estar seguro de que entiendes tus derechos tal como te los hemos explicado, y que estás dispuesto a responder a las preguntas sin que esté presente un abogado. ¿Está claro?

—Oh, seguro, seguro —se apresuró a manifestar Avery—. No tengo nada que ocultar, amigo.

—Estupendo. ¿Quieres decirme tu nombre completo?

—Avery Moses Evans.

—¿Dónde vives, Ave?

—En Ainsley Avenue, 1194, apartamento 32.

—¿Vives solo?

—Con mi madre.

—¿Cómo se llama?

—Eloise Evans.

—¿Vive tu padre?

—Están separados.

—¿Dónde naciste, Ave?

—Aquí, en esta ciudad.

—¿Qué edad tienes?

—Cumpliré los veintisiete dos días antes de Navidad.

—¿Dónde trabajas?

—Por el momento, estoy en paro.

—¿Eres miembro de la banda llamada «Los Cráneos Antiguos»?

—Es un club —rectificó Avery.

—Sí, claro. ¿Eres miembro?

—Soy el presidente.

—¿Es miembro Jamie Holder?

—Jamie Holder es uno de los miembros. Buen chico.

—¿Dónde estabais Jamie Holder y tú esta tarde entre las cinco y las cinco y media?

—No me acuerdo exactamente.

—Intenta acordarte exactamente —le aconsejó Ollie.

—Por ahí…

—Por ahí…, ¿dónde?

—Probablemente jugando al billar.

—¿En dónde?

—En los Billares As. En Kruger Street.

—¿Alguien os vio allí a ti y a Jamie?

—Muchos chicos de «Los Cráneos Antiguos» estaban en los billares.

—¿Y aparte de los miembros de la banda?

—Es un club.

—¿Alguien aparte de ellos?

—No lo sé… No tengo costumbre de fijarme quién hay en los sitios que frecuento.

—¿Conoces a un individuo llamado Charlie Harrod? —preguntó Ollie, tocándose la nariz con el pulgar y el índice.

ERA LA SEÑAL PARA un ataque de flanco. Ollie debía continuar el interrogatorio, en un ataque frontal, mientras Carella y Hawes se aproximarían al sospechoso, uno por cada lado.

—Nunca oí ese nombre —repuso Avery.

—¿Y Elizabeth Benjamin? ¿Tampoco la conoces?

—Tampoco.

—Harrod era un drogadicto —terció Carella.

—¿Sí? —se extrañó Avery, sonriendo—. Observo que lo ha dicho en pasado. ¿Lo liquidó el hábito?

—Sí, lo liquidó —asintió Hawes.

—Le estuvo bien empleado. En nuestro club no hay drogadictos. Creo que ustedes ya lo saben. Pregunte a los policías del distrito, les dirán que «Los Cráneos» estamos limpios de esta culpa… y de todas.

—Oh, sí, lo sabemos —se burló Ollie.

—Es la realidad, amigo.

—¿O sea, que nunca oíste hablar de Harrod?

—Nunca. Únicamente sé que lo liquidó el hábito, por lo cual me siento orgulloso de ello. Hay demasiados drogadictos en nuestro distrito. Esa es una cosa que habla muy alto en favor de «Los Cráneos»: hacemos todo lo posible para que nuestro distrito sea un sitio decente donde poder vivir.

—Oh, ¿no es eso lo que queremos todos? —exclamó Ollie, en su perfecta imitación de W. C. Fields—. ¿No es eso lo que queremos todos?

—Y otra cosa —continuó Avery—. Son «Los Cráneos», solamente «Los Cráneos», los que siempre tercian con los otros clubs para mantener la paz en el barrio. Si no fuese por nosotros, los policías estarían abrumados de trabajo. Habría escaramuzas y pendencias a cada momento. Pienso que al menos nos deben un poco de gratitud por esto.

—Oh, naturalmente —exclamó Ollie.

Ninguno de los tres detectives se molestó en replicar que si no hubiese bandas callejeras no habría escaramuzas ni pendencias, de manera que las bandas no necesitarían intervenir para negociar la paz. Los tres policías que interrogaban a Avery sabían que las bandas de hoy día son mucho más peligrosas que las de veinte años atrás, a causa, principalmente, de que las actuales están provistas de una ideología. Ideología que justifica cualquier alboroto. Si uno hace algo porque ello ayuda al distrito, puede hacer tanto mal como quiera. Además, lo puede hacer con orgullo.

—¿Dónde estabas esta mañana poco antes de las doce? —inquirió Hawes.

—¿Esperan ustedes que una persona tenga siempre que saber dónde estaba a una hora dada? —objetó Avery.

—No tienes por qué responder si no quieres —le recordó Hawes.

—No tengo nada que ocultar. Probablemente estaba en el club.

—¿Te vio alguien allí?

—Oh, claro, varios miembros…

—Aparte de los miembros de la banda.

—El club es exclusivo para los miembros.

—Al decir club, ¿te refieres al sótano donde estabais esta noche? —interrogó de nuevo Ollie.

—Sí, aquello es el club.

Los tres detectives estaban ya más cerca del muchacho, formando en torno a su silla un círculo claustrofóbico. Ahora empezaron a interrogarle con más rapidez, disparando las preguntas una detrás de otra, por turnos, aunque dirigiendo finalmente todas las cuestiones a Ollie, que aún permanecía directamente delante del sospechoso.

—¿Tenéis algún anexo al club? —preguntó Ollie.

—No.

—¿Dónde guardáis el arsenal? —era Carella quien hizo la pregunta.

—No tenemos arsenal, amigo. Nuestro club está en favor de la paz.

—¿Nada de pistolas?

—¿Ni cuchillos?

—¿Ni bates de béisbol?

—Nada de eso, en absoluto.

—¿No guardáis un montón de armas en ninguna parte?

—No.

—¿En algún lugar que no sea el club?

—No.

—¿Nada de cuchillos?

—No.

—A Charlie Harrod lo apuñalaron hoy.

—No le conocía.

—También lo molieron a golpes.

—No lo conocía, repito.

—¿Estás familiarizado con la zona de Kruger Street?

—Un poco.

—Dijiste que juegas al billar en los Billares As.

—Exacto. Voy de vez en cuando.

—Charlie Harrod vivía en la casa de al lado.

—¿De veras?

—En el 1512 de Kruger, apartamento 6 A.

—¿Qué pasa con esto?

—¿Nunca estuviste en ese apartamento?

—Nunca.

—¿Nunca viste a Elizabeth Benjamin por el distrito?

—Nunca.

—¿Sabías que Charlie Harrod era drogadicto?

—No sabía lo que era. No le conocía.

—¿Nunca has pegado a un drogadicto?

—Nunca.

—¡Esto es mentira! —rugió Ollie—. Hace seis meses vosotros, gamberros, estuvisteis aquí por apalear a un intermediario llamado

Shoemouth Kendricks.

—Era un intermediario, amigo, No un drogadicto. Los drogadictos son unos enfermos. Los intermediarios son quienes los ponen enfermos —razonó Avery. Hizo una pausa—. ¿Cómo lo sabe? No fue usted quien se ocupó del caso.

Ollie alargó la mano para coger una carpeta de la mesa, y la arrojó a las rodillas del joven.

—Este es el archivo que tenemos de vuestro pequeño club, señor presidente. Cada día va en aumento. Os conocemos a todos, gamberros, y sabemos que apestáis.

—Oh, yo no diría exactamente esto, señor Weeks —sonrió Avery, devolviéndole la carpeta.

—Sabemos, por ejemplo —continuó Ollie, con severidad—, que tenéis un arsenal en el apartamento de una tal Melissa Beam, en el 211 de la North Twenty-Third, consistente en catorce pistolas, dos docenas de granadas de mano, seis bayonetas de la segunda guerra mundial con sus fundas, así como diversas navajas, bates de béisbol, cadenas e incluso mangos de escoba aserrados.

—Esto es mentira, amigo —se indignó Avery, con cierto desdén —. ¿Quién les ha contado esa trola?

—Un miembro de otro club llamado «Los Salvajes Reales».

—¿Esos imbéciles? —exclamó Avery despreciativamente—. No sabrían distinguir un arsenal del agujero de sus culos. Además si piensan que allí tenemos un arsenal, ¿por qué no nos han molestado antes?

—Porque la última vez que estuviste aquí, señor presidente, hiciste toda clase de promesas de respetar la ley a un detective llamado Thomas Boyd, y a cambio, él prometió no molestarte, ni a ti ni a tu club.

—Es verdad que respetamos la ley —afirmó Avery—. Mantenemos la paz.

—En este instante —observó Ollie tranquilamente— el detective está en la Nord Twenty-Third, irrumpiendo en ese apartamento. Espero que no halle ningún arma que os pertenezca, ni a ti ni a tu banda. Como, por ejemplo, el cuchillo con que mataron a Charlie Harrod.

—Oh, no, no lo hallarán, no tema —aseguró Avery, aunque ya no parecía tan seguro de sí mismo.

Se aclaró la garganta.

—¿Cómo llamáis a Jamie Holder? —preguntó Carella.

—Yo le llamo Holder.

—¿Siempre por el apellido?

—Siempre.

—¿Por qué?

—Porque Jamie es de mariquita. A él le gusta que le llamen Holder. Es un apellido poderoso. Holder es un chico fuerte, orgulloso. Sí, Holder le sienta bien.

—¿Has oído hablar alguna vez de voces grabadas? —inquirió Hawes.

—No.

—Son como las huellas dactilares —añadió Carella.

—Pueden compararse. Pueden efectuarse identificaciones positivas de las voces.

—Esto no me interesa —Avery se encogió de hombros.

—Tenemos tu voz en una cinta —explicó Ollie.

—¿Están grabando esto? —se sobresaltó Avery, mirando a su alrededor en busca de un magnetófono escondido—. ¡No les di permiso para hacerlo!

—No, no grabamos esto —sonrió Ollie.

—Pero tenemos una cinta —sonrió también Carella.

—Tú y Holder sois los protagonistas de la misma —concluyó Hawes, sonriendo a su vez.

—¿Quieres escucharla, Avery?

—Sí, ¿por qué no? —repuso el joven, cruzando los brazos.

OLLIE SALIÓ DE LA SALA inmediatamente. El magnetófono estaba en la sala general de la comisaría, de manera que podía haberlo cogido al instante; sin embargo, se demoró unos cinco minutos antes de volver adonde Avery se hallaba sentado, con los brazos cruzados, en su silla de recto respaldo. Ni Carella ni Hawes habían abierto la boca durante la ausencia de Ollie. Este colocó sobre la mesa el aparato, miró con simpatía a Avery, como diciendo: «Amigo, estás en un buen lío», y apretó el botón de arranque. Casualmente, los

detectives volvieron a situarse alrededor de Avery, contemplándole mientras escuchaba la grabación.

«¿Hawes? ¡Venga al momento!… En el apartamento. Me quedé tal como usted me ordenó. Ahora vienen a por mí… Los que mataron a Charlie. Están en la escalera de incendios. Entrarán tan pronto como reúnan el valor suficiente.»

Avery parpadeó al oír el ruido de los vidrios rotos. Siempre con los brazos cruzados sobre el pecho, se inclinó ligeramente cuando oyó las siguientes voces:

«¡Suelta el teléfono!»

«¡Holder, vigílala!»

«¡Ella…!»

«¡Ya la tengo!»

Elizabeth chilló y Avery empezó a sudar. Las gotas surgían de su frente, resbalando por las sienes y las mejillas, especialmente cuando oyó el clic del teléfono al ser colgado, los sonidos de las sillas volcadas, el ruido de pasos sobre el linóleo, los sollozos de Elizabeth, los brutales golpes sobre carne humana.

«¡Oh, no, por favor!»

«¡Calla, zorra!»

«¡Holder, cógele las piernas!»

«¡Por favor, por favor!»

Hubo otro grito. El sudor llegaba ya al mentón de Avery, empapándole la barba, cayendo en regueros por los tensos músculos del cuello, y empapando la blanca camisa deportiva bajo la chaqueta del club. Escuchó los golpes, parpadeando cuando oyó otra vez las voces:

«Vámonos, ya es bastante.»

«¡Holder, suéltala, vas a matarla!»

«¡Vámonos, vámonos!»

«¡Larguémonos ya de aquí, chicos!»

Oyó los pasos que corrían y el tintineo de los vidrios rotos en la ventana al ser cruzada, y volvió la cabeza a un lado cuando oyó los quejidos de Elizabeth. La cinta calló.

—¿Reconoces alguna de estas voces? —le preguntó Ollie, parando el magnetófono.

Avery no respondió.

—La muchacha vive —observó Hawes—. Te identificará.

—¿Por qué no la rematasteis? ¿Creísteis que con el susto tenía bastante?

Avery dio la callada por respuesta.

—¿Crees que Harrod era un camello?

—¿Os engañaron sus costosos trajes y su Cadillac?

—¿Pensasteis que la chica también traficaba en drogas?

Avery seguía en silencio.

—¿Quién colgó el teléfono, Ave?

—Ya sabes que tenemos las huellas dactilares del aparato.

—Y que compararemos las voces de esa cinta con las voces de Holder y la tuya.

—Y con las del resto de tus compinches.

—Y compararemos la pintura blanca de las uñas del cadáver de Harrod con la de las chaquetas que vosotros lleváis.

—¿Cuántos atacasteis a Harrod?

—¡Maldito y estúpido gamberro! —gritó Ollie—. ¿Crees que puedes ir por ahí pegando y matando a quien quieras? ¡Vamos a encerrarte y arrojaremos la llave a la alcantarilla! ¿Te enteras, señor presidente?

—¡Exijo un abogado! —fue lo único que dijo Avery Evans.

9

TODAVÍA ERA VIERNES, siempre era viernes.

Ayuda Legal envió un abogado para asegurarse de que no se violaban los derechos de «Los Cráneos Antiguos». Al mismo tiempo, los detectives, imaginándose que habían pegado el mordisco en el sitio adecuado, llamaron a la oficina del fiscal de distrito, pidiendo que mandasen un representante antes de que ellos enredasen las ramificaciones legales formulando más preguntas. A las once de la noche, todos estaban reunidos. A las doce menos diez minutos comprendieron que no llegaban a ninguna parte, ya que el abogado había aconsejado a «Los Cráneos» que guardaran silencio. El representante del fiscal creía que tenía un buen caso entre manos, de modo que «Los Cráneos» fueron arrestados por actuar conjuntamente en un homicidio y en un asalto. Fueron trasladados a los calabozos, para ser más tarde conducidos al Palacio de Justicia donde serían formalmente acusados. El abogado defensor y el fiscal se estrecharon las manos, así como las de los detectives, y todos salieron de la comisaría un poco después de medianoche. Ya era sábado. Ollie Weeks había resuelto su caso en menos de doce horas, por lo que cabía esperar que se iría a su casa para dormir con los angelitos, seguro de haber trabajado rápidamente y bien.

DOS HORAS MÁS

TARDE sonó el teléfono de la mesilla de noche de Carella. Lo buscó a tientas con la mano.

—¿Sí…?

—¿Carella? Soy Ollie Weeks.

—¿Ollie? —repitió Carella—. Ah, hola, Ollie. ¿Cómo estás?

¿Qué hora es?

—No sé qué hora es —replicó el detective del 83—. Carella, no puedo dormir.

—Es una pena —se burló Carella, mirando la esfera luminosa del despertador. Eran las cuatro y diez—. ¿Has intentado contar ovejas?

—He estado pensando en ese individuo.

—¿Qué individuo, Ollie?

—Ese Oscar Hemmings. El tercer director del Plan de Desarrollo.

—Oh, sí. Sí…, ¿qué le pasa?

—He pensado que si aguardamos a mañana, a lo mejor habrá escurrido el bulto.

—Bueno… —vaciló Carella.

Le parecía que Ollie acababa de lanzar una elección *non sequitur*, pero no estaba seguro a causa del sueño que sentía.

—De su apartamento, quiero decir —aclaró Ollie—. De la dirección que tenemos.

—Sí, siempre cabe la posibilidad de que huya —asintió Carella, volviendo a consultar el reloj.

—A menos que yo vaya allí ahora —terminó Ollie.

—Son las cuatro de la madrugada —gruñó Carella—. Las cuatro y doce.

—Exactamente —se oyó sonreír a Ollie—. Todo el mundo está en casa a las cuatro de la madrugada. Es demasiado tarde para estar dando vueltas por la calle, y demasiado temprano para saltar de la cama. Si ahora voy allí, estoy seguro de atraparle.

—Está bien —opinó Carella—, muy bien.

—¿Cómo dices?

—Que sí, que vayas a atraparle.

—¿Quieres venir conmigo? —propuso Ollie.

—No.

—Oh, vamos…

—No —repitió Carella—. Oye, o estás loco o algo peor. ¡Despertarme a las cuatro de la madrugada, mejor dicho, a las

cuatro y cuarto…, o la hora que sea! ¿Qué te ocurre? Has solucionado tu caso, debes estar contento…

—Aquellos tipos me molestan.

—¿Por qué?

—Porque tienen ochocientos mil pavos en su caja de seguridad. ¿De dónde habrán sacado tanto dinero si no es dinero sucio?

—No lo sé, Ollie.

—¿No te interesa saberlo? Harrod trabajaba para ellos, Harrod conocía a Reardon, Reardon está muerto, y Hawes afirma que lo mató la pistola de Harrod. ¿Todo esto no te interesa?

—Me interesa. Pero Harrod también está muerto, y no puedo arrestar a un cadáver por haber matado a otro hombre.

—¿Por qué han muerto esos individuos? —inquirió Ollie.

—Esos homicidios no está relacionados entre sí —arguyó Carella pacientemente—. Tú tienes a los tipos que se cargaron a Harrod, y si éste mató a Reardon fue porque Reardon estaba enterado de lo del incendio, en el que pudo o no estar complicado Harrod… ¡Maldición, Ollie, me has despertado! ¡No quiero que me despierten! ¡Quiero volver a dormir! ¡Buenas noches, Ollie!

Carella colgó. A su lado, su esposa Teddy dormía con una pierna retorcida entre la sábana. No podía oír el timbre del teléfono ni la conversación, por lo que Carella daba gracias al cielo. Le desenredó la sábana y se estaba aproximando más a ella cuando volvió a sonar el teléfono.

—¡Sí, maldita sea! —gritó, llevándose el aparato al oído.

—¿Steve…?

—¿Quién es?

—Soy yo, Cotton.

—¿Qué quieres, Cotton?

—¿Te ha llamado Ollie Weeks?

—Sí, Ollie Weeks me ha llamado. ¡Y ahora me llamas tú! ¿Por qué no os casáis los dos y dejáis de molestarme en la madrugada? Estoy intentando dormir. ¡Sí, estoy intentando dormir! ¿Te enteras? ¡Estoy intentando…!

—Steve…

—¿Qué?

—¿Quieres ir con él?

—No, no quiero ir con él.

—Creo que deberíamos ir los dos.

—Bueno, ve tú si quieres —replicó Carella.

—Ollie no me gusta mucho, va lo sabes, pero opino que tiene razón. Creo que ese Plan de Desarrollo está implicado en los incendios de Roger Grimm, creo que no sacaremos nada en claro de Worthy y Chase, al menos por ahora; sin embargo, tal vez tendremos más suerte con ese tercer tipo si le sorprendemos a altas horas de la madrugada. Sí, creo que Ollie tiene razón.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Steve…?

Más silencio.

—¿Steve…?

—¿Dónde nos encontraremos? —quiso saber Carella, con voz de cansancio.

SE ENCONTRARON EN UN RESTAURANTE nocturno de la Ainsley Avenue a las cinco menos cuarto. Tomaron asiento en una mesita y discutieron su próximo movimiento. Lo que iban a hacer era arriesgado puesto que carecían del mandamiento necesario para entrar en el piso ocupado por Oscar Hemmings en 1137 de Sebastian Avenue, de modo que si Hemmings quería podían enviarlos a paseo, diciéndoles que fuesen a otro sitio a jugar a policías y ladrones. Norteamérica no era todavía un estado policíaco, la Gestapo sí podía derribar una puerta en medio de la noche y sacar a la gente de la cama. Sí podían interrogar a Hemmings, porque iban buscando información respecto a un crimen que tenían asignado, mas no podían interrogarle a menos que él accediese a ello. Si se negaba, podían notificarle que sería citado judicialmente, de manera que tendría que contestar a las preguntas ante un gran jurado; la elección era suya. A lo mejor, esto le asustaba, y colaboraba. Pero no deseaban seguir esta ruta con Hemmings, por lo cual tramaron una farsa en el restaurante, esperando que tuviese éxito. Si Hemmings se tragaba el embuste, tal vez hablaría y revelaría algo importante. Si no se lo tragaba, podía cerrar la puerta en sus narices.

La farsa era buena y sencilla.

Suponían que Hemmings, por ser socio del Plan de Desarrollo, estaba al corriente de la muerte de Charlie Harrod. Sin embargo, por muy deprisa que las noticias corriesen en Diamondback, probablemente aún no sabía que los culpables del asesinato del fotógrafo, «Los Cráneos Antiguos», habían sido detenidos y permanecían encerrados. Las diversas suposiciones que hicieron con respecto al incendio del almacén de Roger Grimm fueron: a) que Reardon fue quien manipuló el whisky que más tarde bebieron los dos vigilantes, y b) que habían matado a Reardon para que no hablase de su participación en el incendio. Sabían, además, que a Reardon lo habían visitado dos o tres veces aquella semana, o sea, antes del fuego, dos negros, uno de los cuales fue Charlie Harrod; que Reardon depositó cinco mil dólares en su cuenta de ahorros cinco días antes del incendio; y que Elizabeth Benjamin pasó dos noches, antes de tal incendio, en el apartamento de Reardon, probablemente para añadir un poco de atractivo sexual al dinero que aquél ya había recibido. Barbara Loomis tendría que efectuar una identificación positiva de Harrod y Elizabeth, que los había visto a los dos. Claro que la de Harrod debería hacerse en el depósito de cadáveres. Mientras tanto, las descripciones de la portera parecían concordar, de forma que los detectives trabajaban sobre la base de que Reardon era el lazo de unión entre Harrod y el incendio del almacén.

Lo que deseaban saber, y por ello iban a ver a Hemmings de madrugada, era por qué Harrod estuvo mezclado en el fuego. Suponiendo que fuese quien había contactado a Reardon, quien contrató sus servicios para la administración del somnífero en la bebida de los vigilantes, y suponiendo que Reardon hubiese cobrado los cinco mil dólares por el servicio; suponiendo, además, que Elizabeth hubiese tratado de conquistar todavía más a Reardon…, ¿por qué, ante todo, quería Harrod quemar el almacén de Grimm? ¿Cuál era su motivo? ¿Era por cuenta del Plan de Desarrollo o por cuenta propia? Worthy y Chase no añadirían nada más a lo declarado respecto a Charlie Harrod. Un buen fotógrafo, vivía solo con su madre, una novia un poco ligera de cascos, bla, bla, bla… Hemmings aún no había dicho nada, por lo que esperaban que ahora lo haría…, si el truco funcionaba.

Esta era la estructura en la que basaban su plan:

Hemmings sabía que Harrod estaba muerto.

Hemmings ignoraba que se había acusado a «Los Cráneos» del asesinato de Harrod.

Worthy y Chase conocían a Ollie y a Hawes.

Worthy y Chase le habían contado, indudablemente, a su socio, Hemmings, la visita de los dos policías, y a lo mejor se los habían descrito.

Al único policía que Worthy, Chase y Hemmings no conocían era Steve Carella.

He aquí la farsa a representar:

Ollie y Hawes llamarían a la puerta del apartamento de Hemmings. Se disculparían por despertarle tan temprano, pero tenían con ellos a un individuo que, según sospechaban, había matado aquella tarde a Charlie Harrod. Meterían al individuo, esposado, en el apartamento. El individuo sería alto y esbelto, con cabello castaño y ojos oblicuos y castaños, nariz normal, aunque nadie dice que haya de parecerse a John Wayne para ser capaz de cometer un asesinato. El individuo esposado sería Steve Carella.

Ollie y Hawes le contarían a Hemmings que el individuo, cuyo nombre decidieron sería Alfonso Di Bari (pese a la objeción de Carella, que no creía tener un aspecto demasiado italiano), negaba haber matado a Charlie Harrod, porque era íntimo amigo suyo y, en realidad, habían trabajado juntos en el Plan de Desarrollo de Diamondback. Era esencial, para poder acusar a Di Bari, que alguien del Plan de Desarrollo lo identificara como empleado de tal empresa, o bien que le hiciese quedar como embustero. Hemmings, claro, contestaría que nunca había visto a Alfonso Di Bari (Carella siguió oponiéndose al nombre, alegando que no tenía pinta de Alfonso). Entonces, los detectives se confiarían a Hemmings, explicando cómo habían seguido a Di Bari hasta su apartamento, donde encontraron el arma del crimen. Carella (como Di Bari) protestaría, asegurando que estaban equivocados, le pediría a Hemmings que les dijese a los policías que efectivamente él trabajaba para el Plan de Desarrollo, que Charlie Harrod lo había contratado para fotografiar un almacén propiedad de un tal Roger Grimm…, por favor, caballero…, ¿quiere decirle a esos polis que cometen una equivocación?

En aquel instante, todos vigilarían atentamente a Hemmings,

esperando que por sus modales o por sus palabras revelase algo (a lo mejor, sus dientes), tan pronto como fuese mencionado el almacén. Si no reaccionaba inmediatamente, continuarían adelante con la historia del almacén, solicitando la ayuda de Hemmings, atentos mientras tanto a cualquier asomo de pista, o sea interrogándole en realidad, en tanto le hacían creer que buscaban información para probar la identidad real de Di Bari.

La farsa no era mala.

ERAN LAS CINCO DE LA MADRUGADA y ellos iban a rodar una película para la Twentieth Century Fox.

Con Carella esposado (se sentía estúpido), los detectives penetraron en el edificio de Sebastian Avenue, subiendo hasta el cuarto piso.

Incluso a hora tan temprana del día, Ollie no olía a rosas; aunque, claro está, a nadie le había prometido que olería a ellas. Hawes poseía una nariz muy sensible. No le gustaba disparar la pistola sin motivo alguno, porque el olor a cordita quemada casi siempre le daba náuseas. Durante su carrera naval, esto fue un tremendo obstáculo, ya que siempre alguien disparaba una pistola contra algo o alguien. Ollie no olía a cordita. En realidad, era difícil decir a qué olía.

—Pensé que habían remodelado esta casa —murmuró Ollie—. Es un montón de basura; esto es lo que es.

Sí, pensaba también Hawes, esto es lo que es.

Se detuvieron frente a la puerta del apartamento de Hemmings. Llamaron. Insistieron otra vez. Otra, otra, otra vez. Nadie respondió.

—¿Ahora qué? —se quejó Ollie.

—¿Crees que está ahí dentro? —preguntó Hawes.

—Si está, no quiere que lo sepamos.

—Debería estar —Ollie frunció el entrecejo—. Son las cinco de la madrugada. A esta hora, todo el mundo está en cama.

—Excepto yo —indicó Carella.

—¿Qué opináis? —insistió Ollie.

Sostuvieron una breve consulta en el descansillo, delante de la puerta de Hemmings, y decidieron suspender la película. Le quitaron las esposas a Carella, y empezaron a bajar por la escalera.

—¿Qué diablos estamos haciendo? —exclamó de pronto Ollie.

Volvió a subir y le propinó un formidable puntapié a la puerta.

Carella y Hawes se miraron el uno al otro. Hawes suspiró. Ambos siguieron a Ollie al interior del apartamento.

—¡Fijaos en esto! —gritó Ollie, asombrado.

Se estaban fijando. Se estaban fijando, en realidad, casi con los ojos desorbitados. Porque si bien el 1137 de Sebastian Avenue era un edificio maltrecho; si bien la escalera que conducía al cuarto piso estaba tan sucia y era tan ruidosa, con sus crujientes peldaños, como las de los barrios bajos, y si bien la puerta falta de pintura y agrietada del apartamento de Hemmings se parecía a las demás del mismo rellano, el interior del apartamento estaba lleno de sorpresas.

LA PRIMERA SORPRESA lo constituía el vestíbulo. Ordinariamente, no hay vestíbulos en Diamondback. Las entradas con vestíbulo eran para María Antonieta. En Diamondback, uno entra inmediatamente en la cocina. No, aquí había un buen vestíbulo, con espejos en las paredes, en las tres, que ampliaban ópticamente el espacio, reflejando las imágenes de los tres atónitos detectives. Ollie, que rápidamente cruzó el vestíbulo hacia las demás habitaciones del piso, pensó que aquello se parecía al apartamento de una película de ciencia-ficción que viera tiempo atrás por televisión. Carella y Hawes, que estaban junto a él, no pensaban en nada. Permanecían solamente allí, como un par de árabes ataviados con pantalones colgantes que accidentalmente hubiesen llegado a una recepción en la embajada israelí.

A la derecha del vestíbulo se abría una cocina, de fórmica y madera de castaño, con aplicaciones de cromo, y losetas blancas. La gruesa alfombra de color azul celeste que empezaba en el vestíbulo, cubría completamente el resto del apartamento, Hundidos en ella hasta las rodillas, o así les pareció, los detectives llegaron al salón,

donde había un enorme diván barnizado en laca, colocado en el ángulo recto de la habitación, con unos almohadones de un tono más oscuro que la alfombra. Un gran cuadro modernista, todo líneas y óvalos, rojos, negros, blancos y distintos matices de azul, colgaba sobre una sección del diván, iluminado por una lámpara de pie, operada por un interruptor de mercurio, al lado de la puerta. Había un bar de madera con unos vasos fabricados indudablemente en Escandinavia, que relucían contra una colección de botellas de whisky y otros licores. Unas estanterías del suelo al techo cubrían la pared opuesta al diván, repletos de libros que Ollie siempre quiso leer, aunque nunca lo había hecho.

Un tocadiscos, una grabadora, un amplificador y un par de altavoces a un extremo del salón constituían el sistema estereofónico de Hemmings, y una estantería de la biblioteca contenía al menos doscientos álbumes de elepés, junto con gran variedad de cassettes. En el extremo más alejado de la estancia, delante de una puerta giratoria que daba a la cocina, había una mesa ovalada de madera de castaño, con cuatro sillas alrededor. Un aparador, de la misma madera y fórmica negra, se hallaba adosado a la pared, detrás de la mesa. Encima del aparador colgaba otra pintura, no en el mismo centro, de tipo abstracto, repitiendo la combinación de colores de la primera: roja, negra, blanca y azul.

El dormitorio estaba amueblado de manera espartana, con un lecho monumental, barnizado en laca, cubierto por una colcha azul oscuro, una alfombra azul celeste alrededor, color que armonizaba con los cortinajes del ventanal, un tocador de madera de castaño con superficie de fórmica blanca, una butaca pequeña y baja, tapizada de negro, un armario con puertas de pizarra pintada de blanco, ocupando toda una pared. El cuarto de baño era enteramente blanco. Losetas blancas, luces blancas, cortina blanca en la ducha, alfombra ovalada blanca cerca de la bañera, toallas blancas.

ASÍ ERA EL APARTAMENTO. Anteriormente, al parecer, se componía de cinco habitaciones, antes de derribar, algunos tabiques para

remodelarlo. Ahora contenía tres habitaciones y el baño, aparte del vestíbulo. Evidentemente, la remodelación le había costado al Plan de Desarrollo miles y miles de dólares.

—Bonito —comentó Ollie.

—Sí —mascullό Hawes.

—Hum… —gruñó Carella.

Cada cual pensaba en su sueldo.

—Vamos a registrar los armarios y los cajones —propuso Hawes.

Habían empezado por el dormitorio cuando Ollie se detuvo en seco.

—Viene alguien —susurró.

Ni Hawes ni Carella habían oído nada. Prestaron atención y, efectivamente, oyeron pasos en la escalera, el ruido de unos zapatos de tacón alto que se acercaban a la puerta del piso. Ollie se movió velozmente hacia la izquierda de la puerta, de pie contra la pared llena de espejos, empuñando la pistola. Les indicó por señas a Hawes y Carella que se ocultaran.

Oyeron una exclamación de sorpresa en el pasillo.

—Entrará aquí —musitó Ollie.

Una joven penetró en el vestíbulo. Era una pelirroja alta, atractiva, de unos veinticinco años. Llevaba un vestido de noche largo, y zapatillas de satén verde. Cenicienta volviendo del baile a las cinco de la madrugada, encontrando el piso lleno de ladrones…, o al menos eso debió pensar.

—Llévense lo que quieran —murmuró inmediatamente—, pero no me hagan daño.

—Somos oficiales de policía —gruñó Ollie.

Al instante cambió el tono y la expresión de la joven.

—¡Entonces, largo de aquí! —gritó—. ¡No tienen derecho a entrar sin permiso!

—¿Cuál es su nombre? —inquirió Ollie.

—¿Cuál es el suyo? —replicó ella.

—Detective de primer grado Oliver Weeks, de la Comisaría 83 —se identificó Ollie. Enfundando el arma enseñó la placa—. Todavía ignoro su nombre.

—Rosalie Waggener —dijo ella.

Entró en el salón, quitándose los zapatos mientras andaba, fue descalza hacia el bar e inmediatamente se sirvió una copa de coñac

llena de Courvoisier.

—¿Vive aquí, Rosalie? —indagó Carella.

—Vivo aquí —repuso la joven con tono fatigado, llevándose la copa a los labios.

Sus ojos armonizaban con el color de la bebida.

—¿Vive aquí Oscar Hemmings? —quiso saber Hawes.

—No.

—El apartamento va a su nombre —objetó Ollie.

—¿Dónde? —arguyó ella.

—En la guía telefónica.

—Esto sólo significa que el teléfono va a su nombre. Este apartamento es mío.

—¿Por qué va a nombre de Hemmings en la guía? —insistió Ollie.

—Porque una joven, si vive sola, recibe toda clase de llamadas.

—¿Recibe usted toda clase de llamadas? —preguntó al momento Ollie.

La pregunta resultó muy clara para Hawes y Carella…, así como para la muchacha. Un piso como aquél en el corazón de Diamondback solamente significaba una cosa para la Policía, de manera que Rosalie comprendió al instante lo que pensaban. Sin embargo, fingió ignorar el significado de aquellas palabras.

—No recibo toda clase de llamadas —observó—, porque el teléfono va a nombre de Oscar.

Tomó otro sorbo de coñac.

—¿Vive sola aquí? —inquirió Ollie.

—Sí.

—¿Salió esta noche?

—¿Qué le parece? Usualmente, no me visto así para entrar la leche.

—¿Por qué se vistió así? —se interesó Ollie.

De nuevo, la pregunta era transparente. De nuevo, la joven ignoró sus implicaciones.

—Estuve en una fiesta —respondió.

—¿Dónde?

—En Silvermine Oval. En el centro.

—¿Qué clase de fiesta?

—Una fiesta íntima.

—Debió ser una fiesta estupenda —comentó Hawes.

—Fue una fiesta excelente —corroboró ella, ingiriendo el resto del coñac. Inmediatamente, se sirvió otra copa—. ¿Podrían decirme qué hacen aquí?

—Investigamos un incendio —explicó Carella, decidiendo ir, al menos en parte, directamente al grano. También investigaban los negocios del Plan de Desarrollo Diamondback.

—Háblenos de Oscar Hemmings —pidió Ollie.

—Oscar no está mezclado en ningún incendio —se irritó Rosalie.

—Nadie ha dicho tal cosa, pero háblenos de él.

—Es un amigo.

—Debe de ser muy buen amigo para permitir que su nombre figure aún en la guía con esta dirección. ¿Tiene usted un contrato de este apartamento?

—Lo tengo.

—¿Podría verlo?

—No lo tengo aquí.

—¿Dónde, pues?

—En casa de mi madre. En Riverhead —respondió al momento.

Comprendieron que mentía.

—¿Un contrato a su nombre?

—Naturalmente.

—¿Cuánto costó remodelar este apartamento?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Lo he olvidado. No tengo memoria para los números.

—Debe gustarle vivir en Diamondback.

—Me gusta mucho.

—Debe costar miles de dólares remodelar un apartamento de esta manera en el peor distrito de la ciudad —observó Ollie.

—Sí…, bien, esto me gusta.

—Tiene muchos amigos negros, ¿verdad? —inquirió Ollie.

—Oye, Ollie —intervino Hawes— …¿no te parece…?

—¿Amigos negros? —le interrumpió Rosalie.

—Esto es lo que dije.

—Sí, tengo algunos amigos negros.

—Debe de tener muchos, viviendo en este distrito.

—Tengo algunos —repitió Rosalie.

—Seguro que también blancos.
—Sí, también blancos.
—¿Es usted una ramera, Rosalie?
—No.
—¿Una *call-girl*, acaso?
—No.
—Entonces, ¿qué diantre hace en un apartamento como éste? ¿Quiere hablar de una vez?
—Ya se lo dije: vivo aquí.
—¿Dónde vive Oscar?
—No lo sé.
—Creí haberle oído decir que era amigo suyo. ¿Cómo es posible que no sepa dónde vive?
—Se mudó hace poco.
—¿De dónde?
—Vivía en la Colina. No sé dónde vive ahora.
—¿Cuándo le vio por última vez?
—Oh, al menos hace dos o tres semanas.
—Vamos a echar un vistazo a sus cosas, Rosalie. ¿De acuerdo?
—De acuerdo nada —replicó ella.
—Rosalie —murmuró Ollie, suave y pacientemente—, si regenta aquí un burdel, vamos a rastrearlo todo hasta averiguarlo. ¿Qué, se decide a colaborar? No estamos tratando de destruir el negocio de la prostitución en esta ciudad. Nos ocupamos solamente de un caso de incendio.
—No soy ninguna prostituta ni me importa en lo que se ocupen.
—Claro, usted es una licenciada de Vassar, claro. Vive aquí, en este distrito por pura diversión, ¿eh?
—Yo puedo vivir donde quiera. No existe ninguna ley que me prohíba hacerlo.
—Correcto —concedió Ollie—. Bien, ahora tiene que decir exactamente dónde estuvo esta noche.
—¿Por qué?
—Porque de repente esto se ha convertido en una investigación contra la prostitución ilegal.
Rosalie suspiró.
—Estamos esperando —la instó Ollie.
—Está bien —accedió ella—, registren el apartamento. No tengo

nada que ocultar.

OLLIE
Y HAWES
ENTRARON en el dormitorio. Rosalie se sirvió otra copa.

—¿Quiere una? —le ofreció a Carella.

—No, gracias.

Rosalie empezó a beber el coñac, mirando al detective por encima del borde de la copa. Carella oía el abrir y cerrar de cajones. Rosalie sonreía, ladeando la cabeza hacia el ruido, tratando de lograr que Carella compartiese con ella el sentido del ultraje por la invasión de su hogar. Carella no dio señales de comprender aquel mensaje mudo. Todo el decorado olía a burdel, por lo que el detective sospechaba que efectivamente Rosalie era una *call-girl*.

Hawes regresó al salón. En la mano llevaba un pasaporte norteamericano.

—¿Es suyo esto? —preguntó.

—Si lo halló en mi tocador, es mío.

Hawes lo abrió, hojeándolo brevemente.

—Viaja mucho, ¿verdad, señorita Waggener?

—De cuando en cuando.

—¿Quieres echar una ojeada a esto, Steve? —inquirió el detective, entregándole a Carella el pasaporte.

Carella estudió la página por la que estaba abierto el librito. Según la información allí estampada, Rosalie Waggener entró en Alemania Occidental por Bremen Flughafen el 25 de julio, volviendo a los Estados Unidos el 27 del mismo mes.

—Veo que ha estado en Alemania últimamente —observó Carella, levantando la vista.

—Sí.

—¿Cómo fue eso?

—Le *adfierto* no *mentirras*, Fráulein —dijo Ollie desde el dormitorio, imitando a un oficial de las SS—. *Savemos* que tiene *parrientes* en Alemania.

Ollie era un buen imitador de voces.

—Sí, tengo parientes en Alemania —afirmó Rosalie, hablando a medias para el dormitorio y a medias para Carella y Hawes, quienes

la contemplaban con suma atención—. El apellido de mi familia era Wagner, pero se transformó en Waggener.

—¡*Figile* su lengua, Fráulein! —le advirtió Ollie desde la otra habitación.

—¿Habla usted alemán? —inquirió Carella, con tono casual.

—Sí.

—¿Tiene parientes en Bremen?

—En Zeven —le rectificó Rosalie—. Cerca de Bremen.

La mano que sostenía la copa temblaba visiblemente.

—Bueno, no hay nada en contra de visitar a los parientes —sonrió Carella, devolviéndole el pasaporte—. Aunque fue una visita relámpago, ¿eh?

Rosalie cogió el pasaporte.

—Sólo unos días —explicó.

—¿De vacaciones?

—Sí.

—¿Por su trabajo?

—Sí.

—¿Dónde trabaja?

—En el Plan de Desarrollo de Diamondback. Por horas.

—¿Qué clase de trabajo hace allí?

—De secretaria.

Carella contempló la temblorosa mano que sostenía la copa de coñac. Las uñas de aquella mano eran largas y puntiagudas, pintadas de un color gris esmeralda que hacía juego con el vestido y las zapatillas de la joven.

—Oscar Hemmings es socio de esa empresa, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Le consiguió él su empleo?

—Sí, él me recomendó. Como ya dije, es un buen amigo mío.

—¿Trabajaba directamente bajo sus órdenes? —gritó Ollie desde el dormitorio, riendo por su broma algo obscena.

—Trabajo para los tres socios.

—Pero sólo a horas, claro.

—Cuando me necesitan a un dictado o para el archivo —respondió la joven.

—Esto me parece estupendo —alabó Carella—. ¿Qué tal te va a ti, Ollie?

El nombrado entró en el salón, sudando casi a chorros.
—Pensé que vivía sola aquí —le espetó a Rosalie.
—Vivo sola.
—Entonces, ¿qué hacen en el armario y los cajones del tocador las prendas masculinas?
—Bueno… —Rosalie se encogió de hombros.
—Camisas con las iniciales O. H. —continuó Ollie—. Seguramente de Oscar Hemmings.
—Pues…, sí —asintió Rosalie.
—¿Sí o no?
—Sí.
—¿Cuáles son sus verdaderas relaciones con Hemmings? —preguntó Ollie.
—Estamos comprometidos.
—¿En qué? —rió Ollie.
—Es mi prometido.
—¿Por qué no lo dijo desde el principio?
—No quería meterle en ningún lío.
—¿En qué clase de lío estaba pensando?
—Ustedes hablaron de un incendio…
—Pues, como ve —la atajó Ollie—, no queremos meterle en ningún lío. Ni a usted.
—Hum… —murmuró Rosalie.
—Lamentamos haberla molestado —dijo Carella—. Sin embargo, estaremos en contacto, por lo que le advierto que será mejor que no salga de la ciudad.
—No pienso salir de ella.
—Quiere decir que no vaya a visitar a sus parientes de Alemania —puntualizó Ollie.
—Sé qué quiso decir. ¿Quién pagará el desperfecto de la cerradura?
—¿Qué cerradura? —fingió no entender Ollie.
—La de la puerta. ¿A qué cerradura se refería?
—Ya —exclamó Ollie inocentemente—, se rompió cuando entramos nosotros.

EMPEZABA

A TOMAR CIERTO cariz…, aunque no sabían de qué.

Únicamente sabían que el caso estaba al rojo vivo, y que la mejor manera de solucionar un caso cuando empieza a ponerse al rojo vivo es aferrarse a lo que se aconseja en el folleto de la División de Detectives, titulado: Investigación de homicidios y muertes sospechosas: «Este es tu caso…, pégate a la investigación y no te dediques a cosas carentes de importancia.»

Que la División de Detectives considerase o no importante el examen de un atlas mundial es otra cuestión. Pese a ello, una ojeada al atlas reveló inmediatamente que no solamente Zeven está muy cerca de Bremen (Rosalie afirmó tener parientes en Zeven), sino también cerca de Bremerhaven…, donde un individuo llamado Erhard Bachmann regentaba una firma llamada Bachmann Speditions.

Podía ser una coincidencia que Rosalie hubiese llegado a Bremen el 25 de julio y que Bachmann recibiese el pago de las figuritas de madera de Roger Grimm el día siguiente, según la carta fechada el 26 de julio, dirigida a Grimm. También podía ser una coincidencia que la pistola de Charlie Harrod fuese la causante de la muerte de Reardon, que trabajaba para Grimm, el cual, a su vez, hacía negocios con una empresa de Bremerhaven, situada a unos cincuenta kilómetros de Bremen. Y la mayor coincidencia de todas podía ser que otro hombre asociado con el Plan de Desarrollo de Diamondback hubiera estado encerrado en la prisión de Castleview cuando Roger Grimm también se hallaba en ella. El primer año de la condena de Alfred Allen Chase en Castleview coincidía con el último año del encierro de Roger Grimm. En efecto, los dos hombres habían estado en el mismo sitio durante cierto período de tiempo. Todos estos hechos al parecer relacionados tal vez no fuesen más que trenes de paso en la noche. Sin embargo, a los detectives no se lo parecía.

Ninguno de los tres durmió mucho, y, no obstante, todos ellos estaban desayunándose en el Precinto 83, a hora temprana. Ya estaban dispuestos a seguir investigando, tratando de deshacer algunos nudos del caso. Convinieron en que el teléfono general sería el del Precinto 87, y luego salieron del 83. Carella llevaba las fotos policiales del cadáver de Charles Harrod. Ollie portaba una

cámara Polaroid, junto con las fotos tomadas a los miembros de «Los Cráneos Antiguos». Hawes iba con las manos vacías.

ERAN LAS OCHO Y MEDIA de la mañana.

Elizabeth Benjamin estaba despierta, y alimentada intravenosamente porque su mandíbula rota la tenía con alambres y no podía abrir la boca. Tampoco podía mover la cabeza en respuesta a las preguntas de los policías. Ollie le encajó un bolígrafo en la mano derecha, le acercó un cuaderno y empezó el interrogatorio. Torpemente, pese a su buena voluntad, Elizabeth fue escribiendo las respuestas en el cuaderno.

—Esto son fotos policíacas —le explicó Ollie— de seis miembros de una banda callejera llamada «Los Cráneos Antiguos». Anoche, cuando los arrestamos, tomamos estas fotos. Nos gustaría que las estudiara y nos dijese si alguno de ellos estuvo en su piso cuando la golpearon. Esta es un joven llamado Lewis Coombs. ¿Fue uno de los atacantes?

—Sí.

—Este es otro joven llamado Avery Evans. ¿Estuvo también allí?

—Sí.

—Este individuo…, este joven se llama Félix Collins. ¿Lo vio en el piso?

—No.

—¿Y a éste? Se llama John Morley.

—No.

—¿Jamison Holder?

—¡¡¡Sí!!!

—El último: Timothy Anderson.

—Sí.

—Muy bien, señorita Benjamin. Sé que está fatigada y no quiero molestarla más de lo debido —añadió Ollie—. Tan sólo una cosa más: necesitamos un retrato suyo. Para el fiscal de distrito, a fin de ayudarle a disponer el caso contra esos tipos que la maltrataron tanto. Si lo desea, puedo sacarle una foto con esta Polaroid, pero, estando como está usted, preferiría un retrato de cuando estaba

usted bien…, si sabe a qué me refiero. ¿No tiene aquí ningún retrato?

Elizabeth le miraba con los ojos hinchados. Cogió el bolígrafo y escribió en el cuaderno:

Cartera. Enfermera.

Ollie le pidió a la enfermera la cartera de Elizabeth, y cuando la tuvo en sus manos se la pasó a la joven. La joven tenía enyesadas ambas piernas hasta la cadera, la mandíbula rota y con alambres, las costillas rotas bien ceñidas, y llevaba vendajes en la cara y los brazos. Por consiguiente, tuvo que realizar un esfuerzo supremo para buscar el retrato en la carterita de plástico, extraerlo y dárselo a Ollie.

En la foto, estaba de pie delante de una pared perteneciente a un edificio de Diamondback, sonriendo al sol. Llevaba un vestido amarillo y sandalias. Se veía muy bonita.

—Gracias —dijo Ollie con gravedad—. Se lo enseñaré al fiscal.

No tenía intención de hacer tal cosa.

DESDE UNA CABINA TELEFÓNICA al otro lado de la calle en la que estaba situado el suntuoso apartamento de Rosalie Waggener, Cotton Hawes llamó al número de dicho piso y aguardó la respuesta de la joven. Cuando la voz de ella llegó por la línea, sonó tremendamente soñolienta.

—¿Diga?

—¿Rosalie?

—Hum…

—Me llamo Dick Coopersmith, de Detroit. Hablé con un amigo en un bar, quien me dijo que lo pasaría bien conociéndola a usted.

—¿Qué amigo?

—Se llama Dave Cárter. O Carson…, no estoy seguro.

—Se ha confundido de número —repuso Rosalie, colgando.

Hawes se encogió de hombros, colgó el receptor y salió de la cabina. Tan sólo había tratado de saber si Rosalie seguía en el apartamento, si bien, al mismo tiempo, pensó establecer de una vez

por todas la verdadera ocupación de la muchacha. A veces se gana, otras se pierde. Hawes se situó en un portal, a unos cinco metros de la cabina, esperando que Rosalie no durmiese hasta muy tarde, y que al fin saliese de casa. Esto le conduciría directamente a Oscar Hemmings.

EN LA COMISARIA

Y DESDE su escritorio Steve Carella llamó por conferencia a la prisión de Castleview-on-Rawley, pidiendo que la comunicaran con Archivos. El individuo que habló con él poco después se presentó como Peter Yarborough.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Aquí el detective Steve Carella, del Distrito 87, de Isola. Deseo conocer el contenido de la carpeta o ficha correspondiente a un hombre que…

—¿Quién dijo que era?

—Detective Steve Carella, del Distrito 87.

—Pídalo por escrito, Carella —le aconsejó Yarborough—. No podemos contestar a esta clase de demandas por teléfono.

—Esto es urgente —le apremió Carella—. Estamos investigando un homicidio y un incendio.

—¿Cuál dijo que era su nombre?

—Carella, Steve Carella.

—¿Desde dónde llama, Carella?

—Desde la comisaría.

—¿Cuál es su número telefónico?

—Frederick 7-8024.

—Ya le llamaré —respondió Yarborough y colgó.

Carella contempló largamente el aparato y finalmente lo aplastó casi contra la horquilla. Veinte minutos más tarde sonó el timbre del teléfono.

—Carella, Distrito 87 —anunció Carella, con el receptor junto al oído.

—Soy Yarborough.

—Hola, Yarborough.

—Tenía que llamarle yo para comprobar que realmente era

usted detective.

—De acuerdo, hizo lo que debía —convino Carella.

—Hice algo mejor todavía. Primero, llamé al cuartel general de la Policía de la ciudad para asegurarme de que ese número pertenecía al Distrito 87.

—Estupendo —aprobó Carella—. ¿Puede ahora ayudarme en lo que le pedí?

—Lo intentaré —repuso Yarborough—. ¿Cómo se llamaba el preso?

—Alfred Allen Chase.

—¿Cuándo estuvo aquí?

—Empezó a cumplir la condena hace cinco años. Estuvo tres y medio.

—¿Qué es lo que le interesa, Carella?

—Quiero saber si existió alguna correspondencia entre él y un tal Roger Grimm, que también estuvo en esa cárcel.

—Sí, más pronto o más tarde, todos pasan por aquí —repuso Yarborough secamente—. ¿Algún período de tiempo especial? Algunas listas tienen dos kilómetros de largo y tardaré toda la mañana en repasarlas.

—Grimm salió en junio, hace cuatro años. ¿Puede empezar por ahí?

—Sí, creo que sí —asintió Yarborough a regañadientes—. Bien, volveré a llamarle.

A LAS DIEZ MENOS diez minutos, el gordo Ollie Weeks entró en las oficinas del segundo piso del Plan de Desarrollo de Diamondback. A la larga mesa, frente a la pared de las fotografías, había sentados dos hombres. Uno era Robinson Worthy. El otro un negro que Ollie no conocía.

—Buenos días —saludó el detective animadamente—. Ah, pasaba casualmente por aquí y me dije: voy a subir un momento.

—Buenos días —correspondió Worthy, con voz seca y ojos cansinos.

—No creo haber tenido el placer de… —Ollie se dirigió al otro

individuo.

—Es mi otro socio —le presentó Worthy—, Oscar Hemmings.

—Encantado de conocerle, señor Hemmings —Ollie extendió la mano.

Hemmings era un hombre de unos cincuenta y cinco años, impecablemente ataviado con un traje castaño, camisa beige con cuello blando, corbata de un tono marrón más oscuro que el traje. Su rostro era desagradable, con una nariz fuerte como un martillo, pómulos muy pronunciados, boca firme y mandíbula cuadrada. El cabello empezaba a grisear, y lo llevaba peinado de forma que ocultara una incipiente calvicie. Su apretón de manos fue firme.

—Me alegro de conocerle, detective Weeks —dijo sonriendo.

Ollie no pasó por alto el hecho de que Hemmings sabía quién era él. Esto significaba que Worthy y Chase habían hablado de lo ocurrido con el tercer socio. Archivó en su cerebro esta información y respondió:

—En realidad, no pasaba casualmente por aquí… Subí deliberadamente —Worthy y Hemmings callaron—. Ante todo, deseo excusarme. En realidad, ayer me comporté como un asno, señor Worthy. No sé qué me pasó… —los dos socios de la empresa continuaron sin despegar los labios—. Asimismo, quiero comunicarles que ya hemos atrapado a los canallas que mataron a Charlie Harrod. Además, sabemos que fueron ellos los que le dieron la soberana paliza a la novia de Harrod. Vengo del hospital, donde esa joven ha identificado positivamente a cuatro de esos gamberros, de manera que pensé que les gustaría enterarse de esta novedad.

—Sí, nos alegramos de saberlo —asintió Worthy.

—Vaya, veo que ustedes alargan la semana, ¿eh? —se admiró Ollie—. Trabajan también en sábado…

—Lo mismo que usted, ¿no? —volvió a sonreír Hemmings, con su mueca afilada como una navaja.

—No, no, hoy estoy de fiesta —objetó Ollie—. Posiblemente iré a ver un partido de pelota —hizo una pausa y añadió—: A propósito, señor Hemmings, estuvimos en el apartamento que creíamos era suyo, porque esta madrugada deseábamos localizarle…

—¿Oh…? —se sobresaltó el aludido.

—Sí, cuando cogimos a esos pilletes, que nos imaginamos

habían matado a Harrod.

—¿Sí…?

—Sí —afirmó Ollie—, sí. Queríamos que alguien de esta empresa lo supiese, y la verdad es que me dio fatiga ponerme en contacto con el señor Worthy después de lo ocurrido ayer —sonrió Ollie, como disculpándose—. De manera que nos fuimos a su apartamento de Sebastian Avenue.

—¿Por qué no telefonearon simplemente? —inquirió Hemmings.

—Oh, estábamos cerca… —Ollie calló un instante—. Allí conocimos a la chica que vive en el piso.

—¿Sí? —gruñó Hemmings.

—Sí, una chica que se llama Rosalie Waggener. Muy bonita.

Hemmings ya no gruñó siquiera.

—Tendrá que arreglar la puerta —explicó Ollie—. Bueno, saltamos la cerradura —volvió a sonreír—. Vera, pensé mejor notificarle que todo está resuelto, y lamento haberles molestado tanto. Hasta la vista, ¿eh? Y, por favor, mejoren Diamondback tanto como puedan.

Agitó su manaza en el aire en son de despedida y se marchó. Ya en el corredor, aplicó el oído a la puerta de cristal glaseado para escuchar. Alguien marcaba un número por teléfono. Supuso que sería Oscar Hemmings, ansioso de hablar con su pequeña niña blanca. Ollie sonrió y bajó la escalera.

Las calles empezaban a mostrar ampollas causadas por el fuerte sol matutino. Ollie anduvo dos manzanas hasta Landis, torció a la izquierda, y continuó andando en dirección al río Harb. Había un camión verde estacionado delante de un almacén abandonado, frente al río. El conductor dormitaba detrás del volante, con una gorra echada sobre los ojos, un palillo entre los dientes. Ollie tabaleó sobre la ventanilla parcialmente cerrada y el dormido se despertó de repente.

—Soy Weeks —murmuró—. ¿Eres el de Motor Pool?

—Sí —asintió el otro—. Halloran.

Ollie retrocedió para examinar el camión.

—Vaya, esta vez han enviado uno bueno —murmuró—. Debe ser un milagro. Casi todos los del distrito saben que la mayoría de esos malditos camiones toman fotos. Este es estupendo, con el nombre de una empresa pintado a los costados. Incluido un número de

teléfono falso. Muy bueno, sí, señor.

—Este número está conectado con el teléfono de la Central de Policía —explicó Halloran—. Si llama alguien para comprobar si se trata de un camión trucado, responde un fulano, dándole el nombre de la empresa que figura en el vehículo.

—Ah, sí —aprobó Ollie, con su voz de W. C. Fields—, estupendo, estupendo —repitió. Con su voz natural, agregó—: Tengo que llamar por teléfono, Halloran. Cuando termine, nos iremos al 2914 de Landis…, ¿de acuerdo?

—Claro, ¿por qué no? —asintió Halloran, encogiéndose de hombros.

CUANDO SONÓ EL TELÉFONO sobre la mesa de Carella, pensó que sería Yarborough llamando desde Castleview. En realidad, era Ollie Weeks.

—Carella, soy Ollie. ¿No ha llamado Hawes todavía?

—No. ¿Por qué?

—Encontré a Oscar Hemmings, de manera que ya no tiene por qué estar pegado a la chica.

—Se lo diré si llama.

—Otra cosa —prosiguió Ollie—. Hemmings estaba a solas con Worthy, lo que significa que no puedo descubrir nada más respecto a Chase. ¿Quieres encargarte tú de eso?

—¿Piensas en su ficha policíaca?

—Sí, Chase tiene una, y a lo mejor nos sirve para algo.

—De acuerdo —se conformó Carella.

—Ahora tengo que moverme —explicó Ollie—. Antes de que mis amiguitos negros decidan irse sin mí.

ROSALIE WAGGENER DESCENDIÓ los peldaños del portal del 117 de Sebastian Avenue poco después de las diez y media. Vestía unos pantalones muy ceñidos por detrás, de color tostado, una blusa de cuello alto, con rayas horizontales, y zapatos de color marrón, de tacón bajo. En la

mano derecha llevaba una especie de libreta parda, que agitó frenéticamente cuando un taxi pasó al llegar ella al bordillo de la acera.

Cotton Hawes, desde el portal donde se guarecía, al otro lado de la calle, ignoraba que una llamada a su comisaría le habría ahorrado aquella persecución; únicamente sabía que tenía que subir rápidamente a su coche, porque el taxi, después de parar, retrocedía para recoger a Rosalie, mientras que su vehículo permanecía estacionado a media manzana más allá. Recorrió dicha distancia a grandes zancadas, y cuando volvió la cabeza vio cómo Rosalie subía al taxi. Cuando éste arrancó, Hawes estaba ya detrás del volante, girando la llave del contacto.

Pensó que con un poco de suerte se colocaría a la altura del taxi en el primer semáforo en rojo.

EN LA PARTE POSTERIOR del camión, sentado detrás de una cámara provista de objetivo telescópico, montada en un trípode, Ollie Weeks estaba instalado lo mismo que detrás del espejo de uno-dos sentidos, esperando la ocasión de sacar fotos de Worthy y de Oscar Hemmings tan pronto como saliesen del edificio donde tenían establecida su empresa. Ollie acechaba a través de un cristal, que del lado exterior estaba pintado de verde, como el costado del camión, con algunas letras encima de las que formaban el nombre de la falsa empresa, la dirección y el número telefónico que conectaba con la Central de Policía.

En el 2914 de Landis entraba y salía mucha gente, principalmente mujeres. Ollie juzgó que eran clientes de MODAS NEGRAS, instalada en el tercer piso.

El detective contemplaba todo aquel ajetreo a través del objetivo telescópico, admirando por primera vez en su vida las hermosas pantorrillas de las mujeres negras.

Hemmings y Worthy no salieron hasta las once y veinte minutos. Tan pronto como aparecieron en lo alto de los escalones del portal, Ollie empezó a sacar fotografías. Disparaba tan de prisa que obtuvo un total de trece antes de que los dos negros llegaran a la acera.

Entonces, hizo otras cogiéndoles de perfil. Hecho lo cual sintióse satisfecho y tabaleó sobre el cristal de separación del camión.

—¿Qué? —rezongó Halloran, corriendo el cristal.

—Tengo que ir a la Sección de Identificaciones —explicó Ollie.

—¿Ya está listo este trabajito?

—Sí, pero hay que revelar las fotos.

—Me ordenaron largarme con el camión para devolverlo tan pronto termináramos aquí.

—Antes tienes que llevarme al centro.

—¡Esto no es ningún taxi! —se quejó el conductor, arrancando, no obstante, en dirección al lugar indicado.

—¿CARELLA?

—Sí.

—Aquí Yarborough. Tengo la información solicitada.

—Adelante.

—A Roger Grimm lo pusieron en libertad bajo palabra hace cuatro años. Chase todavía estaba aquí. Llevaba ya un año y algo más del tiempo de su condena.

—De acuerdo, pero esto ya lo sabía.

—Bien. Tan pronto como salió Grimm, empezó a escribir a Chase. Hubo abundante correspondencia durante unos seis meses. Chase le escribió a Grimm, y viceversa, al menos una vez por semana, a veces dos. Después, de repente, la correspondencia terminó. ¿Sabe qué creo? Que esos dos tipos tuvieron algo aquí, en la cárcel… Ya sabe a qué me refiero. Amantes, eso es. Le sorprendería saber lo que ocurre aquí.

—Oh, sí, me sorprendería —sonrió Carella.

—Bueno, esto es pura especulación —se defendió Yarborough—. Quizá eran solamente buenos camaradas. ¿Conoce el de la dama y los monos?

—No, ¿cómo es?

—La dama va a ver a un taxidermista con dos monos muertos, y pide que se los disequen. Entonces, el taxidermista dice: «Sí, señora, disecaré los monos. ¿Los desea también montados?» La dama medita un instante y acaba por responder: «No, tan sólo eran amigos. Haga que se den la mano.» —Yarborough se echó a reír.

Carella, que recordaba el chiste por haberlo oído otras veces, le secundó cortésmente—. De manera que tal vez Grimm y Chase fuesen solamente amigos, ¿quién sabe? —agregó Yarborough, sin dejar de reír—. Bien, lo cierto es que mantuvieron bastante correspondencia después de salir Grimm.

—No puede saber si fueron o no compañeros de celda, ¿verdad?

—Esto corresponde a otro departamento —repuso Yarborough.

—¿Cuándo cesó esa correspondencia?

—Seis meses después de salir Grimm.

—Está bien. Muchas gracias por todo.

—¡Eh, un momento! —gritó Yarborough—. Hay dos cosas más.

—Oh, creí que había terminado.

—Empezaron a escribirse de nuevo muy poco antes de que a Chase le concediesen la libertad bajo palabra. Fue Chase el que escribió la primera carta, Grimm contestó y a partir de entonces intercambiaron una docena más antes de salir Chase de la cárcel. Esto es lo primero.

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo es que necesita una carta de usted solicitando oficialmente esta información.

—Si ya me la ha proporcionado —se extrañó Carella—, ¿por qué diablos necesita una carta solicitándola?

—Para justificarme. Por si acaso, ¿sabe?

—¿Por si acaso…, qué?

—No lo sé. Sólo por si acaso. Envíeme la carta, Carella.

—Está bien —suspiró el detective—, se la enviaré. Gracias de nuevo.

—¿Qué tal por la ciudad? —se interesó Yarborough antes de colgar.

—Mucho calor.

—Sí, aquí también —asintió Yarborough.

Colgó definitivamente.

Carella apretó un botón del soporte del teléfono, lo mantuvo así un instante, lo soltó y consiguió tono. Acto seguido, habló con la Sección de Identificaciones, pidiendo con urgencia algunos retratos ocho por diez de Alfred Allen Chase.

—Estamos a sábado, amigo —respondió el que le atendía desde el otro extremo de la línea.

—Sí, para mí también lo es —gruñó Carella.

—No sé si habrá alguien en el departamento de Unifoto…

—Pues busque a alguien —concluyó Carella.

EN HIGH STREET, el encargado de la Unidad de Fotografías tomó el rollo de cinta de manos de Ollie.

—Tiene que esperar. Acabo de recibir una petición urgente.

—Sí, todo el mundo tiene prisa, ¿eh? —masculló Ollie—. Esto también es urgente.

Salió al pasillo, hasta donde estaba el teléfono, marcó el número de la comisaría 87 y pidió hablar con Carella.

—He tomado más de doce fotos —le notificó—, dos al menos serán buenas. ¿Has tenido noticias de Hawes?

—No, aún no.

—¿Qué demonios le pasa? ¿No sabe que debe abandonar la caza?

—Al parecer, no. Debe estar muy ocupado —repuso Carella.

—¿Has descubierto algo de Castleview?

—Chase y Grimm se conocían muy bien. Incluso se escribían con regularidad.

—Tal como nos imaginábamos —asintió Ollie—. ¿Tienes las fotos del servicio de identificaciones?

—Creo que no tardarán.

—De acuerdo, pronto nos veremos —terminó Ollie.

No le dijo a Carella dónde estaba, ni éste pensó en preguntárselo. El encargado de la Unidad Fotográfica tampoco le dijo a Ollie que la petición urgente la había formulado un detective llamado Carella, del distrito 87. No se lo dijo a Ollie porque no era asunto de éste. Ollie no le preguntó de quién procedía la petición urgente porque lo único que deseaba era obtener sus fotos lo antes posible. Además, Carella ya le había asegurado que los retratos de Chase no tardarían en llegar a la comisaría. Ollie salió de la Sección de Identificaciones con sus ocho por diez a las doce y cuarto. El paquete para Carella, conteniendo los retratos pedidos, no llegó desde la U. P. (como afectuosamente la llamaban los detectives que

necesitaban fotografías) hasta la una y media. Seguían sin noticias de Hawes, por lo que decidieron ir ellos dos a hablar con la patrona de Reardon.

EL TAXI QUE LLEVABA en su interior a Rosalie Waggener subió directamente por la Ainsley Avenue hasta el puente Hamilton. En realidad, eran dos los puentes Hamilton de la ciudad, uno en la parte norte de Isola, que cruzaba el río Harb y enlazaba con el Estado siguiente, al que llamaban oficialmente Puente Alexander Hamilton. Este no debía confundirse con el viejo puente Hamilton, que cruzaba el río Diamondback, en torno a Piney Hill Terrace (donde no había ni un solo pino, a pesar de su nombre), uniendo Isola y Riverhead, que formaban parte del mismo Estado y de la misma ciudad. Si se le preguntaba a un individuo dónde estaba el puente Hamilton, invariablemente indicaba el Alexander Hamilton. Lo cierto era que había nueve probabilidades contra cinco que la gente de la ciudad supiese la existencia de un puente llamado simplemente Hamilton, a menos de una manzana de distancia, para cruzar el río Diamondback, que incidentalmente se convertía en el río Dix un poco más al oeste… En fin, era todo tan complicado que parecía la ciudad de Bolonia, en Italia.

El taxi continuó hacia Riverhead, atravesó la antigua College Road y siguió hacia el oeste, durante varias manzanas, por la Marlowe Avenue. Finalmente, se detuvo delante de una casa de ladrillos rojos, en la Marlowe, no muy lejos del tren aéreo de la Geraldson Avenue. Hawes dejó su coche junto a la acera, paró el motor, y vio cómo Rosalie, a la distancia de unos siete autos, saltaba fuera del taxi, dirigiéndose directamente a dicho edificio. Hawes aguardó unos cinco minutos, figurándose que una casa tan alta tenía forzosamente que contar con un ascensor, pues no quería que ella lo estuviese esperando todavía cuando él penetrara en el vestíbulo. Transcurridos los cinco minutos, cruzó el portal, buscó los buzones y empezó a leer los nombres.

La casa constaba de diez pisos, con seis apartamentos cada uno. Según los nombres de los buzones, Oscar Hemmings no vivía allí.

Sin embargo, en el buzón correspondiente al apartamento 45, figuraba una placa con un nombre que Hawes reconoció.

Bizqueó los ojos y se rascó la cabeza.

—MI ESPOSO ESTÁ EN el centro para comprar chatarra —explicó Bárbara Loomis—. ¿Qué desean?

Llevaba unos pantalones cortos muy ceñidos, de color azul marino, con una camisa rosa, con unas cintas anudadas justo debajo de sus pechos.

—Entren, entren —les invitó—. Nadie va a morderles.

Entraron en el apartamento, sentándose a la mesa de la cocina. El gordo Ollie intentó varias veces observar lo que había debajo de la camisa. Tenía el convencimiento de que no era un sostén. La parte superior de la camisa, por otra parte, no estaba abrochada.

Carella puso las fotografías encima de la mesa…, los retratos de Alfred Allen Chase, junto con los que había sacado de Charlie Harrod después de muerto, con los ojos muy abiertos y mirando sin ver a la cámara. Expuso el retrato de Elizabeth Benjamin, de pie, contra la fachada de un edificio, sonriendo; y también las de frente y de perfil, que Ollie había tomado aquella misma mañana, de Worthy y Oscar Hemmings.

—¿Reconoce a alguna de estas personas? —le preguntó Carella a Barbara.

—Oh, sí, claro —asintió la portera—. ¿Qué ha sido del policía pelirrojo? ¿Por qué no ha traído él esas fotos?

—Ya lo hacemos nosotros, ¿verdad? —sonrió Ollie.

—¿A quién reconoce? —insistió Carella.

—¿Quieren una cerveza? —preguntó a su vez Barbara.

—No, gracias.

—Bueno, una no vendría mal —aceptó Ollie.

Contempló cómo Barbara se levantaba, estudiando atentamente su trasero mientras se dirigía al refrigerador. Le guiñó un ojo a Carella y volvió a sonreír.

Barbara regresó a la mesa, dejó la cerveza delante de Ollie, y se concentró en las fotografías.

—Esta es la chica que estuvo con Frank las dos noches —indicó, señalando a Elizabeth Benjamin.

—¿Y los otros?

—Dos de ésos vinieron a ver a Frank a finales de julio.

—¿Cuáles? —quiso saber Carella.

—Este y éste —Barbara señaló con el índice a Charlie Harrod y a Robinson Worthy.

—¿Reconoce al de ese otro retrato? —continuó Carella.

—¿A éste? —la mujer cogió uno de los retratos tomados por Ollie y estudió el rostro de Oscar Hemmings—. No. No le he visto nunca. Esto no quiere decir que no haya venido, sino que yo no le vi.

—De acuerdo. ¿Y éste? —preguntó Carella, destacando la fotografía de Alfred Allen Chase.

—No, tampoco le he visto en mi vida —negó Barbara. Volvióse hacia Ollie y sonrió—. ¿Qué tal la cerveza?

—Deliciosa. Deliciosa, mi pequeña ricura.

Barbara rio con una risita infantil.

Una vez en el coche, camino de la comisaría, Carella comentó:

—Worthy y Harrod. Sí, son los dos que se pusieron en contacto con Reardon, lo que significa que el Plan de Desarrollo de Diamondback es el responsable del incendio del almacén.

—Exacto —convino Ollie—. Opino que sería fácil acostarse con esa tía, ¿eh?

—No sé… —repuso Carella, distraídamente.

—¿Sabes qué me dijo?

—¿Qué?

—Que su dormitorio tiene aire acondicionado. Seguro que esa tía está deseando acostarse conmigo.

—Rosalie Waggener fue la que estuvo en Bremen —reflexionó Carella en voz alta, fiel a su idea—. Y es la novia de Hemmings.

—Exacto —replicó Ollie—. Sí, creo que podría acostarme con esa tía.

—Rosalie voló hacia Bremen el día antes de que Bahmann acusara el recibo del pago efectuado por Grimm. Un cheque no hubiese llegado tan de prisa, de manera que alguien tuvo que efectuar el pago personalmente. Y ese alguien tuvo que ser Rosalie.

—Creo que a esa tía le haré una visita esta noche.

—¿Pero cuál es la conexión, Ollie? ¿Por qué tuvo que pagar la novia de Hemmings una factura de Grimm, mientras la empresa de la que aquél es socio se dedicaba a incendiar el almacén? Esto no tiene sentido. No, no lo tiene, en absoluto.

Todavía tuvo menos sentido cuando llegaron a la comisaría. Hawes les estaba aguardando. Manifestó que Rosalie Waggener había pasado casi una hora en un apartamento de la Marlowe Avenue antes de regresar a Isola.

El buzón del vestíbulo de aquel edificio de ladrillos rojos lo identificaba como perteneciente a Alfred Allen Chase.

10

FUERON EN BUSCA DE ROSALIE Waggener a las cuatro de la tarde para trasladarla a la comisaria. Le aseguraron que no la acusaban de nada, aunque tenían fundadas razones para creer que ella poseía cierta información relacionada con una investigación en marcha, por cuyo motivo le agradecerían que respondiese a algunas preguntas. Rosalie respondió que contestaría a todo lo que le preguntasen, con la presencia de un abogado. Le explicaron otra vez que no estaba acusada de nada, ella insistió en lo del abogado, y entonces los detectives añadieron que podían obligarle a declarar ante un gran jurado, si bien no deseaban hacerlo puesto que Rosalie no había sido acusada de nada.

Muy a regañadientes, la joven decidió contestar todas las preguntas.

—Según su pasaporte —empezó Carella—, usted llegó a Alemania Occidental por el aeropuerto de Bremen, el veinticinco de julio. ¿Correcto?

—Sí, correcto.

—¿Y volvió a los Estados Unidos el veintisiete de julio? ¿Correcto?

—Sí.

—Alegó haber ido a visitar a unos parientes de Zeven.

—Es verdad.

—Bien, necesitamos los nombres, señas y número de teléfono de sus parientes en Zeven —precisó Carella.

—¿Por qué?

—Porque vamos a comprobar con la Policía alemana si existen o no tales parientes.

—Existen —afirmó Rosalie.

—Entonces díganos sus nombres.

—No tengo por qué hacerlo.

—Exacto, no tiene por qué hacerlo. Al menos, no aquí. Pero sí ante un gran jurado. A su placer.

—¿Los molestará la Policía? Me refiero a la alemana.

—Sí, naturalmente. Efectuarán la debida comprobación.

—¿Por qué?

—Para estar seguros de que usted fue a verles.

—Fui.

—Bien, ¿cómo se llaman?

—Son muy viejos. No quiero que los moleste la Policía. Además, ¿de qué investigación se trata? Ustedes dijeron que yo podía informarles…

—Así es.

—¿Sobre qué?

—¿Conoce a un hombre llamado Roger Grimm?

—No.

—¿Estuvo usted en Bremerhaven cuando fue a Alemania Occidental?

—No.

—¿Conoce una empresa llamada Bachmann Speditionsfirma?

—No.

—La empresa está en Bremerhaven.

—No.

—¿Por qué fue a visitar a Alfred Chase esta tarde?

—¿Quién dice que yo…?

—Yo la seguí hasta allí —intervino Hawes—. Al 5361 de la Marlowe Avenue. Chase vive en el apartamento 45.

—¿Fue a verle o no? —insistió Ollie.

—Fui a verle.

—¿Por qué?

—El señor Chase deseaba dictarme varias cartas. Como ya les dije, trabajo como secretaria a horas sueltas para…

—¿Por qué no se las dictó en la oficina?

—Porque está cerrada los sábados.

—Yo estuve allí esta mañana —intervino Ollie—, y estaba abierta.

—Bueno, probablemente el señor Chase no quería ir al despacho. Entiendan, yo no soy el jefe. Si me piden que vaya a Riverhead, voy —Rosalie se encogió de hombros—. Yo no soy el jefe.

—¿Quién es el jefe?

—Son tres socios.

—Creía que Hemmings era su novio.

—Lo es. Pero yo trabajo para la compañía. Esto no tiene nada que ver con Oscar. Ni Oscar tiene nada que ver con ello. Quiero decir que si uno de los socios me pide que haga algo, tengo que hacerlo. Es mi empleo. Si su jefe le pide que haga algo, lo hace usted, ¿verdad?

—Yo no estoy prometido a mi jefe —gruñó Ollie.

—Intento aclararles que mi empleo es como otro cualquiera. Hago lo que me ordenan.

—¿Qué le ordenan? Aparte del dictado y pasar cartas a máquina.

—Hago el trabajo de una secretaria. Exactamente, el trabajo de una secretaria.

—¿Le ordenaron ellos que fuese a Alemania?

—No. Fui a ver a mis parientes.

—¿Cómo se llaman? —persistió Carella.

—Diré sus nombres si me prometen no molestarles.

—No puedo prometer nada. Pondré una llamada transatlántica tan pronto como tengamos esa información.

—¿Por qué? ¿Por qué son tan importantes mis parientes?

—Tratamos de averiguar por qué estuvo usted en Alemania, señorita Waggener. ¿La enviaron allí los del Plan de Desarrollo?

—No.

—¿Fue Roger Grimm?

—Nunca he oído hablar de Roger Grimm.

—¿Llevó dinero a Alemania?

—¿Dinero? ¿Qué quiere decir? Claro que me llevé dinero.

—¿Cuánto?

—El preciso para el viaje. En cheques de viajero.

—¿Cuánto?
—No me acuerdo. Algo más de mil dólares.
—¿Lo gastó todo?
—No, no todo.
—Entonces, todavía tendrá unos cheques sin cambiar.
—Pues… sí, supongo que si. Es posible que lo gastara todo.
—¿Lo gastó todo o no lo gastó?
—Sí, lo gasté todo.
—Hace un instante dijo que no lo había gastado todo.
—Me equivoqué.
—O sea que no tiene ningún cheque por cambiar.
—Exacto, no tengo ninguno.
—¿Dónde adquirió los cheques de viaje?
—En un Banco.
—¿En cuál?
—Lo olvidé. En un Banco del centro.
—¿Cuándo los adquirió?
—Unos días antes de salir de viaje.
—Esto debió ser… —Carella estudió el calendario de la mesa—. Usted se marchó el veinticinco de julio, que era jueves, o sea que adquirió los cheques antes de esa fecha.
—Sí.
—¿Aquella misma semana?
—Sí.
—Bien. Pudo ser el lunes, el martes o el miércoles, ¿verdad? El veintidós, el veintitrés o el veinticuatro de julio. ¿Fue uno de esos días cuando adquirió los cheques, señorita Waggener?
—Sí.
—¿Qué clase de cheques de viaje?
—American Express.
—¿Le importaría que llamemos a American Express?
—¿Por qué ha de llamarles?
—Para averiguar el día exacto que adquirió los cheques.
—Fueron solamente unos mil… ¿por qué son tan importantes? Todo el mundo usa esa clase de cheques. No entiendo por qué…
—Algunas personas llevan dinero contante —le recordó Hawes.
—Sí, eso creo —asintió Rosalie.
—¿Llevaba usted dinero contante? —inquirió Carella—. Aparte

de los cheques, claro.

—Un poco, sí. En realidad, no me acuerdo.

—¿Cuánto? —quiso saber Ollie.

—Muy poco. Unos cien dólares o así.

—¿Esto fue todo lo que se llevó a Alemania? ¿Mil dolores en cheques de viaje y…?

—Bueno, mil dólares, más o menos. No recuerdo la cantidad exacta.

—Digamos mil dólares, ¿eh? Mil en cheques de viaje y unos cien en billetes.

—Sí, eso es.

—De acuerdo, vamos a llamar a American Express —propuso Ollie.

—Probablemente no llevarán ningún registro —observó Rosalie vivamente.

—¿Por qué no?

—Porque… Oh, no recuerdo si fueron American Express o de otra clase.

—¿De qué otra clase pudieron ser?

—No me acuerdo. Me limité a pedir cheques de viaje. No, no recuerdo de qué clase me los dieron.

—En esta ciudad no hay muchas compañías que expendan cheques de viaje —objetó Carella—. Si no le importa, las llamaremos a todas.

—Yo…

—¿Sí…?

—En realidad, todo me lo llevé en dinero contante.

—¿Pues por qué mintió hasta ahora?

—Porque no sabía cuál es la cantidad que permiten sacar del país. Pensé que podía haber algo ilegal… No conozco muy bien las leyes.

—¿Cuánto dinero se llevó?

—Ya lo he dicho: un poco más de mil dólares.

—En billetes.

—Sí.

—¿Está segura de que fue en billetes?

Hace unos momentos dijo que fue en cheques de viaje, ahora asegura que fue en billetes. ¿Está completamente segura?

—Oh, sí, estoy segura.
—¿Está también segura de la cantidad?
—¿La cantidad?
—Sí. Fueron mil dólares, ¿verdad?
—Más o menos.
—¿Cuánto?
—¿Cómo?
—¿Cuánto más o menos? ¿Más de mil dólares o menos de mil?
—Más.
—¿Cuánto más?
—Oh, mil cien, mil doscientos… algo por el estilo.
—¿De dónde consiguió el dinero?
—Yo lo tenía. Lo iba ahorrando.
—¿Dónde lo tenía?
—En mi apartamento.
—¿No lo tenía en ningún Banco?
—No.
—¿Pensó que era seguro tener mil trescientos dólares en un apartamento de Diamondback? —preguntó Ollie con incredulidad.
—Sí. Jamás me han robado nada. Llevo viviendo allí unos tres meses y nunca me han quitado nada. Pensé que el dinero estaba seguro.
—¿Dónde vivía antes?
—En el centro. En el Quarter.
—¿Dónde conoció a Oscar Hemmings?
—Creo que en una fiesta.
—¿Cuánto tiempo hace?
—Oh, hace seis o siete meses.
—¿Cuánto hace que están comprometidos?
—Cuatro o cinco meses.
—¿Se comprometieron antes de trasladarse usted al apartamento de Sebastian Avenue?
—Sí.
—¿Quién pagó la remodelación del apartamento?
—Oscar.
—¿Oscar o la compañía del Plan de Desarrollo?
—Supongo que la Compañía. Hacen esta clase de negocios, ya saben. Compran edificios viejos y los remodelan.

—Ah… ¿remodelaron todos los apartamentos de aquel edificio?

—Sí, creo que sí.

—Pero no la fachada.

—No, la fachada no.

—¿Por qué?

—No lo sé —replicó Rosalie—. Quizá no querían gastar más dinero. Para la fachada, quiero decir.

—¿Quién más vive en esa casa? —intervino Hawes.

—Mucha gente.

—¿Conoce a alguno de los inquilinos?

—Por lo general, no me trato con ellos.

—Ha dicho que conoció a Oscar Hemmings hace seis o siete meses. ¿Dónde fue? ¿En Diamondback o en el Quarter?

—Oh, no, le conocí en Las Vegas.

—¿En Las Vegas? ¿Qué hacía usted allí?

—Solía ir los fines de semana. Cuando vivía en la Costa.

—Oh, vivió en California —comentó Hawes.

—Sí. Nací en California. Hace poco vine aquí. Después de conocer a Oscar.

—¿A qué se dedicaba en la Costa? —inquirió Ollie.

—Trabajaba como secretaria.

—¿También a horas?

—Sí, casi siempre a horas.

—¿Para quién trabajó?

—Para distintas compañías…

—Y se iba a Las Vegas cada fin de semana, ¿eh?

—Oh, no cada fin de semana.

—Ya, algunos fines de semana.

—Sí, algunos.

—¿A alguna fiesta?

—Eso es, a alguna fiesta.

—Después, vino hacia el Este y empezó a trabajar para la compañía del Plan de Desarrollo.

—Sí.

—Viviendo con Oscar.

—Sí, después de prometernos.

—En un edificio remodelado por la compañía del Plan de Desarrollo.

—Sí.

—¿Es usted puta, señorita Waggener? —preguntó Hawes de improviso.

—¡No, oh, no!

—¿No la han detenido nunca, señorita Waggener?

—No.

—¿Está segura?

—Bueno… por pequeñas infracciones.

—¿Como cuáles…?

—Violación de tráfico.

—¿Aquí o en California?

—En California.

—¿Dónde vivía allí?

—En Los Ángeles.

—¿Le importa que llamemos a la Policía de Los Ángeles para comprobar si fue usted detenida por algo más grave que una simple violación de tráfico?

—No veo por qué han de comprobar nada.

—¿Por qué no?

—Porque algún día tal vez me decida a regresar a California. No quiero que la Policía de allá me ponga en la lista de personas sospechosas.

—¿Sospechosas?

—Si ustedes les hacen preguntas respecto a mí… pensarán que es por algo.

—Usted no quiere que llamemos a la Policía alemana, no quiere que llamemos a la de Los Ángeles, ni que llamemos a la American Express ni a ninguna compañía expendedora de cheques de viaje…

—Ya dije que llevaba el dinero en billetes.

—Señorita Waggener, son muchas las personas y compañías a las que no quiere que llamemos.

—Me dijeron que no me acusan de nada. Está bien. ¿Por qué voy entonces a permitir que husmeen en mi vida personal?

—Pues, a pesar de todo, vamos a llamar a Los Ángeles… y a Las Vegas.

—¿Por qué?

—Para saber si tiene usted alguna ficha policial.

—Está bien, está bien… —rezongó Rosalie.

—¿Podemos llamar?
—No, no tienen que llamar.
—¿Nos lo va a decir usted?
—Me arrestaron una vez en la Costa por prostitución.
—Ya —asintió Hawes.
—¿Sigue puteando?
—No.
—¿Qué es ese fantástico edificio de Sebastian Avenue? Un burdel, ¿verdad?
—No sabría decirlo. Es donde vivo.
—¿Es un proxeneta Oscar Hemmings?
—¡No, oh, no! —negó Rosalie, iracunda.
—Bueno, volveremos a visitar ese edificio —dijo Carella—. Sí, descubriremos quiénes viven allí.
—Oh, son inquilinos ordinarios, nada más —repuso Rosalie.
—¿Como usted? —preguntó Ollie.
—Yo no he tenido nada que ver con la Policía desde aquella vez en Los Ángeles —se defendió la joven.
—Lo que significa tan sólo que no la han atrapado últimamente —puntualizó Ollie.
—Bah… —Rosalie se encogió de hombros—. ¿Puedo fumar?
—Claro —concedió Carella.
Ollie aplicó su encendedor al cigarrillo que ella sacó del bolso.
—¿Qué sabe usted de ese Plan de Desarrollo? —se interesó Carella.
—Oh, no mucho.
—¿Sabe usted quién puso el dinero para fundar la compañía?
—No, lo siento. Esto no lo sé.
—¿Fue Oscar Hemmings?
—No sabría decirlo.
—¿Quiere decirnos, en cambio, por qué fue a ver a Chase?
—Ya lo dije. Para tomar al dictado unas cartas.
—Dejemos ya ese cuento de la secretaria, ¿quiere? —se enfadó Ollie.
—Pues es lo que soy —proclamó ella—. Una secretaria. No tengo ninguna ficha en esta ciudad, y ustedes no pueden demostrar que sea otra cosa.
—A menos que la atrapemos acostada con un marinero —gruñó

Ollie.

—¡Yo no me acuesto con marineros! —gritó Rosalie—. ¡Ni en la Costa me acostaba con los marineros!

—¿Con quién se acostaba? —sonrió Ollie—. ¿Con negros?

—¿Quieres, por favor, dejar este tema? —mascullό Carella.

—¿Qué tema? —volvió a gruñir Ollie.

—Mi vida privada no es asunto suyo —objetó Rosalie.

—A menos que lo haga por dinero.

—Todo el mundo hace las cosas por dinero —sentenció Rosalie.

—¿Quién le dio el dinero que usted llevó a Alemania? —insistió una vez más Carella.

—Lo ahorré, ya se lo dije.

—¿Nos dirá los nombres de sus parientes?

—No.

—Entonces, tendremos que conseguir una citación para que declare delante de un gran jurado. Permita que se lo explique con toda claridad, señorita Waggener. Estamos investigando un caso de incendio provocado, y tenemos buenos motivos para creer que el Plan de Desarrollo para Diamondback está metido en el asunto. También poseemos suficientes pruebas para arrestar a Robinson Worthy…

—Pues arréstenle —replicó Rosalie.

—… y acusarle de complicidad en un delito de incendio provocado, en cuyo caso el gran jurado la citará a usted a declarar como testigo.

—¿Testigo de qué? ¿De un incendio? ¡Usted no está en sus cabales!

—Si confiesa lo que sabe, se ahorrará muchas molestias. ¿Qué puede decirnos?

—Les he dicho todo lo que sé.

—Permita explicarle lo que le preguntará el gran jurado, ¿de acuerdo?

—Adelante.

—Ante todo, le comunicarán que el hombre cuyo almacén se incendió se llama Roger Grimm. También le manifestarán que tenía negocios con una empresa de embalajes llamada Bachmann Speditions, firma de Bremerhaven, y que el propio Bachmann envió el acuse de recibo del pago de sus servicios el veintiséis de julio, un

día después de llegar usted a Bremen, que está a sólo cincuenta kilómetros de Bremerhaven. Le preguntarán a usted, bajo juramento, si entregó usted cierta cantidad de dinero a Bachmann, en la fecha mencionada en la carta del acuse de recibo. Si usted se niega a contestar…

—¿Por qué tendría que negarme? Nunca oí hablar de ese Erhard Bachmann ni jamás le entregué dinero alguno.

—¿Cómo sabe usted su nombre completo? —saltó Carella instantáneamente.

—¿Qué?

—¿Cómo sabe usted que se llama Erhard Bachmann?

—Oh, Erhard es un nombre muy corriente en Alemania —sonrió Rosalie.

—Lo mismo que Fritz —sonrió también Ollie.

—Oh… no sé cómo pude adivinarlo…

—Tal vez esté usted metida en este asunto más de lo que creíamos —murmuró Ollie, en un aparte aparentemente confidencial a Carella.

—Tal vez —asintió éste—. ¿Crees que podemos acusarles a ambos, a ella y a Worthy?

—No veo por qué no —opinó Hawes.

—¿Acusarme de qué? —preguntó la joven, frunciendo el ceño.

—Del incendio. Como accesorio del delito de incendio provocado.

—No tengo nada que ver con ese incendio del almacén de Grimm —negó ella—. Lo único que hice…

—Sí, ¿qué fue? —la urgió Ollie.

—Fue llevar el dinero a Alemania.

—¿Qué dinero?

—El dinero que me dio Alfie.

—¿Alfie? ¿Se refiere a Chase?

—Sí.

—¿Chase le dio dinero para que se lo entregara a Bachmann?

—Sí.

—¿Billetes?

—¿Cuánto?

Rosalie titubeó.

—¿Cuánto, maldita sea? —rugió Ollie.

—Medio millón de dólares —murmuró la joven.
—¿Para qué? ¿Qué estaba pagando Chase?
—No lo sé. Únicamente me ordenó entregar el dinero.
—¿De quién era el dinero? ¿De Chase o del Plan de Desarrollo?
—No lo sé.
—Se lo preguntaré de otra forma, señorita Waggener: ¿estaban enterados Oscar Hemmings y Robinson Worthy de su viaje a Alemania?
—No.
—¿Ignoraban que usted se iba a Alemania con medio millón de dólares entregados a usted por Chase?
—Exacto.
—Creí que usted vivía con Hemmings.
—Vivo con él. Le dije que me iba a la Costa a visitar a mi madre.
—¿Por qué mintió?
—Porque… a veces se pone un poco pesado. A veces… me zumba… vamos, me pega.
—¿Qué hay entre usted y Chase? —quiso saber Ollie.
—Nada.
—¿Nada? ¿Y él le encargó que llevara medio millón de dólares en su nombre? ¡No trago, muñeca!
—Bueno… nosotros… tenemos un lío.
—¿Está enterado Hemmings?
—¡Claro que no!
—O sea que usted tontea con Chase a espaldas de Hemmings, ¿verdad?
—No tonteamos. Estamos enamorados.
—Oh, perdone —murmuró Ollie, haciendo una reverencia—. No comprendí que era amor. Por favor, perdóneme.
—¿Por qué no le contó a Hemmings que se iba a Alemania? —intervino Carella.
—Porque Alfie me pidió que no se lo contara.
—¿Era dinero personal de Alfie el que llevó usted a Alemania?
—No lo sé.
—Bueno, si Alfie le pidió que no les contase nada a sus socios…
—Eso es verdad.
—Entonces, el dinero debía ser suyo. A menos que lo robase de la compañía…

—¡Alfie no es ladrón!

—O sea que el dinero era suyo, ¿eh?

—Eso creo.

—¿Sí o no?

—Sí.

—¿Le dijo que el dinero era suyo?

—Sí, me lo dijo.

—¿De dónde lo sacó?

—No lo sé.

—¿Por qué se lo entregó a Erhard Bachmann?

—No lo sé.

—¿No sabe nada de sus tratos con Bachmann?

—Nada.

—¿Por qué engañó a Hemmings? —preguntó Hawes.

—¡No le engañé! —se encolerizó ella—. Alfie me ofreció algo mejor, eso es todo.

—¿Mejor que el matrimonio?

—¿Matrimonio? ¿De qué está hablando?

—Usted dijo que estaba prometida a Hemmings.

—Oh, no —negó Rosalie—. Trabajo para él, pura y simplemente. Soy una puta, ¿de acuerdo? Formo parte del corral, ¿lo entienden? ¡Y estoy harta, harta! Por eso me enredé con Alfie.

—¿Cuántas chicas en ese corral? —se interesó Ollie.

—Unas treinta.

—¿Todas en la casa de Sebastian Avenue?

—No, allí solamente unas doce. Oscar posee otros dos burdeles, no sé exactamente dónde.

—¿Quién es el mamón? —tornó Ollie a la carga.

—No entiendo.

—¿Quién es el policía que cobra? No es posible que por una casa desfilen una serie de individuos sin que alguien lo observe. Bien, ¿quién es el que cobra?

—No acuden allí una serie de individuos —le corrigió Rosalie—. Se trata de una operación de lujo.

—¿Cuánto cobran?

—Doscientos, trescientos por noche.

—¿A Alfie le ofreció un trato mejor?

—No esa clase de trato. Nada de prostitución. Me prometió

hablar con Oscar y lograr que yo abandonase esa vida. Dijo que si quería quedarme con él, en el futuro habría montones de dinero para los dos.

—¿Dinero? —repitió Ollie, extrañado—. Caramba, pensaba que era amor.

—También dinero —afirmó Rosalie.

—¿Cuánto?

—Alfie habló de millones. Sí, aseguró que iba a ser millonario.

—¿De dónde sacó Alfie el medio millón que envió a Alemania? —inquirió Ollie.

—No lo sé.

—¿Está Alfie metido en las operaciones del burdel?

—No, es cosa de Oscar, nada más.

—¿Es Oscar el fulano que puso el dinero para el Plan de Desarrollo?

—Creo que sí. No lo sé. En realidad, no sé nada de los asuntos financieros de esa compañía.

—¿Adquieren esas casas para convertirlas en burdeles?

—No lo sé.

—¡Pero usted dijo que esa operación únicamente corría a cargo de Oscar!

—Es verdad.

—Entonces, ¿cuál es el verdadero negocio de los otros?

—No lo sé.

—¿Cuál es el negocio que tiene Alfie con Bachmann?

—No lo sé.

—¿La esperaba Bachmann cuando usted llegó a Alemania?

—Sí, pero usé un nombre falso. Alfie me lo ordenó.

—¿Qué dijo Bachmann cuando usted le dio el dinero?

—Dijo: *Danke sehr*.

ESTE FUE EL FINAL DE la pequeña charla sostenida con Rosalie Waggener. Por entonces, los detectives tenían el convencimiento de que la joven había confesado todo cuanto sabía, o todo lo que estaba dispuesta a confesar. La dieron las gracias (en inglés, no en alemán), pidiéndole

que esperase en una salita. Por lo que conjeturaban, Chase y Grimm eran socios a partes iguales en el negocio de las figuritas de madera. Sin saberlo Hemmings ni Worthy, Chase le había pagado, con dinero de su bolsillo, medio millón de dólares al embalador de Grimm, en Alemania, y Grimm (antes de ver su almacén incendiado), estaba dispuesto a pagar otros quinientos mil por un cargamento nuevo, cuando llegase a América. Según los cálculos del propio Grimm, el valor de reventa de tal cargamento era de un millón de dólares. Los tres detectives que llevaban el caso no se hallaban demasiado al corriente de las transacciones de alto nivel bursátil, en las que se manejaban cifras astronómicas. Sabían únicamente que los hilos de una tela de araña estaban muy enredados, más aún cuando la tela de araña tiene como fundamento el engaño; también sabían que nadie invierte un millón de pavos con la esperanza de recuperarlos sin más.

Había llegado el momento de jugar un poco al póquer.

11

OLLIE ENCONTRÓ A OSCAR Hemmings en el apartamento que compartía con Rosalie, supervisando la reparación de la cerradura rota. Cuando el cerrajero vino vio la pistola en la mano del detective se puso muy nervioso. Dejó caer el destornillador, e inmediatamente recogió todas sus herramientas. Hemmings, en mangas de camisa, con el cuello desabrochado y las mangas arremangadas, el monograma O. H. sobre el bolsillo de pecho de dicha prenda, le preguntó sosegadamente a Ollie qué sucedía.

—Lo que sucede es un asesinato —respondió Ollie—. Y un incendio provocado.

—Creía que ya habían detenido a los asesinos de Charlie Harrod.

—Exacto —afirmó Ollie—. Pero hablaremos de esto en la comisaría, ¿eh? Varios de sus amigos ya están allí. Oh, sí, esta tarde celebraremos una pequeña fiesta, incluso con té.

Hemmings se encogió de hombros, y Ollie le siguió al interior del apartamento mientras aquél se bajaba las magas, se abrochaba el cuello de la camisa, y se ajustaba una corbata. Luego, se puso la chaqueta. Ollie no dejó de apuntarle ni un instante. Cuando los dos volvieron al vestíbulo el cerrajero había desaparecido.

—No ha arreglado la cerradura —se lamentó Hemmings.

—No se preocupe —gruñó Ollie—. Donde va usted hay un montón de cerraduras.

Ollie jugaba sobre seguro. Sabían ya bastantes cosas contra Hemmings como para acusarle por mantenimiento de una casa de

prostitución, y posiblemente por vivir de los ingresos de tal prostitución. Naturalmente, él habría podido objetar que a pesar de vivir con una prostituta, tenía otros medios de vida, por ejemplo, sus intereses en el Plan de Desarrollo. Sin embargo, esos tres delitos eran de poca monta, por lo que los detectives habían decidido jugárselo el todo por el todo. Cuando Ollie arrestó a Hemmings, tuvo lugar una peculiar metamorfosis interna: empezaba a creer que había ya bastante ropa sucia en aquella empresa del Plan de Desarrollo como para acusar a los tres socios de incendio provocado y homicidio.

HAWES FUE VÍCTIMADE LA MISMA euforia cuando arrestó a Robinson Worthy. El listín telefónico daba como dirección de Worthy el 198 de la North Twenty-seventh Street, y allí fue donde lo encontró a las seis y diez minutos. Worthy se estaba afeitando, por lo que abrió la puerta con pantalones y camiseta, el rostro lleno de jabón, Hawes empuñaba su pistola.

—¿Qué es esto? —preguntó Worthy.

—Tenemos que hacerle algunas preguntas en la comisaría —explicó Hawes.

—Para eso no necesita la pistola —arguyó Worthy.

—Ya lo sé. Ya tenemos bastante sin ella.

—¿Puedo terminar de afeitarme?

—No. Límpiese la cara.

CUANDO ROGER GRIMM llegó a la comisaría, Hawes y Ollie estaban apostando tan alto que cualquiera habría pensado que el fiscal del distrito ya había conseguido una serie de condenas. Grimm se detuvo delante de la valla divisoria, tendió la vista al otro lado y divisó a los detectives sentados a un escritorio, con Worthy y Hemmings.

—¿Puedo entrar? —preguntó tranquilamente.

—Sí, por favor —asintió Hawes—. Gracias por haber venido,

señor Grimm.

Fue hacia la valla, abrió la portezuela y le dejó entrar. Habían llamado antes a Roger Grimm, preguntándole si podía acudir a la comisaría por un asunto relativo a su caso de incendio. Naturalmente, él accedió al momento, asegurando que sería puntual. Todavía ignoraba que era sospechoso de llevar a cabo un negocio fraudulento junto con Chase. De haberlo sabido, se habría mostrado tan aprensivo como lo estaban Hemmings y Worthy. El motivo de tal aprensión era muy sencillo: la confianza absoluta, aunque infundada, que demostraban poseer Ollie y Hawes, tenía sobresaltados a los socios del Plan de Desarrollo.

—Ollie —dijo Hawes—, te presento al señor Roger Grimm, el hombre que fue víctima de los incendios.

—¿Cómo está usted? —preguntó Ollie, levantándose y estrechando la mano de Grimm—. Encantado de conocerle. He oído hablar tanto de usted…

—Supongo que siempre en mi favor —sonrió débilmente el otro.

La confianza de Ollie empezaba a afectarle. Era tan palpable como una corriente eléctrica. Si alguno hubiese tocado a uno de los dos detectives, habría podido quedar electrocutado en el acto.

—Y esos caballeros son el señor Robinson Worthy y el señor Oscar Hemmings, socios de una empresa conocida como Plan de Desarrollo de Diamondback, señor Grimm.

Hawes, tras las presentaciones, sonrió con agrado.

Los nombrados se miraron uno al otro. Como Worthy y Hemmings eran socios de Chase, y como Grimm también lo era, los detectives estaban seguros de que se conocían. Sin embargo, no lo demostraban y fingían, como si esta fuese la primera vez que se veían cara a cara. Aquella confrontación sobresaltó aún más a Worthy y Hemmings.

—Mucho gusto —murmuró Grimm, con cierta inquietud.

Los otros dos inclinaron la cabeza y la inquietud se trocó en precaución.

—Bien, ¿qué opinas? —inquirió Ollie, dirigiéndose a Hawes—. ¿Empezamos sin Carilla?

Estaban seguros de que la llegada de Chase sería la carta sorpresa, revelada en el último momento, cuando las apuestas fuesen altas y el *pot* estuviese cerrado. Carella había dicho que

llegaría a las siete. Por eso se le había pedido a Grimm que se presentase en la comisaría a las seis cuarenta y cinco. Eran ya las seis y cincuenta, de manera que la partida de póquer iba a empezar. El interrogatorio que tuvo lugar a continuación resultó muy especial. Ollie y Hawes jugaban la partida como si tuvieran un trío real…, aunque todavía necesitaban una carta esencial: Chase. Worthy y Hemmings, asustados por la gran seguridad con que los dos detectives apostaban y elevaban las apuestas, supusieron que sus manos eran formidables, aunque en realidad no eran malas del todo. Grimm, sentado con un par de doses, asistía a aquellos procedimientos como un forastero al que hubiesen invitado al juego, sin saber que las apuestas serían altas y los compañeros rápidos en apostar. Todo era muy especial.

—Bien, señor Worthy —preguntó Ollie—, ¿puede decirnos por qué pasaba el tiempo con Frank Reardon?

—No conozco a ningún Frank Reardon —negó el interrogado.

A los detectives les gustó la respuesta. Worthy empezaba con un farol.

—No es verdad —refutóle Hawes—. Usted vio a Frank Reardon varias veces en compañía de Charlie Harrod.

—¿Quién lo dice?

—Lo sabemos positivamente gracias a una mujer llamada Barbara Loomis, esposa del portero de la casa de Reardon.

—Bueno… —Worthy se encogió de hombros.

—¿Fue a verle o no?

—Sí, estuve allí. Lo cual no significa nada.

—Significa que usted fue a ver a una persona que estaba empleada como vigilante en el almacén del señor Grimm —replicó Hawes—. ¿No es cierto, señor Grimm?

—Lo es —asintió el aludido.

Estaba intrigado, como si tratara de decidir si sus dos doses valían una apuesta.

—En fin, Frank Reardon era amigo mío —añadió Worthy.

—¿Sabía que trabajaba para el señor Grimm?

—No.

—Creí haber oído que era amigo suyo —le recordó Ollie.

—Sí, pero no sabía dónde trabajaba.

—¿Sabe lo que hizo Frank Reardon el siete de agosto?

—No. ¿Qué hizo?

—¿Lo sabe usted, señor Hemmings?

El interrogado encendió un cigarrillo antes de responder.

—No conozco a Frank Reardon —respondió, tras lanzar una columna de humo—, y estoy seguro de que nadie puede afirmar que le visité.

—Exacto —corroboró Ollie—. Tiene usted toda la razón. Nadie le vio nunca allí. Lo único que sabemos es que Harrod y el señor Worthy, aquí presente, fueron a ver a Frank Reardon. De todos modos, ninguno de ustedes sabe lo que hizo Reardon el siete de agosto, ¿correcto?

—Correcto —asintió Worthy.

Hemmings inclinó la cabeza y lanzó otra bocanada de humo al aire.

—Aquel día —aclaró Hawes—, Frank Reardon puso una cantidad no especificada de hidrato dórico en una botella de whisky.

—Le pagaron cinco mil pavos para ello —continuó Ollie—. Recibió el dinero el dos de agosto.

—Más tarde lo mataron con una automática Smith y Wesson, de nueve milímetros, propiedad de Charlie Harrod —agregó Hawes.

—¿De veras? —Grimm estaba sorprendido.

—Sí, de veras.

—¡Entonces, ustedes saben quién mató a Frank!

—Sí, señor Grimm, sabemos quién mató a Reardon —aseguró Hawes.

No se molestó en explicar que solamente sabían qué pistola le había matado. No era el momento más oportuno para jugar según Hoyle, habiendo tantas fichas sobre el tapete.

—Así, pues, deben saber…

—Paciencia, señor Grimm, paciencia —le aconsejó Hawes.

—¿Por qué lo mataron? —insistió el dueño del almacén.

Sus doses empezaban a parecerle excelentes. Incluso pensaba aumentar un poco el *pot*.

—Porque sabía de qué manera quedaron fuera de acción los dos vigilantes de noche —explicó Hawes.

—¿No es verdad, señor Worthy? —añadió Ollie.

El aludido no se dignó contestar. Decidió aguardar con una

escalera al ocho de diamantes.

—Estamos dejando de lado al señor Hemmings —recordó Hawes.

—Ahora vamos por usted —gruñó Ollie—. ¡Y con sus burdeles! ¡Y con su bomboncito de alto precio, Rosalie Waggener! ¡Y con su viaje a Alemania!

—¿Qué viaje a Alemania? —quiso saber Hemmings, gritando y poniéndose de pie.

Tenía casi ful de ases y estaba seguro de que ninguno de los dos policías tenía el as que lo completaría.

—Ah, ¿no estaba enterado? —fingió sorprenderse Ollie—. Diantre, ¿ella no se lo contó? ¿No le dijo nada de su viaje a Bremerhaven? ¿Ni de haber llevado medio millón de dólares allá?

Worthy y Hemmings habían estudiado sus cartas tan pronto como Ollie mencionó Bremerhaven, e inmediatamente examinaron el montón de fichas del centro de la mesa, cuando oyeron lo del medio millón de dólares. Roger Grimm, por otra parte, empezó a palidecer tan pronto como oyó el nombre de Rosalie Waggener. Ahora estaba positivamente enfermo. Era el hombre que de repente comprende que un par de doses no valen ni el culo de una rata en una jugada de póquer de tal calibre. Hemmings fue el primero en recobrar la sangre fría. Sus cartas podían seguir siendo buenas. Sin pensar, levantó de nuevo la apuesta.

—Rosalie jamás ha estado en Alemania —proclamó.

—Estuvo allí el veinticinco de julio —objetó Hawes—. Hemos visto su pasaporte. Además, ella ha confesado haber ido.

—¿Adónde ha dicho?

—A Bremerhaven.

—¿Para qué demonios tenía Rosalie que ir a Bremerhaven? —preguntó Hemmings, aumentando más la apuesta.

—Para entregarle medio millón de dólares a un tipo llamado Erhard Bachmann —repuso Hawes.

—¿Le conoce, señor Grimm? —intervino Ollie.

—Sí… Yo… Oh, sí, es mi embalador. Embala mis…, mis figuras de madera.

—¿Y usted, señor Hemmings? ¿Conoce a un individuo llamado Erhard Bachmann?

—No.

—¿Señor Worthy…?

—No.

—Por lo visto, el único de ustedes que conoce a Bachmann es usted, señor Grimm. ¿Conoce también a Rosalie Waggener?

—No.

Ollie miró el reloj. Las siete menos tres minutos.

—¿Por qué supone que esa joven le dio medio millón a su embalador?

—No tengo la menor idea —declaró Grimm.

—¿No fue usted quien la envió a Alemania?

—¿Yo? —se irritó Grimm—. ¿Yo?

—¿Fue usted?

—¡Claro que no! Ni siquiera la conozco. ¿Cómo podía…?

—Oh, está bien —trató de aplacarle Hawes—. Usted no pudo haberla enviado a Alemania.

—Eso es.

—Porque la envió Alfie.

—¿Alfie? —repitió Hemmings, inclinándose hacia delante.

—Alfred Allen Chase, su socio —aclaró Ollie.

—¿Qué? —gritó Hemmings.

—¡Cállate, Oscar! —le aconsejó Worthy.

—Alfie le dio el dinero a Rosalie —añadió Hawes.

—Para llevárselo a Bachmann —continuó Ollie—. ¿Ustedes no lo sabían, eh, amigos?

—No —asintió Worthy.

—No —repitió Hemmings.

—¿Lo sabía usted, señor Grimm?

—No.

—Pero conoce a Alfie Chase, ¿verdad?

—¿Cómo puedo conocerle?

—Tal vez le encontró en la cárcel —apuntó Hawes.

—En Castleview —precisó Ollie.

—Tal vez le conoce porque estuvieron carteándose todo el tiempo.

—Tal vez le conoce porque trabajaron mucho juntos.

WORTHY

HEMMINGS Y GRIMM volvieron a contemplarse uno al otro. El último empezaba a comprender que su socio, Alfred Allen Chase, indudablemente estaba al corriente de todo lo referente al incendio, antes de tener lugar, y no le había avisado. Worthy y Hemmings empezaban a comprender que su socio, Alfred Allen Chase, había estado mezclado en un negocio con Grimm, a espaldas de ambos. Los detectives ignoraban todavía cuál era el negocio, mas Worthy y Hemmings sí lo sabían, y este conocimiento no les sentaba muy bien, a juzgar por la expresión huraña de sus rostros. Fue en aquel momento cuando Steve Carella entró en la comisaría junto con Chase. Este vio a todos sus socios allí reunidos y pareció dispuesto a huir hacia la puerta.

—Esto no le hará ningún daño —murmuró Carella detrás de Chase, dándole un codazo en dirección a la mesa.

—¿Todo el mundo conoce a todo el mundo? —sonrió Ollie—. Steve, éstos son los señores Worthy y Hemmings, y creo que ya conoces al señor Grimm. Caballeros, el detective Steve Carella. Y, naturalmente, todos ustedes conocen a Alfie Chase porque es socio de todos ustedes.

—Socio de todos ustedes —repitió Hawes.

—¡Tú, hijo de puta! —saltó Hemmings, en dirección al cuello de Chase.

Este estallido fue la señal para que los otros dos detenidos entrasen en acción. Worthy se dirigió a Chase con los puños apretados, al tiempo que Grimm le atizaba simultáneamente una patada en la espinilla. Los detectives tuvieron ciertas dificultades para rescatar a Chase de lo que amenazaba en convertirse en el primer linchamiento dentro de una comisaría en la historia del Departamento de Policía.

Ollie arrojó a Chase a una silla giratoria.

—¿A qué se debe todo esto, Alfie? —le preguntó.

Carella y Hawes hallaban en toda la escena una nota cómica; sin embargo, nadie rio.

La partida de póquer había terminado. Había llegado el momento de contar las fichas y cambiarlas por dinero…, lo que, al fin y al cabo, es el nombre del juego.

INTERROGARON A ALFRED ALLEN CHASE a solas en el despacho del teniente. Le dijeron muchas verdades y muchas mentiras.

Empezaron con una de las últimas.

—Según sus socios, usted es el verdadero protagonista del asunto, Alfie. Usted es quien le ordenó a Charlie Harrod incendiar el almacén de Grimm, usted fue el que…

—Esto es mentira.

—¿Charlie no lo hizo de acuerdo con sus órdenes?

—No. Fue idea de Robbie y de Oscar. Ellos fueron los que le ordenaron a Charlie realizar el trabajito.

—¿Incendiar el almacén de Grimm?

—Sí, y su casa.

—¿Por qué?

—Porque descubrieron algunas cosas respecto a Grimm.

—¿Se refiere al negocio de Bremerhaven?

—Sí.

—¿Respecto a sus tratos con Bachmann?

—Sí. En realidad, lo han confesado todo, ¿eh?, mis socios.

—¿Quiere contarnos su punto de vista sobre ello?

—¿Sobre qué?

—Sobre los tratos con Bachmann.

—Pregúntenselo a Grimm.

—Ya se lo hemos preguntado. Ahora queremos oír su versión de la historia.

—¿Qué les dijo ese estúpido bastardo?

—¿Por qué piensa que es estúpido?

—Porque lo es, nada más.

—Usted fue quien quemó el almacén…, ¿cómo le convierte esto en estúpido?

—¡Yo no lo quemé! ¡Fueron ellos!

—¿Por qué lo quemaron, Alfie?

—Ya lo conté. Se enteraron del negocio y se imaginaron que incendiando el almacén y luego la casa, se asustaría. En cualquier otra ocasión le habrían permitido seguir adelante con el negocio, mas no ahora con el mercado tan apretado.

—¿Cuándo se enteraron?

—A finales de julio.
—¿Quién se lo contó? ¿Bachmann?
—No, ¿por qué iba a decirlo él? Ya había hecho el negocio, tenía su dinero y era feliz.
—Entonces, ¿quién se lo dijo?
—Un imbécil que conocen en Alemania. Llamó a Robbie, imaginándose que le hacía un favor, para poder pedirle otro más adelante.
—Le contó que Grimm tenía tratos con Bachmann, ¿eh?
—Sí.
—¿Qué clase de negocio, Alfie?
—Creí que ya lo sabían.
—No. ¿Qué negocio?
—Descúbranlo. Creí que ya se lo habían confesado. ¿Qué diablos es esto?
—Llamaremos a la Policía de Bremerhaven, registrarán el cargamento y nos lo dirán. Bah, lo mismo puede decirlo usted.
—(Silencio.)
—¿Qué dice, Alfie?
—El contrato iba a nombre de Grimm. Por embalarle los animales. Es a él al que deben colgarle el delito. El contrato es la prueba.
—Usted no tenía nada que ver con ese negocio. ¿Es esto lo que está diciendo?
—Nada en absoluto. No tuve que ver nada en absoluto con el negocio con Bachmann, nada con los incendios. Estoy limpio. Grimm hizo los tratos con Bachmann, no yo.
—¿Cómo le conoció Grimm?
—Bien, Diamondback hizo un negocio con Bachmann hace tiempo.
—¿Con Bachmann?
—Sí.
—¿Cuándo?
—Hace unos seis meses. Tampoco tuve nada que ver con ese negocio. Todo fue cosa de Robbie y Oscar.
—¿Qué clase de negocio fue éste?
—Un negocio honrado. Ganamos dos millones trescientos mil.
—¿Ganamos…, en plural?

—La compañía. Metimos ochocientos mil en el Banco y nos repartimos el resto entre los tres.

—¿En una caía de seguridad?

—¿Los ochocientos mil? Sí. También han confesado eso, ¿eh? ¡Jesús!

—¿Y el resto lo dividieron entre tres?

—Sí. Sin embargo, yo ignoraba la procedencia de la pasta. Estaba limpio entonces y lo estoy ahora. Pensé que eran los beneficios de la compañía.

—¿Y su parte fue de quinientos mil?

—Exacto.

—¿Por qué dejaron los ochocientos mil en reserva? ¿Para futuros tratos con Bachmann?

—Supongo que sí. No obstante, yo nada sabía de lo que planeaba la compañía. Pensé que era una empresa de desarrollo legítima. Esos idiotas intentan cargarme a mí con todas las culpas, cuando ellos son los únicos que tal vez estuvieron complicados en una operación criminal. Sí, yo estuve en la cárcel. Por eso no pensarán que volví a meterme en algo delictivo, ¿no es así?

—Usted no estuvo mezclado en ninguno de los tratos con Bachmann, ¿eh?

—Exactamente.

—Ni siquiera en el negocio de Grimm.

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué envió a Rosalie Waggener a Alemania?

—¿Quién le ha contado esa trola?

—Rosalie.

—¿Ella dijo que yo la envié a Alemania?

—Eso es.

—¡Está majareta perdida!

—Dijo que usted le dio quinientos mil dólares para entregárselos a Bachmann.

—¡Oh…!

—¿Fue así?

—Pues…, sí, para hacerle un favor a Grimm. Necesitaba alguien que llevara el dinero en su nombre, de modo que le sugerí a Rosalie. Bueno, nos conocimos los dos en la cárcel, y me figuré que le hacía un favor.

—No es esto lo que nos contó Rosalie. Aseguró que el dinero era de usted.

—¿Cómo podía saber de quién era?

—Añadió que usted pensaba ganar millones.

—No sé de dónde sacó tal idea.

—Usted no se franquea con nosotros, Alfie.

—Les digo toda la verdad.

—No, no nos dice toda la verdad. La verdad es que usted era socio en el negocio de Grimm.

—¿Quién les dijo tal cosa?

—Grimm.

—¡Maldito estúpido bastardo!

—Socios a partes iguales. Quinientos mil cada uno. Vamos, Alfie. Estamos al corriente de todo.

—(Silencio.)

—¿Qué dice?

—¡No se puede confiar en nadie! ¡Oh, Dios mío!

—¿Era usted socio de Grimm?

—Sí, sí.

—¿Fue dinero suyo el que Rosalie llevó a Alemania?

—Sí.

—¿Por qué se arriesgó tanto enviándola?

—Allí no la conocían. Usó un nombre falso, de manera que no podían relacionarla conmigo. Además, ¿a quién iba a enviar? ¿A ese estúpido bastardo de Grimm? ¿Ese que lo enreda siempre todo?

—¿Por qué ese envío?

—Grimm me dijo que necesitaba un camuflaje, hacer que todo pareciese legal. Protección, añadió. De manera que firmó un contrato para que le embalaran las figuras de madera…, ¿y quieren creerlo?

¡Puso en el contrato su verdadero nombre!

—¿Qué hay tan especial en esos animales, Alfie?

—Nada.

—La Policía de Bremerhaven ahora mismo…

—¡No me importa! Fue Grimm quien firmó el contrato, no yo.

—Ha admitido que eran socios.

—Oh, sí, pero ignoro qué clase de negocios tenía con Alemania.

—¿Qué clase de negocios tenía?

—No estuve mezclado en ellos.

—Nadie dice lo contrario. ¿Cuál era el negocio?

—Dentro de los animales iba medio millón de dólares en heroína.

—¿Estaban huecos los animales?

—No los otros que Grimm compró, pero éstos sí. Él los hizo ahuecar, metiendo dentro la droga. Las bases estaban enroscadas.

—O sea, que Bachmann era el intermediario, ¿eh?

—Un traficante.

—Y lo que usted hizo fue ir a ver a Grimm para contarle que sabía dónde conseguir la droga…

—¡No, no!

—… sabiendo que él tenía la manera de traerla…

—No, están equivocados. Yo no era más que un comerciante que hacía una inversión. No sabía cuál era el verdadero negocio de Grimm.

—¡Estás lleno de mierda, Alfie!

—(Silencio.)

—Está bien, Alfie. ¿Qué más?

—Sí, intentaba ganar algún dinero…, ¿qué mal hay en ello? ¿Saben cuánto habría valido esa basura después de cortarla y refinarla? ¡Once millones de dólares! ¡Vaya negocio! Sí, yo sabía dónde conseguir la droga y Grimm sabía la manera de traerla. Todos los de aduanas sabían que Grimm estaba llevando a cabo un negocio legítimo, de forma que ni siquiera miraron la mercancía importada. Ahuecar los animales, rellenarlos de droga, ponerles de nuevo la base, y a casa completamente libres de sospechas. Perfecto. Soñábamos con un negocio como éste cuando estuvimos juntos en chirona.

—Pero sus socios se enteraron de lo de Grimm, y usted decidió que era más seguro sacrificar la pasta que no… Además, prefirió sacrificar a Grimm que no sacrificarse usted.

—¿Sacrificar a este tipo? ¿A ese estúpido bastardo? Fue su negocio el que ellos descubrieron. ¡Y lo averiguaron por su culpa!

—Pero usted no podía correr el riesgo de que descubriesen que era a ellos a quienes pretendía estafar.

—¡Yo no pretendía estafarles! ¡Se trataba solamente de un negocio, pura y simplemente de un negocio! Repartir entre dos es

mejor que repartir entre tres.

—Usted no fue más que un hombre de negocios muy emprendedor, ¿verdad Alfie? Primero engaña a unos socios, y acto seguido arroja su nuevo socio a los lobos.

—¿Qué podía hacer? ¿Creen que Robbie y Oscar estaban bromeando? El primer aviso consistió en hacer que Charlie incendiase el almacén. Luego, la casa de Logan…

—¿Por qué pasó Elizabeth Benjamin dos noches con Reardon?

—Porque Reardon empezaba a enfriarse. Le habían entregado cinco de los grandes, mas de pronto se mostró asustado. Liz fue a verle para convencerle con un poco de feminidad.

—¿Y la casa de Logan?

—Era el segundo aviso. Si Grimm continuaba firme en su deseo de traer la mercancía, lo matarían. Como mataron a Reardon después del incendio.

—¿Se hubiese encargado también Charlie de liquidar a Grimm, como se encargó de matar a Reardon?

—Charlie hubiese arrojado a su propia madre por el tejado por un níquel. Era un drogadicto, amigos. Necesitaba grandes cantidades de heroína para poder vivir.

—¿No ganaba bastante con su negocio de fotos porno?

—¿De dónde han sacado esa historia?

—¿No es cierta?

—Bueno, sí. Sin embargo, hoy día se puede adquirir porno libremente, de manera que no hay en ello nada especial. Charlie estaba acabado, las fotos eran ya viejas, y lo porno ha pasado bastante de moda. Ellos le entregaban la droga, y él obedecía todas sus órdenes. Por si ustedes no lo saben, la heroína escasea un poco estos días. Por eso el negocio hubiese sido tan estupendo, a no ser por ese estúpido de Grimm. ¿Por qué tuvo que acudir a ustedes? Porque es un estúpido, por eso. Estaba mezclado en un negocio por valor de once millones de droga y acude a la Policía en demanda de ayuda.

—¡No habría venido de no haber alguien incendiado su almacén!

—¡Afirmo que no fui yo, fueron ellos! Envíen a Grimm a la cárcel, ¿quieren? Ustedes tienen el contrato. Envíenle a la cárcel por un millón de años. Es una amenaza para la sociedad.

—¿Y usted no, Alfie?

—Yo solamente quería la pasta. Ustedes, los hombres blancos, me han enseñado a hacerlo todo por la pasta.

A LAS NUEVE Y CUARTO Rosalie Waggener preguntó si podía irse a casa. Los detectives contestaron que no. Añadieron que iban a acusar a Hemmings, a Worthy y a Chase por incendio provocado y homicidio; y a Grimm, a Chase y a ella misma por intentar pasar droga de contrabando.

—¡Yo no tuve que ver nada con la droga! —negó Rosalie.

—Usted la pagó —le recordó Carella.

—Era tan sólo una mensajera.

—De un traficante —observó Ollie. Y agregó—: De un traficante negroide.

—Deja de decir tonterías, ¿quieres? —se incomodó Carella.

—¿Qué tonterías? —inquirió Ollie.

—Eso de meterte con los negros a cada paso —explicó Hawes.

—¿Meterme con ellos? —se sulfuró Ollie—. Negros o blancos, para mí todos son iguales, todos apestan. ¿Son esto tonterías?

—Bueno, tal vez no lo sean —concedió Carella.

Ollie estalló en una risotada. Palmeó las espaldas de Hawes y de Carella, simultáneamente, con sus manazas, enviando casi al suelo al segundo.

—Me gustáis, chicos —exclamó—. ¿Lo sabéis? ¡Me encanta trabajar con vosotros!

Carella y Hawes no le respondieron. Puesto que Ollie acababa de confesar que igualmente le disgustaban los delincuentes negros y blancos, Carella se estaba preguntando por qué ahora les honraba con su afecto. Hawes, por otro lado, se preguntaba qué equivocación habría cometido. ¿Le habría indicado sin querer a Ollie que deseaba su amistad? ¿Lo habría indicado sin querer?

—¿Sabéis qué haré? —prosiguió Ollie—. Pediré que me trasladen al 87. Sí, me gustáis vosotros dos, muchachos.

Carella y Hawes siguieron callando. Hawes pensaba que en la comisaría ya tenía un Ollie Weeks, cuyo nombre era Andy Parker, y

que si Ollie era trasladado al 87, él pediría inmediatamente el traslado al 83. Carella pensaba que la llegada de Ollie al Distrito crearía un bonito enredo; con Ollie, otra joya como Andy Parker, un policía negro llamado Arthur Brown, y otro portorriqueño llamado Alexander Delgado. El resultado de la mezcla sería una preñez, por decirlo de alguna manera. Carella se estremeció ante tal idea.

—¿Puedo ir al tocador de señoras? —preguntó Rosalie.

AQUELLA NOCHE, EN CAMA, Carella tardó mucho en dormirse. Seguía meditando en las últimas palabras de Alfred Allen Chase en el interrogatorio.

«Ustedes, los hombres blancos, me han enseñado a hacerlo todo por la pasta.»

Había comprendido el significado de las palabras de Alfie, o mejor dicho, a quiénes implicaba. Era tan sólo que, en su calidad de hombre blanco, tenía una gran dificultad en asumir la acusación de Alfie.

Cuando finalmente se durmió, dio muchas vueltas en la cama, y tuvo pesadillas.

Colección *Círculo del Crimen*

Nº	TÍTULO	AUTOR
1	Llamada para el muerto	John Le Carré
2	El tercer hombre	Graham Greene
3	Un policía anda suelto	Mickey Spillane
4	Nunca te cruces con un vampiro	Stuart Kaminsky
5	Los cuatro hombres justos	Edgar Wallace
6	La caza del asesino	Fredric Brown
7	[illegible]	Robert Bloch
8	La piscina mortal (La piscina de los ahogados)	Ross MacDonald
9	Un crimen en Holanda	Georges Simenon
10	El plazo expira al amanecer	William Irish
11	El caso de la secretaria insistente	Erle Stanley Gardner
12	Trampa para Cenicienta	Sebastien Japrisot
13	Al final del arco iris	James M. Cain
14	Fantasmas	Ed McBain
15	El misterio de las cerillas	Ellery Queen
16	Por favor, pase el acusado	Rex Stout
17	Estado de sitio	Eric Ambler
18	Amor en Amsterdam	Nicolas Freeling
19	No des la espalda a la paloma	Julián Ibáñez
20	La lista de Adrian Messenger	Philip MacDonald
21	Rafferty, teniente de homicidios	Bill Ballinger
22	Un trago de veneno	Charlotte Armstrong
23	[illegible] de oro	Peter Chambers
24	El asesino está a bordo	Quentin Patrick
25	El detective negro	Ed Lacy
26	El misterio de la casa roja	A. A. Milne
27	La muerte y el lacayo bailarín	Ngaio Marsh
28	Súbita muerte de mi dama favorita	Stanton Forbes
29	Calle siniestra	Wade Miller
30	El hombre de Londres	Georges Simenon
31	El color del asesinato	Julian Symons
32	El octavo círculo	Stanley Ellin
33	Desde Rusia con amor	Ian Fleming
34	La banda de los musulmanes	Chester Himes
35	Un personaje imaginario	Doris Miles Disney
36	Asesino espía	Mickey Spillane
37	La sombra de Fu-Manchú	Sax Rohmer
38	La gran redada	William P. McGivern
39	La quinta mujer	María Fagyas
40	Jugando con la muerte	Jonah Curtis
41	El montacargas	Frédéric Dard

42 El segundo más largo
Bill Ballinger
43 La llave escondida
George Harmon Coxe
44 Todo por la pasta
Ed McBain
45 Me casé con un muerto
William Irish
46 El caso de la coqueta indiferente
Jonathan Craig
47 La muerte va a la escuela
Quentin Patrick
48 [illegible]
[illegible]
49 [illegible]
Tobias Wells
50 El Santo contra el Tigre
Leslie Charteris
51 Los muertos no pueden Amar
Judson Philips
52 [illegible]
Thomas B. Dewey
53 Semejante a un ángel
Margaret Millar
54 El hombre [illegible]
Philip MacDonald
55 Los muertos no hablan
James Hadley Chase
56 Retratos a balazos
Richard Sale
57 [illegible] Bolonia
Charles Exbrayat
58 Tiempo de matar
Donald Westlake
59 [illegible] del asesino
Burt Hirschfeld
60 [illegible] todas las miradas
Hugh Pentecost
61 La sonrisa de marfil
Ross MacDonald
62 El diente y la uña
Bill Ballinger
63 Seis hombres muertos
S. A. Steeman
64 Quisiera estar en tus zapatos
William Irish
65 La década prodigiosa
Ellery Queen
66 [illegible] de angustia
Bruno Fischer
67 El signo de los cuatro
Arthur Conan Doyle
68 [illegible] asesinato
Chester Himes
69 [illegible] tabaco
Pierre Boileau
70 El tren de las 12,30
Freeman Wills Crofts
71 [illegible]
John Blackburn
72 [illegible] revuelve
Alberto [illegible]
73 [illegible] agua
Bruce Hamilton
74 El rapto de las sabinas
Francisco García Pavón
75 El testimonio del acusado
Roderic Jeffries
76 La bestia se acerca
Margaret Millar
77 La cola del dragón
George Bagby
78 La sombra de un hombre
Doris Miles Disney
79 El enigma de la banderilla azul
Stuart Palmer
80 Bonito asesinato
Anthony Gilbert
81 Siete votos para morir
Bill Bannister
82 La muerte ronda a la princesa
Robert Bernard
83 La cara del hombre de Saturno
Harry Stephen Keeler
84 [illegible]
[illegible] Kasdar
85 La gran noche
Stanley Ellin
86 ¡Buena suerte, querida!
Peter Cheyney
87 El gran robo del tren
Michael Crichton
88 El momento de la verdad
Ed Lacy
89 Óscar para el asesino
John Hyams

90. Cuentos de medianoche
John Blackburn
91. Castillo de naipes
Stanley Ellin
92. Operación terror
The Gordons
93. La joya de siete estrellas
Bram Stoker
94. Ángel
Carter Brown
95. Asesinato en Cantón
Robert Van Gulik
96. El misterio del Big Bow
Israel Zangwill
97. Un arrendamiento de muerte
Ruth Rendell
98. Homicidio justificado
Whit Masterson
99. Aquella noche de lluvia
Hillary Waugh
100. Poco tiempo para vivir
James Hadley Chase
101. La banda de la rana
Edgar Wallace
102. Estudio en escarlata
Arthur Conan Doyle
103. ¡Cuidado con las curvas!
A. A. Fair
104. La pista del crimen
Wilkie Collins
105. La monja sin rostro
Antonia Fraser
106. El dedo del muerto
J. S. Fletcher
107. Rosa Bárbara
Ross Macdonald
108. Extraña confesión
Antón Chejov
109. El secuestro de Litmore
Henry Wade
110. Raffles, ladrón por afición
E. W. Hornung
111. Operación cuchillo
Peter O'Donnell
112. El vengador
Edgar Wallace
113. La aguja hueca
Maurice Leblanc
114. Muerte a cuenta
Margaret Yorke
115. La montaña encadenada
Alistair Maclean
116. Hielo I
Ed McBain
117. Hielo II
Ed McBain
118. Crimen y castigo I
Fedor Dostoievski
119. Crimen y castigo II
Fedor Dostoievski
120. Los archivos de Sherlock Holmes
Arthur Conan Doyle